



El enfoque en el evangelio *de*

Charles Spurgeon

S T E V E N J . L A W S O N



UN GRAN LEGADO DE HÉROES DE LA FE



CHARLES SPURGEON es recordado como “el príncipe de los predicadores”, pero su ministerio no se basó solo en su forma de predicar. Él predicaba el evangelio de Jesús, la doctrina bíblica de Cristo, y llamaba a una fe permanente, evitando el doble peligro de la ortodoxia muerta y del fervor sin verdad.

“Charles Spurgeon sostuvo firmemente la gracia soberana de Dios en una mano y la libre oferta del evangelio en la otra”. — **STEVEN J. LAWSON**

La serie UN GRAN LEGADO DE HÉROES DE LA FE, compilada por su editor Steven J. Lawson, fue diseñada para presentarnos a varios gigantes de la fe cristiana y mostrarnos cómo ellos usaron sus dones espirituales particulares, sus características personales y sus habilidades ministeriales en su servicio a Dios.

El objetivo de esta serie es exhibir a aquellos seguidores de Cristo que son dignos de ser seguidos.



Visita
nuestra web **www.poiema.co**
“Porque somos la obra maestra (POIEMA) de Dios,
creados de nuevo en Cristo Jesús...”



BIBLIOTECA
LIGONIER



“Además ser un gran predicador, Steve Lawson se ha convertido en el mejor escritor de nuestra generación de biografías de grandes predicadores. Sus obras sobre Juan Calvino y Jonathan Edwards son obras de arte. Steve tiene una habilidad especial para señalar y explicar los rasgos excepcionales que hicieron que cada uno de estos predicadores fuera realmente importante e influyente. Este trabajo sobre Charles Spurgeon es igual de brillante, pues resalta las convicciones calvinistas de Spurgeon y su fervor evangelístico, mostrando por qué esas dos características son perfectamente armoniosas e igualmente esenciales en cualquier ministerio verdaderamente bíblico. Un trabajo fascinante que aumentará tu entusiasmo por la sana doctrina y el evangelismo ferviente”.

—Dr. John MacArthur, pastor y maestro, Grace Community Church, Sun Valley, California

“Charles Spurgeon fue un pastor y teólogo modelo. Su teología cobraba vida cuando llamaba a los pecadores a reconciliarse con Dios. Lawson nos muestra la necesidad de una teología impulsada por el fervor evangelístico en este excelente texto sobre el príncipe de los predicadores”.

—Dr. Ed Stetzer, director ejecutivo, LifeWay Research, Nashville, Tennessee

“Por más de treinta y seis años, Steve Lawson ha tenido un gran interés en el ministerio de Charles Spurgeon. En abril de 1976, escribió un ensayo sobre las controversias teológicas de Spurgeon para una clase de Historia Bautista en The Southwestern Baptist Theological Seminary. En ese ensayo, Lawson dijo que Spurgeon ‘magnificaba la gracia de Dios y glorificaba al Hijo de Dios’.

Lawson ha demostrado en este libro cómo esas características del ministerio de Spurgeon, más su compromiso total con la infalibilidad de la Escritura, su evangelismo ferviente centrado en la gracia, su dependencia absoluta de la obra del Espíritu Santo y su valentía personal, hicieron que Spurgeon se convirtiera en un modelo para el ministerio del evangelio centrado en la iglesia. Todo cristiano será animado por la manera en que Lawson describe la vida de Spurgeon y analiza sus compromisos con todo el consejo de Dios. Al estar lleno de citas contundentes de Spurgeon y de exhortaciones útiles y pertinentes de Lawson, este libro es para todos nosotros”.

—Dr. Thomas J. Nettles, exprofesor de Teología Histórica, The Southern Baptist Theological Seminary, Louisville, Kentucky

El enfoque en el evangelio *de*

Charles
Spurgeon

Un gran legado de héroes de la fe
Editor de la serie, Steven J. Lawson

La heroica valentía de Martín Lutero
por Steven J. Lawson

El genio expositivo de Juan Calvino
por Steven J. Lawson

La inquebrantable resolución de Jonathan Edwards
por Steven J. Lawson

El fervor evangelístico de George Whitefield
por Steven J. Lawson

El enfoque en el evangelio de Charles Spurgeon
por Steven J. Lawson

La poderosa debilidad de John Knox
por Douglas Bond

La devoción trinitaria de John Owen
por Sinclair B. Ferguson

La osada misión de William Tyndale
por Steven J. Lawson

La asombrosa poesía de Isaac Watts
por Douglas Bond



UN GRAN LEGADO DE HÉROES DE LA FE

El enfoque en el evangelio *de*

Charles Spurgeon

STEVEN J. LAWSON



Mientras lees, comparte con otros en redes usando
#EvangelioDeSpurgeon

El enfoque en el evangelio de Charles Spurgeon
por Steven J. Lawson
© 2020 por Poiema Publicaciones

Traducido del libro *The Gospel Focus of Charles Spurgeon*
© Steven J. Lawson 2012 y publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas han sido tomadas de La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional (NVI)
©1999 por Bíblica Inc.

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de este libro por cualquier medio visual o electrónico sin permiso escrito de la casa editorial. Escanear, subir o distribuir este libro por Internet o por cualquier otro medio es ilegal y castigado por la ley.

Poiema Publicaciones
info@poiema.co
www.poiema.co

SDG201

Para Ian H. Murray,
cuyos esfuerzos incansables por más de medio siglo
han llevado la verdad reformada a una nueva generación.
Su libro *Un príncipe olvidado*
impactó mi vida de forma
drástica y perdurable.

Contenido

[Prólogo, Seguidores dignos de ser seguidos](#)

[Prefacio, ¿Por qué Spurgeon?](#)

[1. La vida y el legado de Spurgeon](#)

[Nacido y nacido de nuevo,](#)

[New Park Street Chapel](#)

[Primeras pruebas y triunfos](#)

[Una ola creciente de avivamiento](#)

[El Tabernáculo Metropolitano](#)

[Adversidades y avances](#)

[Los últimos días](#)

[2. Fundamentos inquebrantables](#)

[Autoría divina](#)

[Inerrancia divina](#)

[La autoridad divina](#)

[La verdad divina](#)

[Comprometido con la Palabra](#)

[3. Gracia soberana](#)

[La depravación total](#)

[La elección incondicional](#)

[La expiación definida](#)

[La gracia irresistible](#)

[La gracia preservadora](#)

[4. Fervor evangelístico](#)

[Proclamando con valentía](#)

[Extendiendo invitaciones abiertas](#)

[Rogando con ternura](#)

[Con razonamientos sensatos](#)

[Con persuasiones convincentes](#)

[Con órdenes autoritativas](#)

Con advertencias fuertes

Una pasión por las almas perdidas

5. El corazón del evangelio

La persona de Cristo

La muerte de Cristo

La resurrección de Cristo

La exaltación de Cristo

Cristo es el evangelio

6. Un testimonio empoderado por el Espíritu

Iluminación sobrenatural

Sabiduría divina

Una pasión ardiente

Una presentación persuasiva

Una gran concentración

Una convicción profunda

El triunfo del evangelio

Conclusión, ¡Queremos más Spurgeons!

Notas de texto

Seguidores dignos de ser seguidos

A través de los siglos, Dios ha levantado una multitud de hombres piadosos a quienes Él ha usado poderosamente en momentos cruciales de la historia de la iglesia. Estos hombres valientes han provenido de todo tipo de ámbitos sociales, desde los salones lujosos de las escuelas de la élite hasta los almacenes polvorientos de tiendas de comerciantes. Han salido de todos los rincones del mundo, desde avenidas altamente visibles en ciudades densamente pobladas hasta pequeñas aldeas en lugares remotos. No obstante, a pesar de estas diferencias, estas figuras centrales, estos trofeos de la gracia de Dios, han tenido mucho en común.

Ciertamente, cada hombre poseía una fe inamovible en Dios y en el Señor Jesucristo; pero hay más que decir. Cada uno de ellos poseía convicciones profundas sobre las verdades que exaltan a Dios, conocidas como las doctrinas de la gracia. Aunque diferían en cuestiones teológicas secundarias, se mantuvieron unidos en la defensa de las doctrinas que magnifican la gracia soberana de Dios en Sus propósitos salvíficos en el mundo. Cada uno de ellos mantuvo en alto la verdad fundamental: “la salvación es del Señor” (Sal 3:8; Jon 2:9).

¿Cómo fueron afectadas sus vidas por estas verdades? Lejos de paralizarlos, las doctrinas de la gracia inflamaron sus corazones con un temor reverente hacia Dios, y humillaron sus almas ante Su trono. Además, las verdades de la gracia soberana animaron a estos hombres a promover la causa de Cristo sobre la tierra. Este hecho no debería sorprendernos, pues la historia revela que aquellos que abrazan estas verdades reciben con ellas una con-

fianza extraordinaria en su Dios. Al tener una visión engrandecida de Él, se levantaron y pusieron manos a la obra, logrando grandes cosas y dejando un ejemplo piadoso para las próximas generaciones. La experiencia de las doctrinas de la gracia renovaba sus almas y les capacitaba para servir a Dios cuando Él les llamaba a hacerlo.

El propósito de la serie *Un gran legado de héroes de la fe* es destacar figuras clave de este ejército de hombres que proclamaban la gracia soberana; es explorar la manera en que estas figuras usaron sus dones y habilidades dados por Dios para la expansión del Reino de los cielos. Su fidelidad y compromiso con Cristo es lo que hace que sus ejemplos sean dignos de imitar hoy en día.

En este volumen, quiero presentarte al reverenciado predicador británico Charles Haddon Spurgeon. La voz de Spurgeon resonó con la verdad por toda Inglaterra y más allá, en una época en la que la iglesia necesitaba con urgencia una predicación del evangelio que fuera fervorosa, directa y sin tapujos (y de la línea calvinista). A pesar del declive teológico y metodológico de su época, Spurgeon se dedicó a predicar a Cristo y a hablar de Su cruz. Con el poder del Señor, su púlpito se convirtió en uno de los más resonantes y prolíficos que el Reino de Dios jamás haya visto. Hasta este día, Spurgeon sigue siendo “el príncipe de los predicadores”, y es más que digno de ser incluido en esta serie.

Que el Señor use este libro para animarte y fortalecerte grandemente para que, al igual que Spurgeon, dejes una marca indeleble en este mundo. Que a través de este perfil seas fortalecido para caminar de una manera digna del llamado que has recibido.

¡Soli Deo gloria!

— Steven J. Lawson, editor de la serie

¿Por qué Spurgeon?

Hace más de treinta años, cuando era joven y estudiante en el seminario, me encontré por primera vez con la verdad bíblica de la soberanía de Dios en la salvación. Hasta ese punto, había visto la salvación como una operación hecha entre Dios y el hombre. Asumía que Dios extiende la oferta de la salvación y que el hombre tiene la capacidad de aceptarla o rechazarla. Sin embargo, de una forma inesperada, conocí la gracia soberana de Dios para aquellos a quienes escogió para salvación en la eternidad pasada. Mis ojos fueron abiertos y pude contemplar a Dios como nunca antes lo había visto.

Una densa neblina se disipó. De repente, pude ver en la Biblia las verdades que se conocen como las doctrinas de la gracia. Increíblemente, habían estado allí todo el tiempo. Mientras mis ojos avanzaban deprisa por las Escrituras, quedé absorto al ver el sinfín de versículos que enseñan sobre la gracia de Dios en la predestinación. Cada vez que encontraba un versículo, veía cien más que casi saltaban de las páginas de la Palabra de Dios, clamando para que les prestara atención. Pude entender que, desde Génesis hasta Apocalipsis, la Biblia declara: “La salvación es del Señor”.

Al principio, este descubrimiento fue devastador y sacudió hasta lo más profundo de mi ser. Toda mi orientación bíblica fue trastornada. Esta verdad simplemente aplasta el orgullo. Estaba abatido, mi alma desolada. Pero al mismo tiempo, estas doctrinas glorificaban a Dios y exaltaban a Cristo. Crearon en mí un sentido de asombro hacia Dios y me llenaron de emoción. Mi ser se inundó de gozo. Estas verdades gloriosas empezaron un profundo y

gran despertar, del cual aún no me he recuperado.

Sin embargo, esta comprensión más profunda de la gracia de Dios me creó un dilema enorme. ¿Qué impacto tendrían las doctrinas de la gracia soberana en mi predicación? Si Dios es soberano sobre la salvación, ¿por qué debería predicar el evangelio? Si debo hacerlo, ¿cómo debería predicar el evangelio? ¿Por qué debería dar testimonio? ¿Por qué debería orar por los perdidos? ¿Por qué tendría que hacer sacrificios por el evangelio? Estas preguntas me inquietaban, especialmente porque fui llamado a predicar. Y tal vez te han inquietado a ti también.

Un día, mientras luchaba con todo esto, entré a la librería del seminario para buscar entre los libros. En esta ocasión, me di cuenta de que había varios volúmenes con sermones de Charles Spurgeon. Por curiosidad, saqué uno de la repisa y comencé a leerlo. Para ser honesto, no estaba preparado para lo que encontré. Al leer las páginas cuidadosamente, descubrí que cada mensaje estaba empapado de las verdades bíblicas sobre la gracia soberana. Pero, al mismo tiempo, cada mensaje estaba lleno de un fervor evangelístico, pues Spurgeon les rogaba a los pecadores que fueran salvos. Yo nunca había leído algo parecido. Estos sermones eran como una corriente eléctrica que atravesaba mi alma, impactando mis sentidos e iluminando mi mente.

Lo que me cautivó fue lo siguiente. Este talentoso predicador, tal vez el más grande desde el apóstol Pablo, decía ser calvinista; era completamente reformado y estaba totalmente comprometido con las doctrinas de la gracia. Pero, al mismo tiempo, era un evangelista. ¿No eran estas realidades opuestas? ¿Cómo puede uno ser un calvinista firme y al mismo tiempo un evangelista apasionado?

Spurgeon me lo mostró. En una mano, sostenía firmemente la soberanía de Dios sobre la salvación del hombre. Con la otra, extendía a todos la oferta gratuita del evangelio. Él predicaba la doctrina calvinista y luego, en el mismo sermón, llamaba fervientemente a los pecadores perdidos a que invocaran el nombre del Señor. Luego de exponer las verdades de la predestinación, advertía a sus oyentes que, si se negaban a buscar a Cristo, ellos mis-

mos serían los culpables de su propia condenación. En cada uno de sus sermones, este gran predicador exponía la gracia soberana de Dios con una precisión inconfundible y una pasión genuina por los perdidos.

Concluí que esto era lo que significaba sentir pasión por la gloria de Dios en la salvación de Sus elegidos y, al mismo tiempo, estar lleno de fervor por alcanzar a los pecadores con el evangelio. No se trataba de un calvinismo frío y clínico; no era una ortodoxia muerta, ni una religión “congelada”, ni una repetición vana de doctrinas reformadas que las personas podían tomar o dejar a su antojo. Tampoco se trataba de un evangelismo superficial que presentaba a Dios caminando por el cielo, moviendo las manos con preocupación, desesperado por que alguien lo acepte. En lugar de todo esto, vi lo que los puritanos describían como un fuego en el púlpito, que daba tanto la luz de la verdad calvinista como el calor de la pasión evangelística.

En Spurgeon vi un ejemplo histórico de lo que Dios me estaba llamando a ser y hacer. Finalmente entendí que mi teología reformada no era un impedimento sino una plataforma de lanzamiento para el evangelismo. Combinaba lo mejor de ambos mundos. Ya podía ver claramente cómo la Biblia presentaba ambas verdades y cómo eso se refleja en la predicación.

Tristemente, muchos púlpitos en la actualidad se van hacia uno de los dos extremos: o hacia la ortodoxia muerta del hipercalvinismo o hacia las incoherencias superficiales del arminianismo. En el primer error se predicán las doctrinas de la gracia, pero no hay mucha carga por los perdidos ni se ofrece el evangelio a todos. En el segundo error hay un fervor por ganar almas, pero se niega la autoridad suprema de Dios sobre la salvación. Entre estos polos opuestos se encuentra el calvinismo bíblico, con una posición superior tanto en el mensaje como en el ministerio.

En este breve libro, mi intención es presentarte al extraordinario Charles Spurgeon. Anhele que su ejemplo revolucione tu visión del ministerio. Espero que seas alentado por el enfoque en el evangelio de Spurgeon, quien sigue influyendo de forma considerable a casi toda la iglesia evangélica.

Adicionalmente, oro que este libro te ayude a entender de una forma apropiada todo el consejo de Dios en la Escritura. Mi deseo es que aprecies la tensión entre la soberanía divina sobre la salvación del hombre y la pasión ardiente al predicar el evangelio. Solo el calvinismo bíblico tiene estos dos aspectos.

Quiero agradecer al equipo editorial de Reformation Trust por su compromiso con esta serie de *Un gran legado de hombres de la fe*. Greg Bailey, director de publicaciones, ha hecho un trabajo excelente editando este manuscrito y animándome en el camino. Chris Larson fue una ayuda fundamental al visualizar esta serie y supervisar el hermoso diseño gráfico de este libro. No dejo de estar orgulloso de mi asociación con mi antiguo profesor, el Dr. R. C. Sproul, y con Ligonier Ministries.

También quiero agradecer a la iglesia Christ Fellowship Baptist Church de Mobile, Alabama, en donde sirvo como pastor principal. Estoy extremadamente agradecido por el apoyo de los demás ancianos y de la congregación, quienes me animan en mi ministerio extendido. Quiero expresar mi gratitud a mi asistente ejecutiva, Kay Allen, quien transcribió este manuscrito, y a Keith Phillips, uno de los pastores de Christ Fellowship, quien colaboró con la edición.

Finalmente, quiero decir que mi familia es la mayor fuente de aliento en mi vida personal y mi ministerio. Mi esposa, Anne, y nuestros cuatro hijos (Andrew, James, Grace Anne y John) también se unen al mensaje y a la misión de este libro.

CAPÍTULO UNO

La vida y el legado de Spurgeon

En el púlpito victoriano no había una voz tan resonante, un predicador tan amado por las personas, un orador tan prodigioso como Charles Haddon Spurgeon.

—HUGHES OLIPHANT OLD¹

Aclamado como el predicador más grande de Inglaterra en el siglo diecinueve, se podría decir que Charles Haddon Spurgeon es el predicador más preeminente de todos los tiempos. Es considerado el expositor más exitoso de la era moderna², liderando casi todas las listas de predicadores reconocidos. Si decimos que Juan Calvino fue el mejor teólogo de la iglesia, Jonathan Edwards el mejor filósofo y George Whitefield el mejor evangelista, Spurgeon seguramente clasifica como el mejor predicador.³ Ningún otro hombre se ha puesto de pie en un púlpito, semana tras semana, año tras año, por casi cuatro décadas, para predicar el evangelio con tanto éxito e impacto alrededor del mundo. Hasta el día de hoy, sigue siendo el “príncipe de los predicadores”.⁴

A través de los siglos, expositores como Martín Lutero, Ulrico Zwinglio, Calvino y muchos otros se han dedicado a predicar versículo por versículo libros completos de la Biblia. Pero este no era el método de Spurgeon. Aunque era “un predicador expositivo por excelencia”,⁵ cada semana Spurgeon sacaba su mensaje de un libro diferente de la Biblia. Este estilo libre lo distinguía de los demás predicadores importantes, posicionándolo principal-

mente como un expositor *evangelístico*.

Spurgeon estuvo lleno de un fervor por el evangelio durante todo su ministerio. Su costumbre era aislar uno o varios versículos con el fin de usarlos como un trampolín para proclamar el evangelio. Decía: “Tomo mi texto y trazo una ruta directa hacia la cruz”.⁶ Cada vez que Spurgeon se subía al púlpito, fijaba su mirada en la salvación de los pecadores por medio de la proclamación del mensaje salvador de Jesucristo. Como indica Hughes Oliphant Old, Spurgeon fue enviado “en un tiempo específico a un lugar específico para predicar el evangelio eterno para la salvación de las almas y la gloria eterna de Dios”.⁷ Se podría decir que no ha existido un pastor evangelista como Spurgeon.

Aunque amaba profundamente la teología, Spurgeon decía: “Preferiría alcanzar a un pecador para Jesucristo que comprender todos los misterios de la Palabra divina”.⁸ Él se deleitaba en buscar la salvación de los perdidos. Así fue como Spurgeon describió la importancia central del evangelismo en su ministerio:

Prefiero ser el medio para salvar a un alma de la muerte que ser el orador más grande de la tierra. Prefiero traer a la mujer más pobre del mundo a los pies de Jesús que ser nombrado arzobispo de Canterbury. Me apresuraría más a sacar un solo tizón del fuego que a explicar todos los misterios. Ganar un alma para que no vaya al infierno es un logro más glorioso que ser coronado en el campo de la controversia teológica... en el juicio final, haber revelado fielmente la gloria de Dios en Jesucristo se contará como un servicio más digno que haber resuelto los problemas de la esfinge religiosa, o que haber cortado el nudo gordiano de la dificultad de Apocalipsis. Uno de mis pensamientos más alegres es que, cuando muera, tendré el privilegio de entrar al descanso en el seno de Cristo, y sé que no seré el único que disfrutará del cielo. Miles de personas que ya han entrado fueron atraídas a Cristo durante mi ministerio. ¡Oh! Qué alegría será llegar al cielo y ver la multitud de los que se han convertido antes y después de mí.⁹

Entender este enfoque en el evangelio es sentir el pulso mismo del corazón de Spurgeon. Comprender su fervor evangelístico es tocar el nervio vivo de su alma. En pocas palabras, él sentía la obligación de predicar el evangelio a los perdidos. Como expositor, Spurgeon poseía verdaderamente el corazón de un ganador de almas.

Comencemos a considerar el ministerio de Spurgeon viendo su vida y legado extraordinarios.

NACIDO Y NACIDO DE NUEVO

Descendiente de franceses hugonotes y reformados holandeses, Charles Haddon Spurgeon (1834-1892) nació el 19 de junio de 1834 en Kelvedon, Essex, Inglaterra. Muchos de sus ancestros protestantes habían sido desplazados de sus países de origen por causa de la persecución, y fueron a refugiarse a Inglaterra. Spurgeon decía: “Prefiero por mucho ser descendiente de alguien que sufrió por la fe que llevar en mis venas la sangre de todos los emperadores”.¹⁰ Tanto su padre, John, como su abuelo, James, eran pastores independientes que pastoreaban fielmente sus congregaciones. Charles fue el mayor de diecisiete hijos. Su hermano menor, James, llegó a servir como su copastor en el Metropolitan Tabernacle [Tabernáculo Metropolitano] de Londres. Los hijos gemelos de Charles también siguieron sus pasos en el ministerio.

Cuando su madre iba a dar a luz a su segundo hijo, el joven Spurgeon, de dos años, fue enviado al pueblo de Stambourne a vivir con su abuelo, en donde se quedó hasta los seis años. Durante este tiempo y en visitas posteriores, Spurgeon fue expuesto a muchas obras de puritanos, incluyendo *El progreso del peregrino* de John Bunyan, *Call to the Unconverted* [Un llamado a los inconversos] de Richard Baxter y *Una guía segura al cielo* de Joseph Alleine. A pesar de estar expuesto a estos libros y a la influencia espiritual de su familia, Spurgeon no se había convertido. Él recuerda: “Desde mi juventud había escuchado del plan de salvación por el sacrificio de Jesús, pero en lo profundo de mi alma no conocía ese plan... La luz estaba allí, pero yo era ciego”.¹¹

En la mañana del domingo 6 de enero de 1850, Charles, de quince años, estaba caminando hacia la iglesia en el pequeño pueblo de Colchester, cuando una tormenta de nieve lo llevó a una pequeña iglesia metodista primitiva. Solo había unas doce personas y ni siquiera el pastor logró llegar. Un predicador laico reacio fue al púlpito a exponer Isaías 45:22 (RV60): “Mirad a Mí, y sed salvos, todos los términos de la tierra”. Esta figura modesta exhortó a la pequeña congregación a que miraran por fe a Jesucristo. Fijando sus ojos en el joven Spurgeon, le dijo: “Joven, mira a Jesucristo. ¡Mira! ¡Mira! ¡Mira! Lo único que puedes hacer es mirarle y vivir”.¹²

Y como una flecha disparada con el arco del cielo, el evangelio dio en el blanco. Spurgeon escribió: “Pude ver inmediatamente el camino a la salvación. De la misma manera en que se levantó la serpiente de bronce y las personas solo la miraron y fueron sanadas, así fue conmigo”.¹³ Al mirar a Cristo y poner su fe en Él, se convirtió de una forma drástica. Lleno de gozo, apenas podía aguantar “cinco minutos sin tratar de hacer algo para Cristo”.¹⁴ Esta energía inagotable marcaría su vida desde ese punto en adelante. El 4 de abril de 1850, fue recibido como miembro en la iglesia St. Andrews Baptist Church, y poco después fue bautizado y tomó la Santa Cena por primera vez.

Con un fervor creciente, Spurgeon predicó su primer sermón a los dieciséis años en una cabaña pequeña en Teversham, cerca de Cambridge. Su don para predicar fue reconocido de inmediato. Cuando tenía solo diecisiete años, fue nombrado pastor de una iglesia bautista rural en una pequeña aldea llamada Waterbeach. Allí en Waterbeach Baptist Chapel, Charles predicaba el evangelio con un poder extraordinario y con resultados notables. A pesar de que estaba en una pequeña aldea reconocida por su libertinaje, esta humilde capilla bautista creció durante los siguientes dos años, pasando de unos cuarenta miembros a tener más de cien.

NEW PARK STREET CHAPEL

Los reportes de este prodigio de la predicación pronto llegaron a Londres. El 18 de diciembre de 1853, Spurgeon fue invitado a predicar en la iglesia bautista más grande y famosa de todo Londres, New Park Street Chapel. Esta iglesia histórica, firmemente calvinista, había sido pastoreada por lumbreras como Benjamin Keach (1640-1704), John Gill (1697-1771) y John Rippon (1750-1836), pero se había debilitado seriamente. Solo doscientas personas se estaban reuniendo en un edificio que había sido construido para mil doscientas. Después de predicar allí durante tres meses, le pidieron a Spurgeon, un joven de diecinueve años, que se convirtiera en el pastor. Él pastoreó fielmente al rebaño de New Park Street por treinta y ocho años, hasta que murió.

Bajo la predicación de Spurgeon, New Park Street Chapel creció instantáneamente. Meses después, había quinientas personas asistiendo regularmente. Después del primer año, el espacio del edificio no era suficiente para acoger a la multitud que venía a escuchar su predicación. La capilla fue ampliada para acomodar a mil quinientas personas, con espacio para que otras quinientas personas permanecieran de pie. Aun así, las personas se aglombraban en los pasillos y se apiñaban en las repisas de las ventanas. Pronto, la iglesia comenzó a dar boletos de entrada gratuitos, incluso para los sermones que se predicaban entre semana.¹⁵ Las calles se bloqueaban a causa del tráfico en el vecindario donde estaba la capilla. Londres no había experimentado algo como esto desde la predicación electrizante de George Whitefield.

En medio de este crecimiento prolífico, Charles conoció a Susannah Thompson, quien era miembro de su congregación. La amistad se convirtió rápidamente en atracción, y se casaron el 8 de enero de 1856 en New Park Street Chapel, que estuvo abarrotada. Su afecto mutuo nunca disminuyó. Tristemente, Susannah quedó prácticamente discapacitada ese mismo año después del nacimiento de sus gemelos. Quedó confinada en su casa por largos períodos de tiempo durante su vida adulta, incapaz de escuchar las predicaciones de Charles. A pesar de esta aflicción, siguió siendo una fuente de gran ánimo para él, y fue la supervisora de

un ministerio próspero que proveía los libros de su esposo a pastores y misioneros.

Las multitudes pronto obligaron a la congregación de New Park Street Chapel a mudarse al Exeter Hall, un edificio público enorme con sillas para cuatro mil personas y espacio para que mil permanecieran allí de pie. Pero ni siquiera esta gran estructura pudo contener a las multitudes que seguían creciendo. Cada semana tenían que despedir a cientos de asistentes. Se volvió claro que tendrían que construir un nuevo edificio para la congregación, así que se hicieron los planos para lo que sería el Tabernáculo Metropolitano, la casa de adoración protestante más grande del mundo.

Mientras tanto, Spurgeon llevó a su gran iglesia a un lugar aún más grande: el Music Hall en los jardines Royal Surrey. Este enorme edificio con tres balcones inmensos tenía sillas para doce mil personas. En el primer servicio, el 19 de octubre de 1856, la gran estructura se llenó por completo y fue necesario despedir a miles de asistentes. Pero entonces llegó la catástrofe. Alguien en la galería gritó: “¡Fuego!”. La gente se llenó de pánico; todos corrieron para escapar y muchos murieron por la estampida. Esta tragedia devastó al joven Spurgeon.

Luego de faltar solo un domingo, Spurgeon volvió a predicar a grandes multitudes. Ya que asistían muchos inconversos, cada servicio era evangelístico. Spurgeon y otras personas entrevistaban a los convertidos los martes en la tarde. Se salvaron tantas almas perdidas que Spurgeon decía que no hubo un sermón en el Music Hall en el que Dios no salvara a alguien. En ese tiempo, Londres era la metrópoli más prominente del mundo, y las personas amaban a Spurgeon como ninguna ciudad había amado alguna vez a un predicador.

PRIMERAS PRUEBAS Y TRIUNFOS

Sin embargo, no todo fue un camino de rosas. Con la popularidad instantánea de Spurgeon llegó una oposición severa. La prensa londinense lo satirizó hablando de él como un charlatán religioso

con motivaciones egoístas. Con frecuencia se burlaban de él llamándolo “el demagogo de Exeter Hall”, “el bufón del púlpito” y “una maravilla de nueve días”.¹⁶ Además, los defensores de la teología arminiana lo atacaban con lo que consideraban la peor burla de todas: llamándolo un calvinista indeseable. Además, los hipercalvinistas lo criticaban por extender demasiado su oferta del evangelio. Spurgeon admitió: “Mi nombre está siendo pisoteado en las calles como un balón de fútbol”.¹⁷

Providencialmente, esta persecución le traía más aliados, en especial predicadores jóvenes. Aunque Spurgeon no tenía un título universitario ni había estudiado en un seminario, fundó el Pastors’ College cuando solo tenía veintidós años. Debido a que se enfocaba en el entrenamiento de predicadores, no de académicos, solo admitía a los que ya predicaban desde el púlpito. Durante los primeros quince años, Spurgeon cubrió personalmente todos los costos de la escuela con la venta de sus sermones semanales. Además, todas las tardes de los viernes enseñaba a los estudiantes sobre algún aspecto específico de la predicación del evangelio. Estos mensajes se convirtieron en el texto de su amado libro *Discursos a mis estudiantes*. Durante toda su vida, Spurgeon pudo ver a unos mil hombres ser entrenados para el ministerio en su instituto.¹⁸

En 1857, Inglaterra sufrió una trágica derrota en la India y se proclamó un Día de Humillación Nacional. El 7 de octubre, Spurgeon, con apenas veintitrés años, predicó en el famoso Palacio de Cristal frente a 23.654 personas, que en su época había sido la multitud más grande que se reuniera en un solo lugar. Los trenes atravesaban todo Londres, trayendo a las personas que escucharían el mensaje de Spurgeon sobre Miqueas 6:9: “Prestad atención al castigo, y a quien lo establece” (RV60). Este discurso nacional fue una fuerte declaración de la soberanía de Dios sobre Inglaterra. Spurgeon proclamó que la derrota provenía de Dios y que tenía el propósito de humillar a una nación orgullosa.

A través de sus sermones impresos, la influencia de Spurgeon se esparció por toda Inglaterra y por todo el mundo. Cada lunes por

la mañana se entregaba una transcripción del sermón de Spurgeon para ser editada y publicada el jueves de esa semana.¹⁹ Estos sermones se vendían en las esquinas por un penique, así que los mensajes eran conocidos como el “Púlpito penique”. Cada semana se vendían más de veinticinco mil copias. Además, estos sermones se enviaban por cable hasta Estados Unidos, donde se imprimían en los periódicos grandes. Fueron traducidos a un total de cuarenta idiomas de todo el mundo. Los sermones eran vendidos por los distribuidores de folletos, leídos en los hospitales, llevados a las cárceles, predicados por los laicos, apreciados por los marineros y usados por los misioneros.²⁰ A través de la página impresa, se estimó que la congregación de Spurgeon fue de al menos un millón de personas.²¹

UNA OLA CRECIENTE DE AVIVAMIENTO

El 1859 fue el año más extraordinario en el ministerio de Spurgeon. Este fue el último año en que su iglesia se reunió en el Surrey Music Hall. Hubo una temporada de avivamiento ferviente gracias a algunos de los sermones más calvinistas y evangelistas de su ministerio. Estos mensajes empoderados por el Espíritu incluían: “La predestinación y el llamado” (Ro 8:30), “La necesidad de la Palabra del Espíritu” (Ez 36:27), “La historia de los actos poderosos de Dios” (Sal 44:1) y “La sangre del pacto eterno” (Heb 13:20).

Sin embargo, esta temporada extraordinaria en los jardines de Surrey terminó abruptamente. Spurgeon descubrió que los domingos su congregación se vería obligada a compartir las instalaciones con programas de entretenimiento, lo que consideraba una violación del día de reposo. Spurgeon le dijo a los dueños del Music Hall que si permitían ese tipo de entretenimiento movería los servicios a otro lugar, pero se negaron a ceder. El joven predicador respondió: “Si cedo, mi nombre ya no sería Spurgeon. No puedo ni pienso ceder en lo que sé que tengo la razón; y en defensa del santo día de reposo de Dios, el clamor de este día es: ‘¡Levántense, vámonos de aquí!’”.²² En vez de hacer concesiones,

Spurgeon llevó a su rebaño creciente de regreso a Exeter Hall, demostrando que era un hombre de principios, no de pragmatismo.

El 11 de diciembre de 1859, en su último sermón en el Music Hall, predicó “La despedida del ministro”, una exposición de Hechos 20:26-27, en la que anunció que en ese lugar se había declarado todo el consejo de Dios. Uno de los asistentes escribió sus impresiones sobre esa predicación de Spurgeon:

¡Cuánto se deleitó en la predicación de esa mañana! Hacía mucho calor y él no paraba de secarse el sudor de la frente; pero su incomodidad no afectó su discurso, sus palabras fluían como un torrente de elocuencia sagrada... El Sr. Spurgeon predicó un sermón vehemente sobre la proclamación de todo el consejo de Dios. Siempre hay algo triste en las últimas cosas y, al salir de allí, sentí que una de las experiencias más felices de mi juventud había quedado en el pasado. Y también —en mi opinión— puso fin a la etapa más romántica de la maravillosa vida del Sr. Spurgeon.²³

EL TABERNÁCULO METROPOLITANO

Ese mismo año se comenzó la construcción del Tabernáculo Metropolitano. El 15 de agosto se puso la piedra angular del edificio. En la ceremonia, Spurgeon declaró su lealtad inquebrantable a las doctrinas de la gracia soberana: “Creemos en los cinco grandes puntos conocidos comúnmente como calvinismo. Los vemos como cinco grandes faros que apuntan hacia la cruz”.²⁴ Durante la construcción de este edificio inmenso, Spurgeon viajó al Continente en junio y julio de 1860. Cuando llegó a Ginebra, Suiza, lo recibieron como si fuera un segundo Calvino. Se le rogó que predicara en el púlpito del gran reformador y le dieron la oportunidad de usar su toga, un honor poco común al que no podía negarse.

El Tabernáculo Metropolitano abrió sus puertas oficialmente el 18 de marzo de 1861. En este gran evento, Spurgeon predicó un resumen de las doctrinas de la gracia, y luego predicaron otros

cinco hombres; cada uno explicó uno de los cinco puntos del calvinismo. Esta acción reveló que Spurgeon creía firmemente que el corazón mismo del evangelio estaba formado por estas verdades que exaltan a Dios. Él creía que las doctrinas de la gracia soberana, lejos de ser un impedimento para el evangelismo, son un gran instrumento para ganar almas. Las verdades del amor electivo y redentor de Dios infundieron poder a su predicación y traían a muchos a la fe en Cristo.

Con un tamaño sin igual, el Tabernáculo era el santuario más grande en la historia de la iglesia protestante. Con seis mil sillas, acogía a uno de los rebaños más grandes de asistentes regulares desde los días de los apóstoles.²⁵ Hasta su muerte treinta y un años después, el Tabernáculo estuvo lleno todas las mañanas y las noches de los domingos. Spurgeon incluso pedía a los miembros que no asistieran a los servicios un domingo de cada trimestre para que los inconversos pudieran encontrar donde sentarse. La mayoría de los miembros de su congregación eran personas comunes que desempeñaban oficios cotidianos de la vida, pero también atraía a la élite, incluyendo al Primer Ministro William Gladstone, a los miembros de la familia real, a los mandatarios del Parlamento y a personajes importantes como John Ruskin, Florence Nightingale y el general James Garfield, quien fue presidente de los Estados Unidos.

Durante la semana, Spurgeon predicaba hasta diez veces en Londres y en las áreas circundantes, incluyendo lugares lejanos como Escocia e Irlanda. La presencia de Spurgeon en cualquier púlpito llenaba de valentía a los pastores locales y animaba a sus rebaños. Su fama hizo que lo invitaran varias veces a predicar en Estados Unidos. Sin embargo, Spurgeon rechazó estas invitaciones a atravesar el Atlántico porque decidió mantener el Tabernáculo como el centro de su ministerio.

Las personas le advertían a Spurgeon que se iba a deteriorar física y emocionalmente bajo el estrés de tantas predicaciones. Pero él respondió: “Si lo he hecho, me alegra. Lo haría de nuevo. Si tuviera cincuenta cuerpos me alegraría de que todos se deteriora-

ran por mi servicio al Señor Jesucristo”.²⁶ Y agregaba: “Hemos podido predicar diez o doce veces por semana, y descubrimos que somos más fuertes gracias a eso... Uno de los miembros dijo: ‘Ay, el ministerio va a acabar con nuestro ministro’... Pero este es el tipo de trabajo que no acaba con ningún hombre. Lo que acaba a los buenos ministros es tener que predicar a iglesias soñolientas”.²⁷ Spurgeon era fortalecido por la predicación.

ADVERSIDADES Y AVANCES

Pronto hubo más controversia en la vida de Spurgeon. En 1864, fue parte de lo que se conoció como la Controversia sobre la Regeneración Bautismal, una confrontación con la Iglesia de Inglaterra relacionada con la declaración de que el bautismo era necesario para el perdón de los pecados. Spurgeon creía que esta enseñanza era una corrupción del evangelio, así que se opuso abiertamente. Pero cuando lo hizo, fue condenado por entrometerse en la conciencia de los miembros de la Iglesia Anglicana. Entonces fue forzado a retirarse de la Alianza Evangélica, en donde era una figura importante. En medio de este conflicto, lanzó una revista semanal llamada *The Sword and the Trowel* [La espada y la pala], cuyo fin era refutar los errores teológicos de la época y defender la pureza del evangelio.

Spurgeon también estaba ocupado difundiendo el evangelio. En 1866, fundó la Metropolitan Colportage Association [Asociación Metropolitana de Colportaje] para la distribución de literatura evangélica. El Tabernáculo se estuvo remodelando desde el 24 de marzo hasta el 21 de abril de 1867, y durante ese tiempo los servicios dominicales se celebraban en el Agricultural Hall de Islington. Más de veinte mil personas asistieron a cada una de estas cinco reuniones memorables, por lo que fue el público más grande que Spurgeon tuvo en su vida. Ese mismo año, fundó el Orfanato Stockwell para niños; en 1868 fundó hospicios para los pobres, y en 1879 fundó el Orfanato para Niñas. En total, bajo el liderazgo de Spurgeon, casi mil miembros enérgicos estaban proclamando el evangelio activamente en todo Londres a través de

varios ministerios. Además, 127 ministros laicos estaban sirviendo en veintitrés puntos de misión en Londres. En su cumpleaños número cincuenta, se leyó una lista de sesenta y seis organizaciones que había fundado con el propósito de lograr el avance del mensaje del evangelio.

Varios años después, en 1887, Spurgeon entró en otro conflicto, el más grande de su ministerio, conocido como la Controversia del Declive. Él habló a favor del evangelio, confrontando el debilitamiento doctrinal que se había vuelto prevalente en muchos púlpitos. Comparó a la Iglesia Bautista con un tren que había llegado a la cima de una montaña alta y que ahora iba en picada hacia abajo a toda velocidad. Decía que, entre más descendiera por esta pendiente resbalosa, mayor sería su destrucción. Advertía con firmeza sobre los peligros de menospreciar la autoridad de la Escritura, lo cual estaba resultando en un entretenimiento mundano, técnicas cómicas y una atmósfera circense en muchas iglesias de su época.

Pero las palabras serias de Spurgeon cayeron en oídos sordos, así que decidió renunciar a la Unión Bautista el 26 de octubre de 1887. Algunos le pidieron que comenzara una nueva denominación, pero él no aceptó. En abril de 1888, durante la reunión anual de la Unión Bautista, se presentó una moción para censurar a Spurgeon. Triste e inesperadamente, James, su hermano y copastor en el Tabernáculo, apoyó la moción. Él creyó erróneamente que la moción era un llamado a la reconciliación. Esta controversia lo afligió tanto que contribuyó a su muerte prematura tan solo cuatro años después.

LOS ÚLTIMOS DÍAS

En sus últimos años, Spurgeon sufrió varias dolencias físicas, incluyendo una enfermedad renal y gota. Debido al deterioro de su salud, el 7 de junio de 1891 predicó su último sermón en el Tabernáculo. Con mucho dolor, se retiró a la ciudad de Mentone en la Riviera Francesa, y murió allí el 31 de enero de 1892. En ese momento, “el príncipe de los predicadores” solo tenía cincuenta y

siete años.

Primero se ofreció un servicio funeral en Francia. Luego, el cuerpo de Spurgeon fue llevado de regreso a Londres, donde se realizaron cuatro servicios funerales el miércoles 10 de febrero — uno para los miembros del Tabernáculo, otro para los pastores y estudiantes, otro para trabajadores cristianos y otro para el público en general. Un sexto y último servicio se realizó al día siguiente. En total, casi sesenta mil dolientes le rindieron homenaje a este gran personaje. Detrás de su coche fúnebre hubo un desfile funeral de un poco más de tres kilómetros de largo, desde el Tabernáculo hasta el cementerio de Norwood, además de las cien mil personas que bordearon todo del camino. Las banderas ondeaban a media asta. Cerraron las tiendas y los bares. Era como si hubiera muerto un miembro de la familia real.

Encima de su ataúd pusieron una Biblia abierta en Isaías 45:22, el texto que lo había llevado a creer en Cristo para salvación cuando era adolescente. Con este, incluso en su muerte, Spurgeon guió a las personas a Cristo. Había peleado la buena batalla, había terminado la carrera y había permanecido en la fe.

Durante su ministerio de treinta y ocho años en Londres, Spurgeon fue testigo del crecimiento de su congregación, que pasó de tener doscientas personas a casi seis mil miembros. Durante este tiempo, recibió a 14.692 miembros nuevos en la iglesia, y casi once mil de ellos entraron por medio del bautismo. En total, se ha estimado que Spurgeon se dirigió personalmente a casi diez millones de personas. Tiempo después, uno de sus hijos gemelos, Thomas, lo sucedió como pastor del Tabernáculo en 1894. Su otro hijo, Charles Jr., se convirtió en el director del orfanato que él había fundado.

En 1863, ya se habían vendido más de ocho millones de copias de los sermones de Spurgeon. Cuando murió en 1892, se habían vendido cincuenta millones de copias. Al final del siglo diecinueve, se habían vendido más de cien millones de sermones en veintitrés idiomas, una cantidad que ningún predicador ha igualado ni superado ni antes ni desde ese entonces.²⁸ Actualmente,

este número está muy por encima de los trescientos millones de copias. Un siglo después de su muerte, hay más obras impresas de Spurgeon que de cualquier otro autor de habla inglesa.²⁹ Spurgeon es el predicador más leído de la historia.

Hasta el día de hoy, Spurgeon sigue teniendo una enorme influencia en todo el cristianismo evangélico. Fue autor de ciento treinta y cinco libros, editó veintiocho más y escribió innumerables panfletos, tratados y artículos, por lo que sigue siendo el autor que más ha publicado en toda la historia del cristianismo.³⁰ Con más de tres mil ochocientos mensajes impresos, sus sermones son la colección más grande de escritos de un solo hombre en el idioma inglés. Estos sermones se recolectaron en sesenta y tres volúmenes³¹ que contienen casi veinticinco millones de palabras.

Dado el impacto monumental que tuvo Spurgeon en Inglaterra y en todo el mundo, deberíamos hacernos ciertas preguntas: ¿qué hacía que su predicación fuera tan persuasiva? ¿Qué lo impulsaba a proclamar el evangelio de la forma en que lo hacía? ¿Cuál era la fuente del poder de su ministerio evangelístico? Las respuestas se encuentran en lo que es el tema central de este libro: el enfoque en el evangelio de Charles Spurgeon.

Fundamentos inquebrantables

Para Spurgeon, la Biblia era precisamente eso, la Palabra misma de Dios que quebranta el corazón y trae el alma ante el trono de Dios, llevando así a un conocimiento redentor del Señor Jesucristo. Spurgeon construyó toda su teología y su ministerio sobre este fundamento.

—LEWIS A. DRUMMOND¹

A lo largo de su ministerio, la predicación de Charles Spurgeon se basó en esta roca inquebrantable: que la Biblia es exactamente lo que declara ser, la Palabra inspirada del Dios viviente. Al subir al púlpito, hablaba confiado en la pureza infalible y el poder salvador de la Palabra de Dios. Para Spurgeon, cuando la Biblia habla, Dios habla.

La fuerte creencia de Spurgeon en las doctrinas de la gracia estaba arraigada y fundamentada firmemente en esta verdad. No proclamaba las doctrinas de la gracia soberana simplemente porque los reformadores o los puritanos las validaban. Más bien, las creía porque las veía claramente en la Biblia. Aunque se consideraba a sí mismo un calvinista devoto, decía: “No creo nada simplemente porque [Juan] Calvino lo haya enseñado, sino porque he encontrado su enseñanza en la Palabra de Dios”.² También dijo: “El ‘calvinismo’ no vino de Calvino; creemos que surgió del gran Fundador de toda verdad. Tal vez Calvino la extrajo principalmente de los escritos de Agustín. Y Agustín obtuvo sus perspectivas, sin duda, a través del Espíritu de Dios y del estudio diligen-

te de los escritos de Pablo; y Pablo las recibió del Espíritu Santo, de Jesucristo”.³ Aunque estuvo de acuerdo, en términos generales, con Calvino y otros teólogos reformados, las creencias de Spurgeon se fundamentaban exclusivamente en lo que veía claramente en la Escritura. Era, por así decirlo, la personificación de *Sola Scriptura* —la sola Escritura.

Expresando su lealtad exclusiva a la Biblia, Spurgeon renunció a toda confianza en las tradiciones de los hombres o en las autoridades de la iglesia en sí mismas. Sostenía que:

El Espíritu Santo reveló gran parte de la verdad preciosa y de los preceptos santos a través de los apóstoles, y debemos ser diligentes en prestar atención a Su enseñanza; pero cuando los hombres citan la autoridad de padres, consejos u obispos, no debemos someternos ni por un momento. Pueden citar a Ireneo o a Cipriano, a Agustín o a Crisóstomo; pueden recordarnos los dogmas de Lutero o de Calvino; pueden encontrar autoridad en Simeon, Wesley o Gill. Escucharemos las opiniones de estos grandes hombres con el respeto que se merecen como hombres, pero luego de hacerlo, negamos que tengamos algo que ver con estos hombres como autoridades de la iglesia de Dios, porque no hay nada que tenga autoridad, sino solamente lo que “dice el Señor Todopoderoso”. En efecto, si vas a traernos el consentimiento unánime de toda la tradición, si vas a citar precedentes venerables con quince, dieciséis o diecisiete siglos de antigüedad, quemamos todo eso como si fuera madera sin valor, a menos que señales con tu dedo el pasaje de la Santa Escritura que confirma que Dios lo ha dicho.⁴

Este compromiso fundamental con la Biblia fue la piedra angular sobre la que Spurgeon construyó su ministerio. Sostenía que los que hablan desde el púlpito deben creer que la Biblia no es la palabra de los hombres que la escribieron. En cambio, deben afirmar que es la Palabra escrita del Dios viviente. Iain Murray explica: “Ellos tienen un mensaje que anunciar, uno que no es suyo propio

y del cual están seguros. Dudar de la inspiración divina de la Escritura es perder instantáneamente la verdadera autoridad que se requiere de un predicador y evangelista”. Luego, Murray agrega categóricamente: “Ningún hombre predicará fielmente el evangelio si no lo cree completamente”.⁵ De la misma manera, Spurgeon estaba convencido de que la Biblia es la revelación divina, la Palabra misma de Dios.

Spurgeon fue, como dice John Piper, un “predicador impulsado por la verdad... que creía en la Biblia”.⁶ Spurgeon testificó: “Las palabras de la Escritura entusiasman mi alma como nada más puede hacerlo. Me elevan o me quebrantan. Me destrozan en pedazos o me fortalecen. Las palabras de Dios tienen más poder sobre mí que el poder de los dedos de David sobre las cuerdas de su arpa”.⁷ Al negarse a recurrir al entretenimiento mundano para atraer a una multitud o a emplear trucos para provocar una respuesta falsa, el éxito del ministerio de Spurgeon se basaba en la Palabra de Dios. Él decía: “Preferiría hablar cinco palabras de este libro que cincuenta mil palabras de los filósofos. Si queremos un avivamiento, debemos avivar nuestra reverencia ante la Palabra de Dios. Si queremos conversiones, debemos poner más de la Palabra de Dios en nuestros sermones”.⁸ Su predicación del evangelio estaba basada en su compromiso con la verdad bíblica.

Cuando Spurgeon abría la Biblia, veía claramente la enseñanza de la soberanía de Dios en la salvación del hombre. Creía que no tenía otra opción que predicar estas verdades porque son las enseñanzas de Dios mismo. Nada lo alejaría de estas doctrinas de la gracia. Sin embargo, Spurgeon también encontró que la Palabra de Dios enseña la necesidad de predicar el evangelio y del evangelismo, y que cada persona tiene su propia responsabilidad de creer en Jesucristo. Spurgeon sostenía estas dos verdades —la soberanía divina y la responsabilidad humana— porque *ambas* se enseñan claramente en la Biblia.

En este capítulo, quiero examinar las convicciones de Spurgeon respecto a las Escrituras. ¿Qué creía sobre la infalibilidad y autoridad de la Palabra de Dios? ¿Cuál era su actitud frente al estudio

de la Escritura? ¿Cómo entendía la proclamación del evangelio? En estas páginas exploraremos el compromiso de Spurgeon con la Palabra de Dios, donde encontró el mensaje del evangelio que proclamaba con tanta pasión.

AUTORÍA DIVINA

Primero, Spurgeon creía en la autoría divina de la Biblia. En la Inglaterra del siglo XIX, los liberales y los apóstatas atacaron fuertemente la Biblia. Sin embargo, Spurgeon se mantuvo firme y se aferró a su convicción de que la Biblia es la Palabra inspirada de Dios. Creía que los que cuestionan la Biblia o albergan perspectivas bajas de su inspiración y autoridad no tienen una guía que los dirija ni un ancla que los sostenga. Spurgeon entendía que si un predicador deja de creer en la inspiración divina de la Escritura, no tiene un evangelio que predicar. Con una desviación como esta, se desconecta de la verdadera fuente de poder para el evangelismo.

Aunque la Biblia fue escrita por autores humanos, Spurgeon creía que detrás de las Escrituras se encontraba un Autor divino: Dios mismo. En otras palabras, había muchos autores secundarios, pero un solo Autor primario. Creía que la voz inaudible de Dios se escucha a través de Su Palabra. En un sermón titulado “La Biblia”, predicado el 18 de marzo de 1855, Spurgeon sostuvo:

Aquí está mi Biblia, ¿quién la escribió? Yo la abrí y encontré que consta de una serie de tratados. Los primero cinco tratados fueron escritos por un hombre llamado Moisés; luego avanzo y encuentro otros. A veces veo que es David el que escribe, otras veces es Salomón. Aquí leo a Miqueas, a Amós y a Oseas. A medida que avanzo hacia las páginas más brillantes del Nuevo Testamento, veo que están Mateo, Marcos, Lucas, Juan, Pablo, Pedro, Santiago y otros; pero cuando cierro el libro me pregunto: ¿quién es el autor? ¿Estos hombres declararon conjuntamente que eran los autores? ¿Son los compositores de este gran volumen? ¿Se dividen el honor entre ellos? ¡No!⁹

Aquí Spurgeon declaraba que, aunque cada autor humano fue un instrumento para registrar las Escrituras, ninguno de ellos fue el verdadero Autor. Luego dijo:

Este libro es el escrito del Dios viviente; cada carta fue escrita con un dedo Todopoderoso; cada palabra en él salió de los labios eternos; cada frase fue dictada por el Espíritu Santo. Y aunque Moisés fue usado para escribir sus historias con una pluma ardiente, fue Dios quien guió esa pluma. Puede ser que David tocara su arpa y que de sus dedos salieran dulces salmos melódicos, pero era Dios quien movía sus manos sobre las cuerdas de su arpa dorada. Puede que Salomón haya cantado cánticos de amor y pronunciado palabras de gran sabiduría, pero era Dios quien dirigía sus labios y hacía que el predicador fuera elocuente. Si sigo al estruendoso Nahúm, cuando sus caballos surcan las aguas, o a Habacuc, cuando ve las tiendas de Cusán en aflicción; si leo Malaquías, cuando la tierra está ardiendo como un horno; si voy a la tierna página de Juan, quien habla del amor, o a los capítulos fuertes y apasionados de Pedro, quien habla del fuego que devora a los enemigos de Dios; si voy a Judas, quien proclama maldiciones sobre los enemigos de Dios, en todas partes encuentro a Dios hablando; es la voz de Dios, no la del hombre.^{[10](#)}

Spurgeon concluyó con certeza que cada palabra de la Biblia viene de Dios mismo: “Las palabras son las palabras de Dios, las palabras del Eterno, del Invisible, del Todopoderoso, del Jehová de esta tierra. Esta Biblia es la Biblia de Dios y, cuando la veo, me parece escuchar una voz que sale de ella y dice: ‘Yo soy el Libro de Dios; hombre, léeme. Yo soy el escrito de Dios; ábreme, porque fui escrito por Dios; léeme, porque Él es mi Autor’”.^{[11](#)} Spurgeon estaba completamente convencido de que en cada página de la Escritura se encuentra la verdad absoluta de Dios. Creía que, cuando la Biblia habla, Dios mismo habla.

Spurgeon también declaró: “Creemos en la inspiración plenaria

y verbal”.¹² Es decir, sostenía que toda la Biblia es inspirada y verdadera. Afirmó: “Acepto la inspiración de las Escrituras como un hecho”.¹³ Estaba convencido de que “las Sagradas Escrituras son el registro de lo que Dios ha hablado”.¹⁴ A lo largo de su ministerio, Spurgeon se mantuvo firme respecto a la autoría divina de la Biblia.

INERRANCIA DIVINA

Segundo, Spurgeon creía en la inerrancia divina de la Biblia, viéndola como absolutamente pura e infaliblemente verdadera. Declaró: “Para nosotros, toda palabra de Dios es pura”.¹⁵ En la mente de Spurgeon, no podía haber espacio para la duda: “Debemos fijar en nuestras mentes que la Palabra de Dios debe ser verdadera, absolutamente infalible y totalmente incuestionable”¹⁶ En otras palabras, creía que toda doctrina es verdadera, toda enseñanza es correcta, toda promesa es segura. En este sentido, escribió:

Esta es la Palabra de Dios; invito a los críticos a escudriñarla y encontrarle algún defecto; examínenla, desde su Génesis hasta su Apocalipsis, y encuentren un error. Es un vaso de oro puro, sin aleación de cuarzo, ni ninguna otra sustancia terrenal. Es una estrella sin mancha; un sol sin mácula; una luz sin oscuridad; una luna sin su palidez; una gloria sin penumbra. ¡Oh, Biblia! De ningún otro libro se puede decir que es perfecto y puro; pero de ti podemos declarar que reúnes toda la sabiduría, sin una partícula de error. Es la jueza que acaba con el conflicto, donde fallan la sensatez y la razón. Es el Libro que no está contaminado con ningún error; sino que es la verdad pura, sin mezcla, perfecta.¹⁷

Creer firmemente en la infalibilidad de la Palabra de Dios alentaba a Spurgeon en su predicación. Él decía: “Si no creyera en la infalibilidad de la Escritura, la infalibilidad absoluta de ella de prin-

cipio a fin, ¡nunca volvería a hablar desde este púlpito!”.¹⁸ Si la Biblia no es confiable, entendía que no tenía una verdad que predicar. Decía: “Si no creyera en la infalibilidad del Libro, preferiría vivir sin él”.¹⁹ En otras palabras, no vale la pena predicar un libro falible. Creía que solo este libro puro contiene el mensaje perfecto de la salvación.

Spurgeon entendía claramente que el poder del evangelio se basa en la inerrancia de la Escritura: “Todo en el servicio ferroviario depende de la precisión de las señales. Cuando estas se equivocan, se pierden vidas. En el camino al cielo necesitamos señales inequívocas; de lo contrario, las catástrofes serán aún más terribles”.²⁰ Spurgeon argumentaba que para poder dirigir a los hombres a Dios, la Biblia tiene que ser completamente confiable. Por lo tanto, ningún predicador es libre de alterar el mensaje bíblico, de cambiar sus palabras, de suavizar sus doctrinas ni de retener alguna de sus verdades. Él afirmaba:

He escuchado a hombres que al orar, en vez de decir: “Procuren asegurar su llamado y elección”, dicen: “Procuren asegurar su llamado y salvación”... ¡Oh, insolencia que excede todo límite! ¡Oh, arrogancia en su máxima expresión! Intentar dictarle al infinitamente Sabio, enseñarle al Omnisciente e instruir al Eterno. Es extraño que haya hombres tan viles que se atrevan a usar la navaja de Joacim para cortar los pasajes de la Palabra que no les agradan. A ustedes, a los que no les gustan ciertas porciones de la Santa Escritura, les digo con certeza que su gusto está corrompido y que Dios no se va a detener por su pequeña opinión. Su desagrado es la razón misma por la que Dios lo escribió... no tienen derecho a ser complacidos. Dios escribió lo que no les gusta; escribió la verdad. ¡Oh! Inclinémosnos en reverencia ante ella, porque Dios la inspiró. Es pura verdad. De esta fuente mana el *aqua vitae* —el agua de vida— sin una sola partícula de lo terrenal; de este sol sale el resplandor, sin mezclarse con la oscuridad. ¡Bendita Biblia! Tuya es toda la verdad.<²¹

Debido a que Spurgeon creía que la Biblia es inspirada por Dios e infalible, se veía a sí mismo simplemente como un canal para ese mensaje de Dios. Por lo tanto, sabía que debía tener cuidado de no contaminar el río de la Palabra con la opinión humana, y de no re-dirigir ni detener su curso. Debe ser solo el mensajero, no el editor. La verdad del evangelio se debe presentar a todos exactamente como Dios la escribió. Para Spurgeon, esto incluía las verdades de la gracia soberana. Creía que debía proclamar fielmente que Dios es el Señor en todas las cosas, incluyendo la salvación de los hombres.

LA AUTORIDAD DIVINA

Tercero, Spurgeon creía profundamente en la autoridad divina de la Biblia. Decía: “El eslogan de nuestro estándar es: ‘Así dice el Señor Todopoderoso’... la única autoridad en la iglesia de Dios”.²² Creía que la autoridad suprema en todos los temas de la fe y la vida es la Palabra de Dios. Escribió: “¡Oh, Libro de libros! ¿Y fuiste escrito por mi Dios? Entonces me inclinaré ante ti. ¡Tú, Libro de inmensa autoridad! Eres una proclamación del Emperador del cielo; que nunca me atreva a ejercer mi razón para contradecirte”.²³ Creía profundamente que todas las especulaciones religiosas de los hombres y sus imaginaciones vanas debían someterse a las doctrinas que se enseñan en la Biblia. En otras palabras, las mentes falibles de los hombres debían rendirse ante la mente infalible de Dios. Spurgeon declaró:

Razón, tu deber es estar firme y descubrir lo que dice este libro, no anunciar lo que este Libro debería decir. Ven, razón, intelecto mío, siéntate y escucha, porque estas palabras son las palabras de Dios. No sé cómo ahondar en este pensamiento. ¡Oh! Si pudieras recordar que esta Biblia en realidad y en verdad fue escrita por Dios. ¡Oh! Si te fuera permitido entrar a las cámaras secretas del cielo, si hubieras contemplado a Dios tomando Su pluma y escribiendo estas cartas, entonces seguramente las respetarías; pero siguen siendo escritura de Dios,

como si hubieras visto a Dios escribiéndolas. Esta Biblia es un Libro de autoridad; es un Libro autorizado, porque Dios lo ha escrito. ¡Oh! Tiemblen, no sea que alguno de ustedes la desprecie; recuerden su autoridad, porque es la Palabra de Dios.²⁴

Spurgeon creía que la única autoridad de cualquier predicador yace en la autoridad suprema de la Biblia: “Sé que una sola frase de la Palabra de Dios es más segura y tiene más poder que todos los descubrimientos de todos los hombres ilustrados de todos los tiempos”.²⁵ Estaba convencido de que debía hablar precisamente lo que dice la Escritura: “Estoy contento de vivir y morir como el simple repetidor de la enseñanza de la Escritura, como una persona que no ha pensado nada ni se ha inventado nada, como alguien que nunca consideró que la invención fuera parte de su llamado, pero que concluyó que simplemente debía ser la boca de Dios para las personas, lamentándose de cualquier cosa suya que se interpusiera en el camino”.²⁶ En resumen, él creía que su papel era ser un eco de la verdad que se encuentra en la Biblia.

Spurgeon estaba convencido de que los mejores sermones son los de los predicadores que tienen una confianza poderosa en la Palabra: “Para poder ganarse a las almas que escuchan la Palabra de Dios, deben tener una gran fe en esa Palabra”.²⁷ Por lo tanto, su predicación del evangelio estaba basada en su confianza en la autoridad de la Escritura. Fíjate en la forma en que extendía su invitación a creer el evangelio: “¿Tu esperanza de ir al cielo pasa la prueba de ‘Así dice el Señor’? ¿En qué estás descansando?... ¿Estás construyendo sobre tus propias obras? ¿Confías en tus sentimientos o en los sacramentos? ¿Estás poniendo tu esperanza en la palabra del hombre?... Construye sobre la Palabra de mi Señor y Maestro; confíale tu alma a Jesús”.²⁸ Para él, la autoridad bíblica es el fundamento sólido en el cual se debe construir la obra del evangelismo.

LA VERDAD DIVINA

Cuarto, Spurgeon creía que debía conocer exhaustivamente las Escrituras para ser usado de forma eficaz en el evangelismo. Como consecuencia, la preparación de su sermón se caracterizaba por el estudio detallado del texto bíblico. Les decía a sus estudiantes: “Hermanos, sean expertos de la Biblia. Aunque no hayan estudiado otras obras, lo importante es dominar los escritos de los profetas y los apóstoles. ‘Que la palabra de Cristo habite en abundancia en vosotros’”.²⁹ Para Spurgeon, la profundidad con la que un ministro conocía la Palabra determinaría la amplitud de su ministerio.

Para lograr este dominio, Spurgeon se puso la meta de explorar las profundidades de la Biblia. Escribió: “Nuestra ambición debería ser entender la Biblia; deberíamos familiarizarnos con ella, tanto como el ama de casa se familiariza con su aguja, el mercader con su libro de contabilidad y el marinero con su barco’”.³⁰ Agregó: “Es una bendición alimentarte del alma misma de la Biblia hasta que tu sangre finalmente se convierta en *biblina* y la misma esencia de la Biblia fluya de ti”.³¹ Spurgeon siguió su propio consejo y buscó entender ampliamente las Escrituras.

Por supuesto, una comprensión amplia de la Escritura no llega de forma automática. Spurgeon decía: “El ministerio demanda un trabajo cerebral. El predicador debe enfocarse en su enseñanza, y leer y estudiar para mantener su mente afilada”.³² En otras palabras, el poder en la predicación del evangelio demanda un estudio exhaustivo. Admitió: “Son pocas las veces que disfruto mi preparación para predicar. Para mí, estudiar para el púlpito es el trabajo más tedioso del mundo”.³³ Pero entendía que, si se negaba a pagar este gran precio, no tendría derecho a estar en el ministerio: “Un holgazán no tiene lugar en el púlpito. Es un instrumento de Satanás para condenar las almas de los hombres”.³⁴ De nuevo, advirtió: “El que ha dejado de aprender ha dejado de enseñar. El que no siembra estudiando no cosechará nada en el púlpito”.³⁵ Incluso para un genio como Spurgeon, el estudio de la Biblia era un trabajo duro. Pero la profundidad en la Palabra es absolutamente

necesaria para que haya una convicción firme y conversiones sólidas.

A pesar de que no recibió una educación formal, Spurgeon era un hombre muy leído y sumamente sabio, “al estilo puritano”.³⁶ La biblioteca personal de su residencia en Westwood contaba con un estimado de doce mil volúmenes de comentarios bíblicos, teologías sistemáticas, ayudas lingüísticas, historias de la iglesia y biografías cristianas. Spurgeon conocía sus libros tan bien que se decía que podía entrar a su estudio sin que hubiera luz y encontrar el libro que quisiera. Lewis A. Drummond dice: “Él podía clasificar todo lo que leía y tenía el don inusual de recordar instantáneamente”.³⁷ Esta retención le permitía ser un pensador capaz y un erudito experto.³⁸

Hughes Oliphant Old dice que Spurgeon era “un lector rápido que leía ampliamente a los puritanos ingleses. Los puritanos produjeron una gran cantidad de material de diferentes tipos, y Spurgeon leía y releía esa literatura”.³⁹ Por medio de toda esta lectura, Spurgeon adquirió una “combinación poco común de claridad bíblica, coherencia teológica, vivacidad retórica, encanto universal y urgencia a la hora de aplicar”.⁴⁰ Como resultado, estaba bien preparado para predicar todo el consejo de Dios con un poder de comunicación extraordinario.

Solamente alguien tan lleno de la Escritura podría prepararse para predicar como lo hacía Spurgeon. Su lectura voraz durante la semana le permitía entrar a su estudio el sábado por la noche, seleccionar su texto para el domingo en la mañana y prepararse para predicar. Hacía un bosquejo general, que era la única ayuda que llevaba al púlpito. Repetía la misma práctica en la tarde del domingo para el sermón de la noche de ese mismo día. Como estaba tan saturado de la verdad bíblica, decía que cada vez que se sentaba en su escritorio, era como si estuviera preparándose para predicar varios sermones. Confesó: “Creo que casi todos los sábados de mi vida preparo suficientes bosquejos de sermones como para un mes, pero no me atrevo a usarlos, así como un marinero honesto no lleva bienes de contrabando a la orilla”.⁴¹ Spurgeon

cuidaba su tiempo de preparación del sábado en la noche sin permitir ninguna interrupción. Una vez, una persona llegó a su casa sin invitación para verlo mientras se preparaba para el domingo. Cuando la criada vino a la puerta, esta persona la envió a preguntarle a Spurgeon si podía recibirlo. Spurgeon le dijo a la criada que no podía ver a nadie en ese momento. El visitante respondió: “Dígale al Sr. Spurgeon que un siervo del Señor Jesucristo desea verlo inmediatamente”. La criada asustada comunicó el mensaje, pero Spurgeon respondió: “Dile que estoy ocupado con su Maestro y que no puedo ver a los siervos ahora”.⁴² Este compromiso con la Escritura era el estándar con el cual Spurgeon creía que todos los predicadores debían ser juzgados: “Les ruego que evalúen cuidadosamente a todos los predicadores, no por sus talentos, ni por sus poderes de elocuencia, ni por su estatus en la sociedad, ni por lo respetable de su congregación, ni por la belleza de su iglesia, sino por esto: ¿está predicando la Palabra de verdad, el evangelio de salvación?”.⁴³ El secreto del ministerio evangelístico de Spurgeon era su compromiso profundo con las Escrituras. No tenía absolutamente nada que decir que no fuera la Palabra de Dios.

COMPROMETIDO CON LA PALABRA

El compromiso de Spurgeon con la Biblia lo llevaba a predicar mensajes calvinistas con un enfoque evangelístico. Él creía con firmeza que los propósitos soberanos de Dios en la salvación se enseñan claramente en la Escritura. De igual forma, afirmaba de todo corazón que el mensaje del evangelio debe predicarse a toda criatura, porque es lo que manda la Palabra de Dios. Además, sostenía que cada persona era responsable de poner su confianza en Cristo, porque es lo que demanda la Escritura. La creencia de Spurgeon en el origen divino de la Escritura lo convertía en esa arma tan potente: un evangelista calvinista. No podía descartar una verdad a favor de la otra, así como no podía quitarle una página a la Biblia por preferir otra.

Cerca del final de su ministerio, Spurgeon fue testigo de iglesias que recurrían a medios carnales para atraer a las multitudes y así

evangelizarlas. El púlpito se convertía en un escenario y el sermón en entretenimiento. A causa de esta infiltración mundana, la verdad bíblica se diluyó y la predicación perdió mucho poder. Sintiendo la urgencia, Spurgeon declaró: “Hay apatía en todas partes. A nadie le interesa si lo que se está predicando es verdadero o falso. Un sermón es un sermón sin importar el tema; solo que entre más corto sea, mejor”.⁴⁴ Pero Spurgeon se negaba a ceder o a hacer concesiones. Seguía siendo consumido por una pasión singular por la verdad bíblica.

Aunque la gente pidiera mensajes apaciguadores, Spurgeon predicaba verdades cortantes: “Dios es mi testigo; he rechazado toda idea de tratar de ser elocuente o elevado en mi predicación. No me interesa nada del espectáculo estridente de los discursos. Solo quiero hablarles de estas verdades sin ningún adorno”.⁴⁵ Aunque se estaba trastornando el evangelio mismo, amenazando así la autenticidad de las conversiones, Spurgeon se aferraba a la predicación simple de la verdad divina y fue testigo de numerosos nuevos nacimientos.

Él había bebido profundamente de los manantiales de la Escritura, y casi se había convertido en una fuente de donde brotaban sus verdades. Le había sacado provecho a las reservas profundas de la gracia soberana, y ellas fluían libremente de sus exposiciones bíblicas. Hablaba el lenguaje de la Escritura misma, declarando que la salvación es del Señor.

Spurgeon representa la dedicación a las Escrituras que todo predicador —y todo creyente— debe tener. Si queremos enfocarnos en el evangelio, también debemos confiar en la inspiración divina y la inerrancia de la Escritura. Debemos rendirnos ante su autoridad y ser diligentes en nuestro estudio de la misma. Si queremos ver almas convertidas por el evangelio, debemos estar firmes en el evangelio mismo.

Gracia soberana

Spurgeon fue uno de los evangelistas más grandes de Inglaterra, así como uno de los defensores más incondicionales en su país de las doctrinas de la gracia.

—JAMES MONTGOMERY BOICE¹

Cuando Charles Spurgeon fue reconocido a mediados del siglo diecinueve, apareció anunciando las doctrinas de la gracia soberana. En ese tiempo, el calvinismo ya no era la teología dominante en Inglaterra, como lo había sido en los tiempos de los puritanos. En cambio, la gente se estaba olvidando de las doctrinas de la gracia, pues las veían como reliquias arcaicas y polvorientas de la Europa primitiva del siglo dieciséis. La Inglaterra victoriana había alcanzado cierta madurez, supuestamente, y sus filósofos promovían la autonomía del hombre, no la soberanía de Dios. La enseñanza de la Reforma se había desvanecido completamente en el ámbito evangélico.

Sin embargo, en vez de enamorarse de las modas teológicas de su tiempo, Spurgeon decidió mantenerse fiel a las sendas antiguas, las que se habían presentado en la Escritura hacía mucho tiempo, incluyendo las enseñanzas de la gracia soberana. Decía: “Así que lo que estoy predicando no es ninguna novedad; no es una doctrina nueva. Amo proclamar estas fuertes doctrinas antiguas, conocidas como ‘calvinismo’, pero que son segura y ciertamente la verdad revelada de Dios en Cristo Jesús”.² Para Spurgeon, predicar la Biblia era predicar el calvinismo. Consideraba

que lo que se necesitaba en su época era un calvinismo sólido.

Estas verdades trascendentes —la depravación total, la elección incondicional, la expiación definida, la gracia irresistible y la gracia preservadora— reforzaban el enfoque en el evangelio de Spurgeon. Él declaraba:

No es posible predicar a Cristo y Su cruz a menos que prediquemos lo que se conoce hoy en día como el calvinismo. ‘Calvinismo’ es un sobrenombre; el calvinismo es el evangelio y nada más. No creo que estemos predicando el evangelio a menos que prediquemos la soberanía de Dios en Su dispensación de gracia; ni a menos que exaltemos el amor elector, invariable, eterno, inmutable, conquistador de Jehová. Tampoco creo que podemos predicar el evangelio si no nos basamos en la redención especial y particular que Cristo logró en la cruz para Su pueblo escogido. Tampoco puedo comprender un evangelio que permite a los santos abandonarlo después de haber sido llamados.³

Spurgeon no andaba susurrando lo que creía, y mucho menos cuando se trataba de las doctrinas de la gracia. Ernest Bacon escribió: “La predicación de Spurgeon era completamente calvinista. Estaba profundamente empapado del principio rector de la teología de Calvino: la soberanía de Dios en la creación, la providencia y la redención. Él creía de todo corazón que el calvinismo es la teología de la Biblia”.⁴ Sin duda, Spurgeon sabía que el gran reformador suizo, Juan Calvino, no era el autor de estas verdades, sino que habían venido de Dios. Spurgeon explicaba: “Sostenemos y defendemos una y otra vez que la verdad que predicaba Calvino era la verdad misma que el apóstol Pablo había escrito mucho antes en sus epístolas inspiradas, y que se revela más claramente en los discursos de nuestro bendito Señor”.⁵ Para Spurgeon, las doctrinas de la gracia no eran las enseñanzas de un hombre, sino las verdades de Dios.

Allí radicaba el poder del mensaje del evangelio de Spurgeon.

Iain Murray escribe: “La fuerza del ministerio de Spurgeon estaba en su teología. Él redescubrió lo que la iglesia había olvidado hacía mucho tiempo —el poder evangelístico de la doctrina conocida como ‘calvinismo’... Spurgeon veía estas verdades como la fuerza impulsora de un ministerio centrado en el evangelio”.⁶ Su convicción era que el evangelismo más puro fluye de las verdades calvinistas. Para él, el evangelio nunca brilla más que cuando es visto a través del lente de las doctrinas de la gracia.

Al examinar el enfoque en el evangelio de Spurgeon, debemos reconocer su compromiso con las doctrinas de la gracia. ¿Qué creía Spurgeon sobre estas verdades? ¿Por qué veía los cinco puntos del calvinismo como el corazón del evangelio? ¿De qué forma estas verdades le daban valentía cuando predicaba el evangelio? Quiero comenzar a responder estas preguntas considerando los pensamientos de Spurgeon respecto a cada una de las cinco verdades que constituyen las doctrinas de la gracia.

LA DEPRAVACIÓN TOTAL

Primero, Spurgeon afirmaba la doctrina fundamental de la depravación total, a veces conocida como corrupción radical. Entendía claramente que antes de un evangelista comunicar la buena noticia de la salvación, debe comunicar la mala noticia de la condenación. Hay que exponer el fondo negro del pecado del hombre para que el diamante de la gracia soberana de Dios pueda brillar con todo su esplendor. Esto comienza con la enseñanza bíblica sobre el pecado de Adán, el cual produjo la muerte. Spurgeon afirmaba:

El día en que Adán comió del fruto, su alma murió; su imaginación perdió el gran poder de elevarse a las cosas celestiales y ver el cielo, su voluntad perdió la capacidad de elegir siempre lo bueno, su juicio perdió la habilidad de juzgar entre lo correcto y lo incorrecto con claridad e infalibilidad, aunque algo quedó retenido en la conciencia; su memoria se manchó y se volvió propensa a guardar lo malo y a desechar lo justo; ya no te-

nía vitalidad moral. La bondad era la vitalidad de los poderes que ya no disfrutaba. La virtud, la santidad y la integridad eran la vida del hombre; pero cuando desaparecieron, el hombre quedó muerto.⁷

El pecado de Adán no solo lo afectó a él. Su naturaleza caída se propagó a toda la raza humana, y cada parte de toda persona quedó plagada fatalmente de muerte espiritual. Spurgeon escribió: “Así como la sal le da sabor a cada gota del océano Atlántico, así el pecado afecta cada átomo de nuestra naturaleza. Tristemente, está allí, en abundancia; y si no lo puedes detectar, estás engañando”.⁸ Agregó: “El veneno del pecado está en la fuente misma de nuestro ser; ha envenenado nuestro corazón. Está en el tuétano de nuestros huesos, y es tan natural para nosotros como cualquier otra cosa que nos pertenezca”.⁹ Él creía que la persona completa —mente, afectos y voluntad— está contaminada y envenenada por el pecado original.

El resultado, decía él, es que hay “un infierno de corrupción en el mejor de los santos”.¹⁰ Spurgeon reconocía que el pecado se encuentra en lo profundo de las almas de todos los hombres. Esta corrupción interna hace que todos los hombres sean bestias salvajes: “Ningún lobo, león o serpiente es tan salvaje como la bestia del hombre”.¹¹ Todas las personas nacen muertas espiritualmente, incapaces de ver, desear o responder al mensaje del evangelio. Respecto a la voluntad, Spurgeon decía: “Declaramos con la autoridad de la Escritura que la voluntad humana es tan depravada, tan inclinada a todo lo que es malo, y tan renuente a todo lo que es bueno, que sin la influencia poderosa, sobrenatural e irresistible del Espíritu Santo, ningún ser humano acudiría a Cristo”.¹² Con esta declaración, Spurgeon afirmaba que el hombre pecador no tiene la capacidad de tomar la iniciativa, lo que lo hace incapaz de responder a la oferta gratuita de Cristo.

Por consiguiente, Spurgeon se resistía a la noción del libre albedrío en el ser humano. Argumentaba que una idea como esa eleva

al hombre al lugar que está reservado para Dios mismo: “La doctrina del libre albedrío... ¿qué hace? Magnifica al hombre convirtiéndolo en Dios. Declara que los propósitos de Dios son nulos, porque no se pueden llevar a cabo a menos que los hombres estén dispuestos. Convierte la voluntad de Dios en un siervo de la voluntad del hombre”.¹³ Además, Spurgeon afirmaba: “Si Dios le requiere al pecador, que está muerto en pecado, que dé el primer paso, entonces requiere aquello que hace que la salvación sea imposible, tanto en el evangelio como bajo la ley, ya que el hombre es tan incapaz de creer como lo es de obedecer”.¹⁴ En pocas palabras, Spurgeon creía que ningún ser humano es completamente libre. O es esclavo del pecado o es esclavo de Cristo, pero nunca libre.

Para Spurgeon, aquí era donde comenzaba el mensaje del evangelio. Este mensaje de la gracia salvadora comienza con la depravación total. El hombre está totalmente corrompido por el pecado. Está muerto espiritualmente y es incapaz de salvarse a sí mismo. No tiene esperanza ni capacidad alguna en sí mismo.

LA ELECCIÓN INCONDICIONAL

Segundo, Spurgeon creía firmemente en la doctrina de la elección incondicional. Esta verdad bíblica surge necesariamente de la creencia en la depravación humana. Ya que la voluntad del hombre está completamente muerta y no puede escoger a Dios, Dios *debe* ejercer Su voluntad soberana para salvar. De entre la gran cantidad de seres humanos caídos, Dios hizo una elección eterna. Antes de la fundación del mundo, determinó a quién iba a salvar. Spurgeon argumentaba que, si no fuera por la elección de Dios, nadie sería salvo.

Al igual que con el resto de las doctrinas que defendía Spurgeon, creía en esta verdad porque estaba convencido de que está basada en la Biblia: “Sin importar lo que se pueda decir sobre la doctrina de la elección, está escrita en la Palabra de Dios como con una pluma de hierro, y es imposible deshacerse de ella”.¹⁵ En su sermón titulado “Elección”, predicado el 2 de septiembre de 1855, Spur-

geon leyó muchos pasajes que enseñan de manera incuestionable esta verdad doctrinal. Entre los textos que citó y explicó estaban Lucas 18:7; Juan 15:16; 17:8-9; Hechos 13:48; Romanos 8:29, 33; 9:11-13; 11:7; 1 Corintios 1:26-29; Efesios 1:14; Colosenses 3:12; 1 Tesalonicenses 5:9; 2 Tesalonicenses 2:13-14; Tito 1:1; 1 Pedro 1:1-2 y 2 Juan 1. En esta exposición, Spurgeon declaró:

En el principio, cuando este gran universo se encontraba en la mente de Dios, como bosques que aún no habían nacido de la bellota; mucho antes de que los ecos despertaran los lugares vacíos; antes de que se produjeran las montañas; y mucho antes de que la luz atravesara el cielo, Dios amó a Sus criaturas escogidas. Antes de que existiera cualquier ser creado —cuando la materia no había sido creada, cuando el espacio mismo no existía, cuando no había nada aparte de Dios —incluso entonces, en esa soledad de la Deidad y en ese gran silencio y profundidad, Sus entrañas se llenaron de amor por Sus escogidos. Sus nombres estaban escritos en Su corazón, y Su alma los amó.^{[16](#)}

Spurgeon también afirmó: “Desde el principio, Dios escogió a Su pueblo; cuando la materia no había sido creada, cuando aún no existía el espacio, cuando reinaba el silencio universal y ninguna voz o susurro sacudía la solemnidad del silencio, cuando no existía ningún ser y no había movimiento, ni tiempo, ni nada sino Dios mismo, a solas en Su eternidad”.^{[17](#)} En la eternidad pasada, Dios amó de forma soberana a personas específicas y predestinó su salvación. Además, Spurgeon afirmaba que la elección soberana no estaba basada en la visión de Dios del futuro, sino en la predestinación divina: “Otros dicen: ‘Pero Dios los eligió al ver su fe en el futuro’. Dios es quien da la fe, por eso no podía haberlos elegido sobre la base de una fe que haya visto en su futuro”.^{[18](#)}

Spurgeon además negó que la elección se tratara de una selección de naciones y no de individuos. Declaró que:

El cambio más miserable en la tierra es decir que Dios no escogió a personas sino a naciones... Si escoger a una persona fuera considerado injusto, parecería mucho más injusto escoger a una nación, ya que las naciones son uniones de multitudes de personas. Así que si la elección fuera un crimen, escoger a una nación parecería ser un crimen mucho mayor que escoger a una persona. Sin duda, escoger a diez mil sería considerado algo peor que escoger a uno; apartar a una nación completa del resto de la humanidad parece ser un espectáculo mayor en los hechos de soberanía divina que elegir a un pobre mortal y dejar por fuera a otro.^{[19](#)}

Ya que la elección soberana de Dios de pecadores individuales se enseña claramente en la Escritura, Spurgeon insistía en que se debe predicar: “Dios me dio este gran libro para predicarlo, y si Él ha puesto algo allí que crees que no encaja, ve y quéjate con Él, no conmigo. Yo solo soy Su siervo, y si Su mensaje es objetable, no puedo hacer nada al respecto. Les diré que la razón por la que muchas de nuestras iglesias están en declive es simplemente porque esta doctrina no se ha predicado”.^{[20](#)} Spurgeon reconocía que negarse a predicar la verdad de la elección soberana obstaculiza el crecimiento de la iglesia. Esa predicación es necesaria si queremos que los pecadores reciban la semilla del evangelio.

Adicionalmente, Spurgeon sostenía que no comunicar esta gran verdad es una ofensa grave contra Dios:

Algunos de ustedes nunca han predicado la elección desde que fueron ordenados. Dicen: “Estas cosas son ofensivas”. Y así, prefieren ofender a Dios que ofender a los hombres. Algunos dicen: “Estas cosas no serán prácticas”. Pienso que el punto culminante de todas las blasfemias del hombre está centrado en esa declaración. ¡¿Me dirán que Dios ha puesto algo en la Biblia que yo no deba predicar?! Están encontrando fallas en mi Dios. Otros dicen: “Será peligroso”. ¡¿Qué?! ¿Les parece peligrosa la verdad de Dios? No quisiera estar en sus zapatos cuan-

do tengan que enfrentar a su Hacedor el día del juicio después de haber dicho algo como eso.²¹

Desde una perspectiva positiva, Spurgeon declaraba con audacia que predicar la elección incondicional es evangelístico. Decía: “Nunca he predicado esta doctrina sin ver conversiones, y creo que nunca lo haré”.²² Cuando las personas le preguntaban cómo reconciliaba la predicación de la elección con la oferta del evangelio, respondía: “No hay necesidad de reconciliarlos, porque nunca se han enfrentado el uno al otro”.²³ Y tenía razón. La soberanía divina y el evangelismo van de la mano, ya que el primero prepara el camino y asegura el éxito del segundo.

Spurgeon decía que, así como todos los que están en el cielo lo están porque Dios los escogió, los que están en el infierno están allí por su propia decisión. Testificaba: “En la Palabra de Dios encuentro que la condenación es toda del hombre, de principio a fin, y la salvación es toda por gracia, desde lo primero hasta lo último. El que perece decide perecer; pero el que es salvo lo es porque Dios ha decidido salvarlo”.²⁴ En otras palabras, la salvación es posible solamente cuando Dios libera la voluntad del ser humano de su esclavitud.

LA EXPIACIÓN DEFINIDA

Tercero, Spurgeon sostenía con firmeza la doctrina de la expiación definida. Esta verdad enseña que Cristo murió exclusivamente por los escogidos del Padre, asegurando la salvación de todas las personas por quienes murió. Tal redención definida contrasta con la visión arminiana, la cual declara que Cristo no salva a nadie en particular con Su muerte, sino que simplemente hizo que la salvación fuera posible para todos. Spurgeon rechazaba firmemente esta posición ambigua: “Una redención que paga un precio, pero no asegura lo que compró —una redención que llama a Cristo un sustituto del pecador, pero aun así permite que la persona sufra— es totalmente indigna de nuestra comprensión

del Dios Todopoderoso”.²⁵ Una creencia tan indefinida, insistía, deshonra extremadamente a Dios, sobre todo Su justicia, y distorsiona el propósito salvador de Cristo en Su muerte sustitutiva.

Spurgeon resumió la posición arminiana, la cual es antibíblica e ilógica, con estas palabras:

Los arminianos dicen que Cristo no murió con la intención de salvar a ninguna persona en particular. Y enseñan que la muerte de Cristo en sí misma no asegura con certeza la salvación de ningún hombre viviente. Creen que Cristo murió para hacer posible la salvación de todos los hombres; y que con un acto más, cualquier hombre que desee puede alcanzar la vida eterna. Como consecuencia, están obligados a sostener que, si la voluntad de un hombre no cede y se rinde voluntariamente a la gracia, entonces la redención de Cristo sería vana. Sostienen que la muerte de Cristo no tenía nada de particular ni de especial. Cristo murió, según ellos, tanto por Judas en el infierno como por Pedro que fue al cielo. Creen que para los que fueron enviados al fuego eterno, hubo una redención tan verdadera y real como para los que ahora se encuentran ante al trono del Altísimo.²⁶

Spurgeon negaba firmemente la idea de que Cristo murió por todos los hombres: “Si la intención de Cristo hubiera sido salvar a todos los hombres, ¡cuán terrible hubiera sido su decepción!”.²⁷ Agregó: “Algunos insisten en que Cristo murió por todos. Si es así, entonces ¿por qué no todos los hombres son salvos? Eso quiere decir que creer es necesario para hacer que la sangre de Cristo sea eficaz para la redención. Nosotros creemos que eso es una gran mentira”.²⁸ En otra parte escribió: “Algunos dicen que todos los hombres fueron comprados por Cristo. Pero, amado, tú y yo no creemos en una redención falsa que no redime. No creemos en una redención universal que se extiende incluso a los que estaban

en el infierno antes de que muriera el Salvador y que incluye a los ángeles caídos y a los hombres que no se arrepintieron”.²⁹ Una perspectiva así de derrotista de la muerte de Cristo no tenía lugar en la predicación de Spurgeon.

Por el contrario, Spurgeon sostenía que Cristo logró la misión salvadora para la cual vino al mundo. Creía que Jesús había venido a salvar a un número definido de pecadores, es decir, a los que el Padre eligió y le entregó antes de que comenzara el tiempo. Spurgeon insistía en que Jesús no estaba frustrado en la cruz. En otras palabras, Cristo no murió en vano por cualquiera que haya muerto sin haber creído. En cambio, según él, Jesús murió triunfantemente por todos los que el Padre le había dado:

Afirmamos que Cristo, cuando murió, tenía un objetivo en la mira; y ese objetivo se alcanzará sin duda alguna. Medimos el diseño de la muerte de Cristo por su efecto. Si alguien nos pregunta: “¿Qué planeó hacer Cristo con Su muerte?”, respondemos esa pregunta con otra pregunta: “¿Qué ha hecho Cristo?”, o “¿Qué hará Cristo con Su muerte?”. Declaramos que la medida del efecto del amor de Cristo es la medida del diseño de la cruz. No podemos contradecir nuestra razón para pensar que la intención del Dios Todopoderoso podría ser frustrada, o que el diseño de algo tan grande como la expiación se pueda desperdiciar de alguna forma.³⁰

Evidentemente, Spurgeon entendía que la intención de la muerte de Cristo definía su alcance. Él explicaba: “Cristo vino a este mundo con la intención de salvar a una gran multitud ‘que nadie podía contar’. Creemos que, como resultado de esto, cada individuo por el que Él murió debe, sin duda alguna, ser limpio de pecado y presentarse limpio por la sangre ante el trono del Padre”.³¹ Añadió: “¡¿Qué?! Cristo, en un tremendo acto de amor, me salvó de la condenación, ¿y después de eso seré condenado? ¡Que Dios me libre! ¡¿Qué?! ¿Dios será injusto y olvidará la obra del Redentor por nosotros y dejará que la sangre del Salvador se derrame en

vano?”.³² Jesús no murió en vano, porque ninguna persona por la que Cristo murió perecerá en el infierno.

Aunque algunos le llaman a esta doctrina “expiación limitada”, Spurgeon insistía en que tanto los arminianos como los calvinistas limitan la expiación. Los que enseñan que la muerte de Cristo hizo que la salvación fuera posible limitan su efecto, mientras que los que creen en una expiación definida limitan su alcance. Dicho de otra manera, el primero considera que el alcance es ilimitado, pero el efecto es limitado. El segundo ve un alcance limitado, pero un efecto ilimitado. Spurgeon lo explicó de esta manera:

Se nos dice frecuentemente que limitamos la expiación de Cristo porque decimos que Cristo no hizo un sacrificio por todos los hombres y que no todos los hombres serán salvos. Ahora, nuestra respuesta a esto es que, en realidad, son nuestros oponentes quienes lo limitan, nosotros no. Los arminianos dicen que Cristo murió por todos los hombres. Pregúntales qué quieren decir con ello. ¿Cristo murió para asegurar la salvación de todos los hombres? A lo que responden: “No, ciertamente no”. Entonces le preguntamos: ¿Cristo murió para asegurar la salvación de algún hombre en particular? Y responden: “No”. Están obligados a admitirlo si son coherentes. Dicen: “No. Cristo murió para que cualquier hombre pueda ser salvo si...” —y después completan la frase con alguna condición especial para la salvación. Ahora, ¿quién es el que limita la muerte de Cristo? Pues, tú. Dices que Cristo no murió para asegurar con certeza la salvación de nadie. Perdón, pero cuando dices que nosotros limitamos la muerte de Cristo, respondemos: “No, mi querido señor, eres tú quien lo hace”. Nosotros decimos que Cristo murió para asegurar infaliblemente la salvación de una multitud que nadie puede contar, de quienes por medio de la muerte de Cristo no solo pueden ser salvos, sino que son salvos, deben ser salvos y no pueden por ningún motivo correr peligro de ser otra cosa que salvos. Puedes con-

servar tu idea de la expiación. Nosotros nunca renunciaremos a la nuestra.³³

Para resumir las razones por las que creía en la expiación definida, Spurgeon dijo: “Prefiero creer en una expiación limitada, que es eficaz para todos los hombres para los que fue destinada, que en una expiación universal que no es eficaz para nadie a menos que la voluntad humana la acepte”.³⁴ En pocas palabras, decía que “Cristo no vino al mundo para hacer que el hombre fuera salvable, sino para que fuera salvo”.³⁵ Spurgeon creía que la expiación ya había sido lograda por medio de una muerte completamente triunfante.

LA GRACIA IRRESISTIBLE

Cuarto, Spurgeon defendía la doctrina de la gracia irresistible, que es la obra soberana del Espíritu Santo que convence, llama, atrae y regenera a los pecadores elegidos. Esta obra hace que, con toda certeza, todos los escogidos tengan fe. El Espíritu le concede la fe en Jesucristo a todos los que el Padre escogió en la eternidad pasada y por quienes el Hijo murió. Ninguno de los que el Padre eligió y por quienes Cristo murió dejarán de creer. El Espíritu Santo otorga arrepentimiento y fe a estos pecadores elegidos y asegura su conversión.

Este llamado irresistible se distingue del llamado general del evangelio. El primero se extiende solo a los elegidos, y no es algo a lo que se puedan resistir. El segundo se extiende a todos los que escuchan el evangelio, y los que no tienen el llamado eficaz del Espíritu se resisten a él. Spurgeon explicaba: “El llamado general del evangelio es como el cloqueo común de una gallina cuando sus pollitos están junto a ella. Pero si hay un peligro inminente, ella hace un sonido peculiar, bastante diferente al de siempre, y los pollitos vienen corriendo lo más rápido posible y se esconden bajo sus alas para estar seguros. Ese es el llamado que queremos, el llamado especial y eficaz de Dios para los Suyos”.³⁶ Este llama-

do eficaz siempre asegura su resultado deseado: la salvación de los que son de Dios.

Spurgeon afirmaba que el llamado soberano de Dios es mucho más poderoso que la resistencia de cualquier hombre: “Un hombre no es salvo contra su propia voluntad, sino que la obra del Espíritu Santo hace que desee serlo. Una gracia poderosa, a la que no desea resistirse, entra en él, lo desarma, lo convierte en una nueva criatura y es salvo”.³⁷ Esto significa que nadie está fuera del alcance del poder salvador de Dios: “Dificultad no es una palabra que se encuentre en el diccionario del cielo. Nada es imposible para Dios. Aun el depravado grosero —cuya boca está llena de profanidad, cuyo corazón es todo un infierno y su vida como las llamas hediondas del abismo sin fin— si el Señor lo mira y mueve Su brazo de gracia irresistible, un hombre así alabará a Dios y bendecirá Su nombre y vivirá para honrarlo”.³⁸ En resumen, ningún corazón humano es tan obstinado como para que el Espíritu no pueda conquistarlo y convertirlo.

Spurgeon describió la forma en la que el Espíritu había conquistado su necio corazón: “Cuando lo escuché por primera vez, ¿no lo rechacé? Cuando llamó a mi puerta y pidió entrar, ¿no le dije que se fuera y me resistí a Su gracia? ¡Ah! Puedo recordar que lo hice frecuentemente hasta que, al fin, por el poder de Su gracia eficaz, dijo: ‘Debo entrar y lo haré’; y entonces cambió mi corazón e hizo que le amara”.³⁹ De la misma forma en que el Espíritu Santo cambió el corazón de Spurgeon, así lo hace con todos los que han sido escogidos por el Padre, haciendo que crean en el Hijo.

Spurgeon se gozaba en este triunfo de la gracia soberana de Dios. Proclamaba que la voluntad inmutable de Dios es mucho más grande que la voluntad testaruda del hombre:

¡Oh! Me encanta cuando Dios usa el tiempo futuro de los verbos. No hay nada igual. Cuando un hombre usa el tiempo futuro al hablar, ¿de qué sirve? El hombre dice: “Lo haré”, y nunca lo lleva a cabo. Dice: “Lo prometo”, y no cumple. Pero Dios

nunca es así. Si lo dice, será; cuando promete, cumple. Ahora, aquí ha dicho que “vendrán muchos” [Mt 8:11]. El diablo dice: “No vendrán”; pero sí vendrán. Ustedes mismos dicen: “No vendremos”, pero Dios dice: “Vendrán”. ¡Sí! Aquí hay algunos que se ríen de la salvación, que son capaces de burlarse de Cristo y mofarse del evangelio; pero les digo que, a pesar de eso, algunos de ustedes vendrán. “¿Qué dices!”, exclaman, “¿Puede Dios convertirme en cristiano?”. Te digo que sí, pues ese es el poder del evangelio. No pide tu consentimiento, sino que lo obtiene. No dice: “¿Te parece bien?”, sino que te lleva a desearlo voluntariamente en el día del poder de Dios.⁴⁰

Además, Spurgeon declaraba que la gracia irresistible hace que incluso los corazones más reacios estén receptivos a la oferta de salvación. Observa la enorme confianza que demostraba al predicar el evangelio:

Si Jesucristo viniera a esta plataforma en esta noche, ¿qué harían muchas personas con Él? Si viniera y dijera: “Aquí estoy, te amo, ¿quieres recibir la salvación por medio de Mí?”. Ninguno de ustedes lo aceptaría si dependiera de su propia voluntad. Él mismo dijo: “Nadie puede venir a Mí si no lo trae el Padre que me envió” [Jn 6:44]. ¡Ah! Lo queremos y aquí lo tenemos. ¡Vendrán! ¡Vendrán! Puede que algunos se burlen, que nos desprecien; pero Jesucristo no murió por nada. Aunque algunos de ustedes lo rechacen, hay otros que no lo harán. Aunque algunos no son salvos, otros lo serán. Cristo verá Su descendencia, prolongará Sus días y llevará a cabo la voluntad del Padre. ¡Vendrán! Y nada en el cielo ni en la tierra ni en el infierno podrá evitar que vengan.⁴¹

Spurgeon era tan valiente como un león al proclamar el mensaje salvífico de Cristo. Su valentía venía de su confianza en que el Espíritu Santo cambiaría los corazones de los que han sido escogi-

dos para creer en Cristo. En pocas palabras, Spurgeon sabía que el Espíritu garantiza que la Palabra de Dios no volverá vacía. La gracia irresistible es una gracia triunfante.

LA GRACIA PRESERVADORA

Quinto, Spurgeon defendía la doctrina de la gracia preservadora de Dios, también conocida como la perseverancia de los santos. Esta verdad bíblica enseña que ninguna persona que crea en Cristo se apartará definitivamente, pues Dios preserva su fe. Spurgeon decía: “Pienso que hay pocas doctrinas más vitales que la de la perseverancia de los santos, porque si un hijo de Dios llegara a perecer, o si yo supiera que es posible que alguno pudiera perecer, concluiría de inmediato que yo también, y supongo que cada uno de ustedes, haría lo mismo”.⁴² Spurgeon consideraba que la gracia preservadora de Dios es un componente primordial del evangelio.

Spurgeon declaró que la verdad de la gracia preservadora fue la carnada atractiva que lo acercó a Cristo. Antes de ser salvo, Spurgeon había observado a otras personas que aparentemente habían negado su profesión de fe. Estos supuestos ejemplos de apostasía lo hacían dudar cuando pensaba en entregar su vida a Cristo. Decía: “No importa si me propongo hacer algo bueno; lo más probable es que eso sea inútil cuando la tentación me ataque. Puedo ser como los que ‘aunque ven que el anzuelo es del diablo, no pueden evitar morder su carnada’. Pero llegar a deshonorarme moralmente a mí mismo, como han hecho algunos que he conocido y de los cuales he escuchado, era un peligro que me aterrorizaba de tan solo pensarlo”.⁴³ El pensamiento de que podría comenzar el camino hacia el cielo y no llegar a completarlo aterraba a Spurgeon. Como resultado, se mantuvo paralizado en su incredulidad.

Pero entonces escuchó la maravillosa verdad de que, sin duda alguna, todos los que en realidad comienzan la vida cristiana, la terminarán. En ese momento, no pudo resistirse a entregar su vida a Cristo: “Al escuchar y leer con asombro que cualquiera que

crea en Cristo Jesús será salvo, la verdad vino a mi corazón con una acogida que ni puedo describir. La doctrina de que Él guardará los pies de Sus santos tuvo un encanto especial para mí”.⁴⁴ En otra parte declaró:

Debo confesar que la doctrina de la preservación final de los santos fue una carnada a la que mi alma no se pudo resistir. Pensé que era algo así como un seguro de vida —un seguro para mi carácter, un seguro para mi alma, un seguro para mi destino eterno. Sabía que no podía preservarme a mí mismo, pero si Cristo prometía preservarme, entonces debía ser salvo para siempre; y anhelaba y oraba por encontrar a Cristo, porque sabía que si lo encontraba, Él no me daría una salvación temporal e incierta, tal como la que predicaban algunos, sino la vida eterna que nunca se puede perder.⁴⁵

Esta doctrina importante se convirtió en un componente crucial del enfoque en el evangelio de Spurgeon. Afirmaba que, sin ella, no sería capaz de predicar: “Si alguien pudiera convencerme de que la perseverancia final no es una verdad de la Biblia, nunca volvería a predicar, porque siento que no estaría presentando algo digno de ser predicado”.⁴⁶ Para él, la perseverancia de los santos era un eslabón fundamental de la cadena irrompible de salvación que predicaba.

Spurgeon consideraba que esta doctrina no se podía separar de la doctrina de la justificación por la fe: “En mi opinión, la doctrina de la perseverancia final de los santos está tan entrelazada con la firmeza o el fracaso del evangelio como el artículo de la justificación por fe. Si se deja de lado no veo que quede ningún evangelio”.⁴⁷ Spurgeon estaba tan convencido de esto que en otro lugar dijo: “Pienso que la doctrina de la perseverancia final de los creyentes fue escrita como con un rayo de sol a lo largo de toda la Escritura. Si no es verdadera, no hay nada en la Biblia que sea verdad. Si no es así, es imposible entender la Biblia”.⁴⁸ Y agregó: “Si

hay algo que se enseña con certeza en la Escritura es la doctrina de la perseverancia final de los santos. Estoy seguro de que esta doctrina se enseña con tanta claridad como la doctrina de la deidad de Cristo”.⁴⁹

Esta no es una doctrina secundaria que se encuentra en la periferia de la Escritura, sino una verdad principal que se encuentra a lo largo de sus páginas. Por esto, para él era imposible no predicarla.

SUBLIME GRACIA

La buena noticia de la Biblia es que Dios salva a pecadores. Dios el Padre escogió a Sus elegidos, se los dio al Hijo, encargó al Hijo que los redimiera y envía al Espíritu Santo para regenerarlos. Dios el Hijo entregó Su vida por las ovejas, asegurando su salvación. Dios el Espíritu les da el arrepentimiento, la fe y la vida eterna a estos elegidos. La salvación es una gran obra de la sublime gracia del Dios trino.

Sin duda, las doctrinas de la gracia soberana fueron las piedras angulares del ministerio del evangelio de Spurgeon, fueron el mejor combustible que impulsó su predicación ferviente del evangelio. Las maravillosas verdades de la autoridad suprema de Dios en la salvación del hombre encendían el fuego de su corazón y avivaban las llamas en su púlpito.

Al proclamar estas doctrinas, Spurgeon se veía a sí mismo como parte de una larga sucesión de hombres que también las habían predicado. Decía: “Con esta verdad hago un peregrinaje al pasado y, al andar, veo un padre tras otro, un confesor tras otro, un mártir tras otro, poniéndose de pie para estrechar mi mano... Al tomar estas cosas como el estándar de mi fe, veo la tierra de los ancestros llena de mis hermanos; contemplo a multitudes que confiesen lo mismo que yo y reconozco que esta es la religión de la iglesia misma de Dios”.⁵⁰ Spurgeon se veía a sí mismo simplemente como un siervo más que había leído la Biblia cuidadosamente, había creído en su enseñanza y estaba proclamando su verdad.

Cuando el cristianismo se apartó de estas verdades fundamenta-

les, Spurgeon no podía hacer nada más que permanecer firme en la Escritura y, por tanto, permanecer alineado con los grandes maestros de la Biblia del pasado. Decía que: “La antigua verdad que predicaban Calvino, Agustín y Pablo es la verdad que debo predicar hoy en día; de lo contrario, iría en contra de mi conciencia y de mi Dios. Yo no puedo darle forma a la verdad, no podría pulir los bordes ásperos de una doctrina. El evangelio de John Knox es mi evangelio; lo que retumbó en toda Escocia debe volver a retumbar en toda Inglaterra”.⁵¹ Por medio de Spurgeon, el evangelio de la gracia soberana realmente volvió a reverberar en el cristianismo. Allí es donde se encuentra el poder de su enfoque en el evangelio.

Así como en la época de Spurgeon, hoy en día necesitamos con urgencia un calvinismo sólido. Proclamemos que la salvación es totalmente del Señor, toda por gracia, comenzando y terminando con Dios. Al igual que Spurgeon, llenémonos de valentía en nuestro propio ministerio del evangelio.

Fervor evangelístico

Casi todos los sermones incluían, especialmente hacia el final, una súplica de esta naturaleza: una advertencia, un ruego, instando al pecador a que viniera a Cristo... Él no les pedía que pasaran al frente del auditorio, que levantaran la mano, que firmaran una tarjeta ni que realizaran algún acto externo. Pero a lo largo de cada sermón, y sobre todo cuando se acercaba el final, suplicaba a los oyentes incrédulos que creyeran en Cristo y esperaba que lo hicieran allí mismo, en ese momento.

—ARNOLD DALLIMORE¹

A lo largo de su ministerio fructífero, Charles Spurgeon buscó mantener el equilibrio crucial que dan las Escrituras entre la soberanía divina y la responsabilidad humana. Es probable que ningún predicador antes de él hubiera afirmado estas dos verdades con un equilibrio tan cuidadoso. Como estaba comprometido con todo el consejo de Dios, Spurgeon abrazaba ambas verdades con una lealtad equitativa. Se aferraba con firmeza a la soberanía de Dios en la salvación de Sus elegidos, pero también estaba convencido de que se nos manda extender la oferta del evangelio a todas las personas. Creía que enfatizar una de estas dos verdades por encima de la otra resultaba en un ministerio desequilibrado.

Una vez le preguntaron cómo podía reconciliar la aparente contradicción que existe entre estas dos verdades. A ello respondió: “Nunca será necesario reconciliar a los amigos. La soberanía divina y la responsabilidad humana nunca se han enfrentado en-

tre ellas. No necesito reconciliar lo que Dios ha unido”.² Y confesaba: “No sé dónde se cruzan estas dos verdades, ni quiero saberlo. No me desconciertan, porque renuncié a mi mente para creer en ambas”.³ Spurgeon simplemente abrazaba tanto la soberanía divina como la responsabilidad humana, las cuales se enseñan claramente en las páginas de la Escritura.

Al mantener este equilibrio, Spurgeon evitaba el grave peligro para el evangelismo que se conoce como hipercalvinismo. Esta enseñanza cree profundamente en las doctrinas de la gracia, pero no llama con urgencia a los pecadores a que se conviertan. Iain Murray explica: “Para los hipercalvinistas, predicar el evangelio es declarar los hechos del evangelio, pero sin decir nada que lleve a las personas a creer que las promesas de Cristo son para ellos, a menos que haya evidencia de que el Espíritu de Dios ya ha comenzado Su obra salvadora en sus corazones, convenciéndolos y haciéndolos ‘sensibles’ a su propia necesidad”.⁴ El hipercalvinismo no extiende una invitación universal a los pecadores para que crean, pues sostiene que el evangelio solo debe predicarse a los elegidos. Los hipercalvinistas creen que uno solo debe ofrecer el consuelo del Señor a los que sienten la carga total de su pecado.

Spurgeon rechazaba con firmeza este error y declaraba insistentemente que el evangelio es una buena noticia para todos. Aunque creía en la elección divina, instaba a que se predicara de Cristo a todas las personas: “Creemos en la predestinación; creemos que hay personas que son elegidas y otras que no; pero a pesar de ello, creemos que debemos predicar a todas las personas: ‘Cree en el Señor Jesús, y serás salvo’, pero si no crees en Él, serás condenado”.⁵ Estaba convencido de que el deber de todos los predicadores es proclamar el regalo gratuito de la salvación para todos.

Por esto, el evangelismo estaba en el centro de todo lo que hacía Spurgeon. Él afirmaba: “Ganar almas es la tarea primordial del pastor cristiano; en realidad, debería ser la búsqueda principal de todo creyente verdadero”.⁶ A Spurgeon le agradaba esforzarse para que las personas se convirtieran bajo su ministerio: “Dios

nos ha enviado a predicar para que, por medio del evangelio de Jesucristo, los hijos de los hombres puedan reconciliarse con Él... La gloria de Dios es nuestra meta principal, y apuntamos a ella cuando buscamos... la salvación de los pecadores”.⁷ Estaba tan enfocado en este esfuerzo que aseguraba: “Preferiría ser el medio para salvar a un alma de la muerte que ser el mejor orador de la tierra”.⁸ Como escribe Geoff Thomas: “Al sostener continuamente esta tensión entre la soberanía divina y la responsabilidad humana, Spurgeon exhortaba a los inconversos, de todo corazón y sin restricción de ninguna clase, a arrepentirse, creer y venir a Cristo, reconociéndolo como el Hijo de Dios y recibéndolo inmediatamente como Señor y Salvador”.⁹ Antes que nada, Spurgeon era un evangelista.

¿De qué maneras Spurgeon buscaba alcanzar a los pecadores con su predicación de Cristo? ¿Hacía más que simplemente presentar el evangelio? ¿Cómo instaba a los perdidos a que fueran salvos? Este capítulo mostrará la forma en la que Spurgeon llamaba a los pecadores a creer en Cristo.

PROCLAMANDO CON VALENTÍA

Primero, Spurgeon nunca dejó de predicar el evangelio con valentía. Nunca murmuraba el mensaje de salvación, sino que lo anunciaba enérgicamente. Decía: “Siempre siento que no he cumplido con mi deber como predicador del evangelio si salgo del púlpito sin haber presentado claramente a los pecadores el camino de la salvación”.¹⁰ Sin importar el texto que predicara, creía que su sermón debía incluir la proclamación del evangelio.

Además, creía que se debía proclamar toda la verdad: “Los hombres pueden predicar una parte del evangelio; puede que prediquen una sola doctrina; y yo no diría que un hombre no predicó el evangelio en absoluto si sostuvo la doctrina de la justificación por fe —‘por gracia habéis sido salvados por medio de la fe’. Lo consideraría un ministro del evangelio, pero no alguien que predicó todo el evangelio. No se puede decir que un hombre predicó todo el evangelio de Dios si deja de lado, consciente e intencionalmen-

te, una sola verdad del Dios bendito”.¹¹ Spurgeon creía que predicar el evangelio implica anunciar todas las verdades de la Biblia —la ley y la gracia, el arrepentimiento y la fe, el señorío de Cristo y Su salvación, la autonegación y el perdón de los pecados, e incluso el cielo y el infierno.

Viendo que muchos predicadores de su época estaban intentando presentar el evangelio como algo más aceptable para los inconversos, Spurgeon advirtió que no se debían suavizar sus verdades: “Eviten el evangelio azucarado, así como evitarían el azúcar de plomo. Busquen ese evangelio que rasga, rompe, corta, hiere, mutila y hasta mata, porque ese es el evangelio que da vida. Y cuando lo encuentren, concéntrense en él. Dejen que penetre hasta lo más profundo de su ser. Así como el suelo absorbe la lluvia, oren al Señor para que sus almas absorban Su evangelio”.¹² Él sabía que el evangelio es el poder de Dios para salvación, por lo que este no requiere la ayuda de los predicadores para llevar a cabo su obra. Decía: “Cuando predicas el evangelio, las puertas del infierno son sacudidas. Cuando predicas el evangelio, los prodigos regresan. Predícale el evangelio a toda criatura, pues es el mandato del Maestro y el poder del Maestro para todo el que cree”.¹³ Él creía que se debía predicar el evangelio con valentía y claridad.

Spurgeon actuaba conforme a lo que creía. Pensaba que era contradictorio que un calvinista hablara con suavidad. No tiene sentido que un predicador del evangelio sea tímido y reservado. Un hombre así de ligero traiciona sus propias convicciones. Spurgeon sostenía que el camino de salvación por medio de Jesucristo se debe proclamar con valentía a todos los hombres, lo cual requiere una presentación fuerte y directa de la verdad del evangelio.

EXTENDIENDO INVITACIONES ABIERTAS

Segundo, Spurgeon extendía una invitación abierta a los incrédulos, pidiéndoles que creyeran en Cristo. Reconocía que los predicadores deben hacer más que simplemente declarar los hechos

del evangelio. Deben extender un llamado a los que están fuera del Reino del cielo para que vengan al Señor Jesús.

Un ejemplo de ese llamado se encuentra en su sermón “Oblígalos a entrar” sobre Lucas 14:23, el cual predicó el 5 de diciembre de 1858 en el Surrey Music Hall. Allí dijo: “Esta mañana, el Rey del cielo les envía una invitación inmerecida. Él dice: ‘Vivo Yo — declara el Señor Dios—, que no me complazco en la muerte del impío, sino en que el impío se aparte de su camino y viva. Volveos, volveos de vuestros malos caminos’: ‘Venid ahora, y razonemos —dice el Señor— aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, como blanca lana quedarán’.”¹⁴ Aquí, Spurgeon usaba la palabra que Dios mismo usó (“Venid”) para invitar a los pecadores perdidos a que recibieran a Cristo.

En su sermón “Venid y recibid”, basado en Apocalipsis 22:17, Spurgeon declaró: “El clamor de la religión cristiana es la palabra ‘Venid’... ‘Venid’ es la palabra lema del evangelio”.¹⁵ Y en el sermón “Una invitación sincera”, basado en Salmos 2:12 y el cual predicó el 3 de julio de 1859, Spurgeon empleó este mismo verbo de una forma enérgica:

Pecador, estás invitado a confiar en Cristo en esta mañana. Ven, esta es tu *única* esperanza... esta salvación está disponible para ti. Todas las almas del mundo que sientan necesidad de un Salvador y que anhelan ser salvadas, pueden venir a Cristo... Ven, ven ahora; ven, ¡ven ahora! Ven ahora; confía ahora en Cristo y te darás cuenta de que todos los que confían en Él reciben Su bendición. La puerta de la misericordia no está entreabierta; está abierta de par en par. Las puertas del cielo no están simplemente sin seguro; están completamente abiertas de día y de noche. Ven.¹⁶

Resistiendo el hipercalvinismo de su época, Spurgeon sostenía firmemente que el evangelio siempre es una puerta abierta, nunca una puerta cerrada. Es evidente que no esperaba que sus oyen-

tes se dieran cuenta de su necesidad para hacerles la invitación. En cambio, los invitaba a todos. Sin importar lo que sientan o no sientan los incrédulos, sin importar dónde estén en la vida, se les debe instar a venir al Reino.

Spurgeon creía que las invitaciones de muchos ministros de su época eran demasiado tímidas. Decía: “¡Qué amplia es esta invitación! Hay algunos ministros que tienen miedo de invitar a los pecadores, entonces ¿por qué son ministros?! Le temen a llevar a cabo la parte más importante del oficio sagrado... Yo predico el calvinismo como algo tan importante, serio y sano como siempre; pero siento y siempre he sentido una ansiedad por traer a los pecadores a Cristo”.¹⁷ Él veía esa “ansiedad” por los pecadores como una característica vital de los predicadores.

Spurgeon también sentía que muchos predicadores de su época enfatizaban las demandas de la ley a expensas de la invitación a creer el evangelio. Aunque se deben proclamar ambas, creía que los predicadores son primeramente portadores de buenas noticias, no de malas noticias: “La ley repele; el evangelio atrae. La ley muestra la distancia entre Dios y el hombre; el evangelio construye un puente y permite que el pecador cruce ese gran abismo, algo que Moisés nunca pudo hacer”.¹⁸ Aunque admiraba a los puritanos, Spurgeon notaba que muchos de ellos enfatizaban tanto la ley para traer convicción de pecado, que descuidaban las invitaciones a creer el evangelio. En cambio, él enfatizaba continuamente que las puertas del paraíso están abiertas de par en par y que todos los pecadores están invitados a entrar.

ROGANDO CON TERNURA

Tercero, Spurgeon presentaba el evangelio con ruegos tiernos y compasivos hacia los perdidos. Afirmaba que el mensaje salvador de Cristo es la buena noticia que el predicador debe dar con tonos amorosos. Spurgeon estaba lleno de amor por las almas de los que no tenían a Cristo. Decía: “Toda mi alma ha agonizado por los hombres, cada nervio de mi cuerpo se ha tensado; podría haber derramado hasta la última lágrima y dejado que mi cuerpo fuera

arrastrado por un río de lágrimas, con tal de ganar almas. En esos momentos, ¡cómo predicamos! Como si tuviéramos a cada hombre delante de nosotros, ¡agarrándolo y rogándole que venga a Cristo!”.¹⁹ Él creía que esa misericordia era necesaria para ganar los corazones.

Es casi imposible encontrar un sermón de Spurgeon que no tenga algún ruego amoroso dirigido a los inconversos. Tal vez su afecto por los no creyentes se refleja mejor en el sermón de su primer culto vespertino en New Park Street Chapel, el 18 de diciembre de 1853. En ese mensaje, llamado “La asamblea intachable” y basado en Apocalipsis 14:5, el joven Spurgeon describió cómo un ministro del evangelio debe ver las almas de los hombres:

Cómo me encanta ver al hombre que puede llorar por los pecadores; al que tiene un alma que anhela a los impíos, ¡como si pudiera de alguna forma y con certeza traerlos al Señor Jesucristo! No puedo entender a un hombre que se pone de pie y da un discurso de una forma fría e indiferente, como si no le importaran las almas de los oyentes. Pienso que el verdadero ministro del evangelio tendrá un deseo real por las almas, algo así como cuando Raquel clamó: “Dame hijos, o si no, ¡me muero!” [Gn 30:1]. Así que clamará a Dios para que Sus elegidos nazcan de nuevo y sean llevados a casa con Él... Los pecadores pueden hundirse en el abismo de la perdición y, sin embargo, ¡se derraman muy pocas lágrimas por ellos! Puede que todo el mundo sea arrastrado por un torrente hacia el precipicio de aflicción, ¡pero muy pocos realmente claman a Dios por ellos! Muy pocos hombres dicen: “Quién me diera que mi cabeza se hiciera agua, y mis ojos fuente de lágrimas, para que yo llorara día y noche por los muertos de la hija de mi pueblo!” [Jer 9:1]. En realidad, no nos lamentamos ante Dios por la pérdida de las almas de los hombres, como deberían hacer los cristianos.²⁰

En el sermón “La palabra de Cristo está contigo”, basado en Mateo 11:28 y predicado el 12 de junio de 1881, Spurgeon llamó a los

pecadores a la fe de una forma cautivadora:

Cristo llama al grupo de los afligidos e invita a los que estén inquietos a acercarse a Él. Qué corazón de amor debe tener... El Salvador tiene un corazón tan grande que no rechaza a ninguno de los afligidos cuando vienen a Él. Les dice: “Venid a Mí, todos los que estáis cansados y cargados, y Yo os haré descansar”. El amor del corazón de mi Maestro es tan grande, y Su compasión por el hombre es tan profunda que si vinieran todos los que alguna vez han estado cansados o afligidos, no se cansaría de ofrecerles Su compasión, sino que podría darles descanso en Sí mismo. Pero qué corazón tan grande tiene Jesús que solo viene a hacerle bien al hombre, y comienza haciéndole bien a los que más lo desean”.²¹

En otra ocasión, Spurgeon dijo: “Si quieres tener una gran influencia sobre las personas, debes desear genuinamente su bien. Si hasta los perros y los gatos aman a las personas que los aman”.²² Cuando Spurgeon subía al púlpito, nunca dejaba de suplicar de forma amorosa a los pecadores perdidos que creyeran en Cristo.

CON RAZONAMIENTOS SENSATOS

Cuarto, Spurgeon presentaba el evangelio con razonamientos convincentes para que los pecadores creyeran en Cristo. Creía que debía convencerlos usando argumentos racionales para que entregaran sus vidas a Cristo. Sentía que esos argumentos eran necesarios para eliminar las excusas de los incrédulos. Por lo tanto, solía explicar la irracionalidad del escepticismo.

En “Oblígalos a entrar”, el que se podría decir que fue su sermón más exitoso en términos evangelísticos, Spurgeon comenzó a llamarlos con estas palabras:

No sé cuáles argumentos usar con ustedes, así que apelo a su

egoísmo. Oh, mi pobre amigo, ¿no sería mejor para ti reconciliarte con el Dios del cielo que ser Su enemigo? ¿Qué ganas oponiéndote a Dios? ¿Eres más feliz por ser Su enemigo? Responde, buscador de placer; ¿has encontrado deleites en esa copa? Respóndeme, tú que te crees moralmente superior: ¿has encontrado descanso para tus pies en todas tus obras? Oh, tú que te dedicas a establecer tu propia rectitud, te pido que dejes que hable la conciencia. ¿Te ha parecido un camino de felicidad? Ah, mi amigo, “¿por qué gastas dinero en lo que no es pan, y tu salario en lo que no sacia? Escúchame atentamente, y come lo que es bueno, y se deleitará tu alma en la abundancia” [Is 55:2].²³

Y entonces, anticipando las objeciones de sus oyentes, Spurgeon les mostraba la necedad, e incluso la locura, de no venir a Cristo. Su lógica es irrefutable:

Dime, hermano, qué es lo que te mantiene alejado de Cristo. Escucho que alguien dice: “Oh, señor, es porque me siento demasiado culpable”. Eso no puede ser, amigo mío, no puede ser. “Pero, señor, es que soy el peor de todos los pecadores”. Amigo, no lo eres. El peor pecador murió y fue al cielo hace muchos años; su nombre era Saulo de Tarso, quien luego fue llamado Pablo el apóstol. Él fue el peor pecador, y sé que habló la verdad. Pero todavía dirás: “No, soy demasiado malvado”. No puedes ser más malvado que el peor de todos los pecadores. Al menos, debes ser el segundo. Incluso suponiendo que seas el peor pecador sobre la tierra, eres el segundo, porque él era el primero. Pero supongamos que eres el peor, ¿no sería esa la razón misma por la que deberías venir a Cristo? Cuando un hombre está muy mal, tiene aún más necesidad de ir al hospital o al médico. Entre más pobre seas, más razón tienes para aceptar la caridad de otra persona. Ahora, Cristo no quiere ningún mérito tuyo. Él da gratuitamente. Entre peor seas, más bienvenido eres.²⁴

Spurgeon también buscó derribar la objeción de los que decían que no podían venir a Cristo hasta que sus vidas fueran mejores. Decía: “Pero déjame hacerte una pregunta: ¿crees que tu vida mejorará estando lejos de Cristo? Si crees eso, sabes muy poco del camino de la salvación. No, señor, entre más tiempo te quedes donde estás, peor será tu condición; tu esperanza se debilitará, tu desesperación será mayor; el clavo con el que Satanás te ha sujetado se apretará más firmemente y tendrás menos esperanza que nunca. Ven, te suplico; recuerda que no ganas nada esperando, sino que esa espera puede hacer que todo se pierda”.²⁵ Spurgeon mostraba que ningún pecador puede mejorarse a sí mismo al punto de ser aceptable delante de Dios.

Él también anticipó otras objeciones: “Otro grita: ‘Siento que no puedo creer’. No, mi amigo, y nunca creerás si confías en tu propia capacidad de creer. Recuerda, no vengo a invitarte a la fe, sino que vengo a invitarte a Cristo... Nuestro primer enfoque no tiene que ver con la fe, sino con Cristo. Ven al monte Calvario, te lo suplico, y mira la cruz. Contempla al Hijo de Dios, el que creó los cielos y la tierra, muriendo por tus pecados. Míralo, ¿no tiene poder para salvar?”.²⁶ Animaba a los pecadores a que dejaran de verse a sí mismos y miraran a Cristo.

Spurgeon también respondió a la objeción de los que se aferran a la idea de que el momento no es oportuno: “Pero ¿te escuché murmurar que este no es el momento oportuno? ¿Qué debo decirte? ¿Cuándo llegará el momento oportuno? ¿Cuando estés en el infierno? ¿Será ese el momento oportuno? ¿Será cuando estés en tu lecho de muerte y la muerte te esté asfixiando? ¿Será ese el momento? ¿O cuando el sudor ardiente te esté quemando la frente; y... cuando aparezca el sudor frío y pegajoso, ¿serán esos momentos oportunos? ¿Cuando el dolor haga que te retuerzas y estés al borde de la tumba? No, señor, esta mañana es el momento oportuno”.²⁷ Él trataba de ayudar a sus oyentes a ver que no había un mejor momento para poner su fe en Cristo.

Spurgeon sabía que a otros oyentes les gustaba procrastinar, siempre dejando para más adelante su compromiso con el evan-

gelio. Ya que tomaba seriamente la declaración de la Escritura: “¡Ahora es el día de salvación!” (2Co 6:2), aconsejaba enfáticamente a sus oyentes que no esperaran:

Recuerden que no tengo autoridad para pedirles que vengan a Cristo mañana. El Maestro no los ha invitado a que vengan a Él el próximo martes. La invitación es: “Si oís hoy Su voz, no endurezcáis vuestros corazones, como en la provocación” [Heb 3:15], pues el Espíritu dijo “hoy”. “Venid *ahora*, y razonemos” [Is 1:18], ¿por qué deberían esperar? Podría ser la última advertencia que reciban. Si esperan, puede que nunca lloren de nuevo en la iglesia. Puede que nunca escuchen un discurso tan franco. Puede que no les vuelvan a suplicar como les estoy suplicando ahora. Puede que se vayan y que Dios diga: “Se ha unido a los ídolos; déjalo” [Os 4:17].²⁸

Spurgeon también hablaba a los que ya habían rechazado varias veces la invitación a venir a Cristo y que, por tanto, estaban convencidos de que no lo podrían aceptar ahora: “Pero escucho otro clamor: ‘Oh, señor, no sabes cuántas invitaciones he recibido, cuánto tiempo he rechazado al Señor’. No lo sé y no quiero saberlo; lo que sí sé es que mi Maestro me ha enviado a obligarte a entrar; así que es lo que hago ahora. Puede que hayas rechazado mil invitaciones, pero no dejes que esta sea la mil y una”.²⁹ Spurgeon suplicaba en oración: “Oh, Espíritu del Dios viviente, ven y ablanda este corazón porque nunca ha sido ablandado, ¡y oblígalo a entrar! No puedo dejar que te vayas con excusas tan frívolas como esa”.³⁰ Se negaba a abandonar a los que habían rechazado el evangelio repetidamente.

Por último, Spurgeon les hablaba a los que creían erróneamente que ya se habían convertido: “Hay algunos aquí, miembros de iglesias cristianas, que profesan la religión, pero a menos que esté equivocado —y estaría feliz de estarlo— su profesión es una mentira. No viven a la altura de ella, sino que la deshonoran; pueden andar en la práctica perpetua de ausentarse de la casa de Dios, si

no en pecados peores que ese”.³¹ Spurgeon trataba de despertar a estos dormilones de su letargo espiritual, buscando eliminar toda falsa esperanza que tuvieran.

CON PERSUASIONES CONVINCENTES

Quinto, Spurgeon llevaba la proclamación del evangelio más allá del nivel del razonamiento, al nivel de la persuasión. Luego de haber recurrido a la mente de sus oyentes, recurría a sus corazones con palabras apremiantes, instándolos de una forma más enérgica a creer. Estaba convencido de que debía animar a los incrédulos a que recibieran el evangelio inmediatamente.

Él declaraba con fervor: “Para nosotros, predicar el evangelio es un tema de vida o muerte; lo hacemos con todo nuestro ser. Vivimos y somos felices si crees en Jesús y eres salvo. Pero estamos casi listos para morir si rechazas el evangelio de Cristo”.³² Agregaba: “No se supone que solo te comunique el mensaje y luego siga con mis asuntos. No; la orden es que te obligue a entrar... Te hablo desde lo más profundo de mi alma, mi pobre amigo, cuando te ruego por Aquel que vivió y murió y ahora está vivo eternamente, que consideres el mensaje de mi Maestro, el cual me manda que te comunique ahora”.³³ Spurgeon consideraba que su deber era implorar a sus oyentes que creyeran en Cristo.

De la misma forma, creía que el gran peligro que enfrentan los pecadores lo obligaba a esforzarse por captar su atención:

Yo sería parte de la miseria de toda la humanidad si viera a una persona a punto de envenenarse y no le quitara la copa; o si viera a otro a punto de caer del puente de Londres y no lo ayudara para evitar que lo hiciera; y sería peor que un desalmado si no te suplicara ahora con amor, bondad y fervor que eches mano de la vida eterna... Ya que debo comparecer ante mi Juez al final, siento que no habré cumplido mi ministerio si no te ruego con muchas lágrimas que seas salvo, que mires a Jesucristo y recibas Su gloriosa salvación. ¿Pero es esto en vano?

¿Ignorarás nuestros ruegos? ¿Te negarás a escuchar?³⁴

Spurgeon no aceptaba que rechazaran su presentación del evangelio: “Su rechazo no me va a desanimar; si mi exhortación falla, debo pasar a algo más. Mi hermano, te ruego, te ruego que te detengas y pienses. ¿Sabes qué es lo que estás rechazando esta mañana? Estás rechazando a Cristo, tu único Salvador... No puedo soportar que lo hagas, porque recuerdo lo que estás olvidando: llegará el día en el que querrás a un Salvador... los lechos de muerte son difíciles sin el Señor Jesucristo”.³⁵ Era evidente que Spurgeon se preocupaba por las almas de los que escuchaban su predicación.

Él estaba decidido a ser tan persistente en sus persuasiones evangelísticas como lo eran los pecadores en su incredulidad. Decía: “Les exhorto por todo lo que es sagrado y solemne, por todo lo que es importante y eterno, huyan por sus vidas... ¿Siguen siendo fríos e indiferentes? ¿No me permitirá el hombre ciego guiarlo a la fiesta? ¿No pondrá mi hermano lisiado su mano en mi hombro para permitirme llevarlo al banquete? ¿No me permitirá el pobre caminar junto a él? ¿Acaso debo usar palabras más fuertes? ¿Debo usar otra compulsión para obligarlos a entrar?”.³⁶ Spurgeon buscaba tocar los corazones y revolver las emociones de los incrédulos.

Era incapaz de presentar el evangelio sin pasión, de declarar verdades con frialdad. Era profundamente consciente de que no estaba enseñando a estudiantes, sino predicándole a pecadores. Ambas formas de comunicación tienen su lugar, pero Spurgeon creía que desde el púlpito tenía que proclamar el evangelio con ideas convincentes y apasionadas.

CON ÓRDENES AUTORITATIVAS

Sexto, Spurgeon predicaba el evangelio como un mandato divino, uno que se tenía que obedecer. El evangelio es un imperativo, no simplemente un indicativo. En un sermón sobre

1 Juan 3:23 —“Y este es Su mandamiento: que creamos en el nombre de Su Hijo Jesucristo”—, Spurgeon declaró: “La única orden para que un pecador crea en Jesús se encuentra en el evangelio mismo, y en el mandato que acompaña ese evangelio: ‘Cree en el Señor Jesús, y serás salvo’”.³⁷ Por tanto, para Spurgeon, predicar el evangelio requería ordenar a los pecadores perdidos que sometieran sus voluntades a Dios.

En una ocasión, Spurgeon dijo: “¿Lo rechazas? ¿Todavía te rehúsas? Entonces debo cambiar mi tono por un momento. No solo te diré el mensaje y te invitaré como lo hago comúnmente, con fervor y afecto sincero, sino que iré más allá. Pecador, en el nombre de Dios te ordeno que te arrepientas y creas”.³⁸ Con frecuencia, Spurgeon daba órdenes similares a los pecadores. En otro sermón, dijo: “Este es Su mandato: Él no te manda a sentir algo o a ser algo, ni a prepararte para algo... No puedes decir: ‘No tengo derecho’; tienes todo el derecho de hacer lo que Dios te dice que hagas. No puedes decirme que no eres apto; no se requiere que seas apto; el mandato se ha dado y debes obedecerlo, no negarte a hacerlo”.³⁹ Spurgeon no solamente invitaba a los pecadores a venir a Cristo, sino que les ordenaba que vinieran.

Una de las razones por las que Spurgeon predicaba de esta manera era que entendía que el hombre pecador, debido a su naturaleza caída, siempre pospone su obediencia a Dios. Esta incredulidad hacia el evangelio es rebelión contra Dios. Por lo tanto, Spurgeon declaró: “Ustedes dicen... ‘Pero, señor, no creo que esas cosas se deban hacer tan deprisa’. ¡Deprisa! ¿Qué dice David? ‘Me apresuré y no me tardé en guardar Tus mandamientos’. ¡Deprisa! ¡Cuando un hombre está al borde de la condenación y al borde de la sepultura! No hables de hacer cosas deprisa, señor; cuando se trata de un caso de vida o muerte, mejor vayamos tan rápido como un relámpago”.⁴⁰ Para Spurgeon, la única respuesta correcta al evangelio era creer en Cristo instantáneamente.

Él incluso anticipó que un incrédulo pediría más tiempo para orar por ser salvo, declarando que es un paso de desobediencia a Dios: “Dices... ‘Sí, pero debo ir a casa y orar’. Mi texto no dice que

el tiempo oportuno será cuando llegues a casa y ores; dice ‘ahora’, y ya que veo que ‘ahora’ estás en esta silla, ‘ahora es el tiempo propicio’ [2Co 6:2]. Si confías en Cristo *ahora*, serás aceptado: si ahora tienes la capacidad de lanzarte a los brazos de Cristo, este es el momento correcto entre Dios y tú”.⁴¹ Spurgeon sostenía que los pecadores deben obedecer todos los mandatos a creer en Cristo.

CON ADVERTENCIAS FUERTES

Séptimo, Spurgeon presentaba el evangelio con advertencias fuertes para los pecadores perdidos. Creía que si no lograba alcanzar el corazón del incrédulo rogando con ternura, razonamientos sensatos, persuasiones convincentes y órdenes autoritativas, era necesario usar palabras más fuertes. A los que insistían en no creer, Spurgeon les hablaba abiertamente sobre el peligro inminente de ser condenados por la eternidad. Les advertía que, si no se arrepentían, ciertamente perecerían para siempre.

Spurgeon solía enfatizar la naturaleza frágil de la vida. Por ejemplo, una vez dijo: “¿Estás seguro de que tu corazón está sano? ¿La sangre está circulando correctamente? ¿Estás totalmente seguro de eso? Y si fuera así, ¿por cuánto tiempo será? Tal vez hay algunos aquí que no llegarán a Navidad; puede ser que ya se haya promulgado el mandato: ‘Pon tu casa en orden, porque morirás y no vivirás’ [Is 38:1]”.⁴² Spurgeon persistía en señalar que nadie tiene garantizado el día de mañana.

Además, trataba de llevar a sus oyentes a que se imaginaran a sí mismos en agonía o incluso frente a la muerte. Entonces, advertía: “Me veo a mí mismo de pie al lado de tu cama y oyendo tus gritos, sabiendo que estás muriendo sin esperanza. No puedo soportarlo. Ahora me imagino de pie junto a tu ataúd, viendo tu rostro frío y pálido, y diciendo: ‘Este hombre despreció a Cristo y rechazó la grandiosa salvación’”.⁴³ Pero iba más lejos, advirtiendo duramente que algunos de sus oyentes serían condenados al infierno:

Hay algunos en este lugar que, si fueran etiquetados esta mañana de acuerdo al lugar a donde van, llevarían la etiqueta que dice: “Al infierno”. Sabes que es verdad. Y ¿cuándo llegarás al final de tu camino? Puede que algunos aquí vivan cincuenta años más. Oro a Dios que esa pregunta que planteo te persiga y que, si nunca antes ha sido preciosa para ti, ahora lo sea: “¿Cuándo llegarás al final de tu camino? ¿Cuándo llegarás al infierno?”. Espero que en esta mañana algunos de ustedes digan en sus corazones: “Voy caminando hacia allí, pero, por la gracia de Dios, he llegado a un callejón sin salida y no puedo avanzar más. Señor, prepárame para ir al cielo, ayúdame ahora a confiar en el Salvador para poder vivir”.⁴⁴

Spurgeon también les decía con franqueza a los incrédulos que llegaría el día en que no volverían a escuchar esta advertencia. Entonces, sería demasiado tarde para responder a la oferta gratuita del evangelio:

Debo amenazarte. No siempre tendrás advertencias como estas. Vendrá el día en que se silenciará la voz de todos los ministros del evangelio, al menos para ti; porque tu oído estará frío en la muerte. Ya no oirás amenazas, pues habrá llegado el cumplimiento de la amenaza. No habrá promesa, ni proclamaciones de perdón y de misericordia; ni sangre que declare paz, sino que estarás en la tierra donde ya no habrá día de reposo, solo noches eternas de miseria, y donde las predicaciones del evangelio están prohibidas porque serían vanas. Te encargo, entonces, que escuches a esta voz que ahora se dirige a tu conciencia; porque si no, Dios te hablará en Su ira y te dirá en Su desagrado ardiente: “Como ustedes no me atendieron cuando los llamé, ni me hicieron caso cuando les tendí la mano, ahora Yo me burlaré de ustedes cuando caigan en desgracia. Yo seré quien se ría de ustedes cuando les sobrevenga el miedo”. Pecador, te amenazo de nuevo. Recuerda, puede que te quede poco tiempo para escuchar estas advertencias.⁴⁵

Spurgeon advertía que ese momento podía llegar más pronto de lo que pensaban sus oyentes. De hecho, ya no había esperanza de salvación para algunos que habían escuchado su voz recientemente: “Algunos de los que me escucharon el año pasado y en años anteriores, ¡ahora —ahora— están en el infierno! Ahora, donde no hay esperanza; *ahora*, donde nunca se predicará el evangelio; *ahora*, donde se arrepienten amargamente de haber desperdiciado los días de reposo y de haber rechazado las oportunidades; *ahora*, luego de haber visto un reino terrible que les recuerda todos sus pecados; *ahora*, ‘donde su gusano no muere y el fuego no se apaga’; donde se muerden la lengua en vano atormentados por el fuego; *ahora*, donde la furia de Dios se manifiesta al máximo en el fuego espantoso de Tofet”.⁴⁶ Al enfatizar la condenación de otros, Spurgeon esperaba despertar los corazones de algunos de los que aún escuchaban su voz.

Por supuesto, él daba estas fuertes advertencias con un propósito amoroso. Spurgeon hablaba con compasión, esperando que los pecadores incrédulos acudieran a Cristo para salvación: “Así que vengan, dejen que la amenaza tenga poder sobre ustedes. No los amenazo porque quiera alarmarlos sin causa, sino esperando que la amenaza de un amigo pueda llevarlos al lugar donde Dios ha preparado el festín del evangelio”.⁴⁷ Sin embargo, esta compasión lo impulsaba a declarar el peligro del pecador de una forma directa: “Si no te salvas, no tienes excusa. Desde las personas de pelo gris hasta los de la tierna edad de la niñez, si no se aferran a Cristo en este día, cada uno habrá sido culpable de su propia condenación”.⁴⁸ Al predicar de una forma tan audaz, Spurgeon vio a muchos ser salvados de la ira venidera.

UNA PASIÓN POR LAS ALMAS PERDIDAS

Evidentemente, Spurgeon creía que el evangelio no debía presentarse de una forma calmada, como un simple conjunto de datos. Por el contrario, debe proclamarse valientemente con invitaciones abiertas, ruegos tiernos, razonamientos sensatos y persuasiones convincentes. Esa presentación debía incluir órdenes auto-

ritativas y advertencias fuertes dirigidas a mentes y corazones obstinados. Spurgeon no vaciló al hacer esta tarea, sino que se regocijaba en ella. Declaraba: “Cuando Dios me da almas, no envidio a Gabriel con su corona. He pensado que preferiría estar aquí hablando con ustedes y presentándoles la cruz de mi Maestro, que estar allá arriba y lanzar mi corona a Sus pies. Porque, sin duda, no hay mayor alegría en el cielo que el gozo de hacer la voluntad del Maestro al ganar almas para Él”.⁴⁹ Spurgeon se deleitaba en buscar con fervor la salvación de los pecadores.

Spurgeon sentía que un sermón que no gana almas es un desperdicio de la energía de un predicador: “Cuando la siembra no produce fruto, el trabajo del sembrador se ha perdido; se ha esforzado por nada. Si la Palabra no se adapta para que penetre los corazones y produzca buenos resultados, la predicación es la ocupación más vana. Oh, mis oyentes, si no se convierten, ¡pierdo tiempo y energía en este lugar!”.⁵⁰ En pocas palabras, Spurgeon sentía que la predicación que no conducía a que las personas se convirtieran era inútil.

Él no solo deseaba ver que las personas llegaran a la fe en Cristo. Más bien, tenía que ver a pecadores perdidos siendo salvados. Afirmaba: “El hecho es, hermanos, que *debemos* ver una obra de conversión aquí. No podemos seguir como algunas iglesias, sin convertidos. No podemos, no lo haremos, no debemos, ni nos atreveremos a hacerlo. Las almas deben convertirse en este lugar, y si no hay muchos que nazcan de nuevo en Cristo, le pido al Señor que me conceda descansar en la tumba y que ya nadie más me escuche. En realidad, si las almas no son salvadas, mejor nos es morir que vivir”.⁵¹

En otro lugar, Spurgeon dijo enfáticamente: “Si los pecadores van a ser condenados, que lleguen al infierno pasando por encima de nuestros cadáveres. Y si perecen, que perezcan con nuestros brazos alrededor de sus rodillas, implorándoles que no se vayan. Si el infierno se va a llenar, que se llene a pesar de nuestros esfuerzos, y que nadie termine allí sin haber escuchado una advertencia o sin que se haya orado por él”.⁵² Para Spurgeon, nin-

gún esfuerzo era demasiado excesivo para rescatar a un alma de la condenación.

En su evangelismo, su motivación suprema era la gracia soberana: “¡Es por eso que predicamos! Si hay tantos peces para atrapar con la red, iré y atraparé algunos de ellos. Ya que se ha decretado que muchos serán atrapados, lanzo mis redes con grandes expectativas. No veo por qué eso debería contener nuestros esfuerzos entusiastas. Me parece que es precisamente lo que debería despertarnos y darnos energía: que Dios tiene un pueblo y que debemos salir a buscar a ese pueblo”.⁵³ Sabiendo que Dios había elegido a algunos para vida eterna, Spurgeon demostraba seguridad y pasión en sus llamados al evangelio.

Creía firmemente en este enfoque evangelístico, y lo veía como el propósito principal de su predicación: “Si fui salvo gracias a un evangelio sencillo, estoy obligado a predicar ese mismo evangelio sencillo hasta que muera, para que otros sean salvos por él. Cuando deje de predicar la salvación por fe en Jesús, llévenme a un manicomio, porque pueden estar seguros de que he perdido la razón”.⁵⁴ Spurgeon permaneció fiel a esta misión a lo largo de su ministerio.

El corazón del evangelio

A él le encantaba proclamar “la gloria de Dios en la faz de Cristo”. Cristo era el glorioso tema predominante del ministerio de Spurgeon, y Su nombre convirtió su trabajo desde el púlpito en “un baño en las aguas del Paraíso”.

—IAIN H. MURRAY¹

El lunes 25 de marzo de 1861, Charles Spurgeon, de tan solo veintiséis años, subió al púlpito del recién construido Tabernáculo Metropolitano por primera vez. Estaba a punto de predicar el sermón inaugural en la casa de adoración protestante más grande del mundo en ese entonces. Para este evento histórico, Spurgeon escogió el tema que fue el gran eje de todo su ministerio. Pero este mensaje sería más que un sermón; fue una declaración de lo que creía era el corazón mismo del evangelio.

Después de subir al púlpito, Spurgeon anunció que su texto sería Hechos 5:42: “Y todos los días, en el templo y de casa en casa, no cesaban de enseñar y predicar a Jesús como el Cristo”. Este pasaje era ideal para esta ocasión, pues resaltaba la fuerza central del ministerio de los apóstoles, y también servía para definir la vida y el ministerio de Spurgeon. Iain Murray escribe: “En cierto sentido, el texto que presentó en la apertura del Tabernáculo Metropolitano en 1861 siempre fue su texto”.² Dicho de otra forma, Spurgeon siempre estaba predicando a Cristo crucificado.

Ya que el ministerio del evangelio de Spurgeon se basaba completamente en la Palabra escrita, era natural que proclamara las

excelencias de la Palabra Viva. Apropiadamente, el eje de ese primer sermón en el Tabernáculo fue la persona y obra de Jesucristo. Spurgeon declaró:

Yo propondría que el tema del ministerio de esta casa, siempre que se mantenga esta plataforma y la casa sea frecuentada por adoradores, sea la persona de Jesucristo. Nunca me avergüenzo de declararme calvinista... No dudo en asumir el nombre de bautista... Pero si me piden que diga cuál es mi credo, pienso que debo responder: “Es Jesucristo”... El cuerpo de la Divinidad al cual me sujeto y me uno para siempre, con la ayuda de Dios, es... Cristo Jesús, quien es la suma y la sustancia del evangelio; quien es en Sí mismo toda la teología, la encarnación de todas las verdades preciosas, la materialización personal y gloriosa del camino, la verdad y la vida.³

Estas palabras conmovedoras definían brevemente el entendimiento de Spurgeon del evangelio. Creía que el corazón del evangelio es Cristo. Afirmaba: “Entre menos valores a Cristo, menos podrás confiar en el evangelio... Entre más prediquemos el evangelio, más debemos proclamar a Cristo”.⁴ Para Spurgeon, no había un tema más cautivante, una verdad más satisfactoria ni un nombre más poderoso que el de Jesús. Declaraba: “Predica a Cristo, ese es el imán; Él se encargará de atraer a los Suyos hacia Él... Si queremos ver conversiones, debe haber... una predicación más constante de Cristo; Cristo debe estar en cada sermón y debe ser el comienzo y el final de toda la teología que se predica”.⁵ En otra ocasión, dijo: “Haz que Cristo sea el diamante de todo... sermón”.⁶ Sin importar el texto del predicador, Spurgeon creía que este debía predicar a Cristo.

Él afirmaba que, aparte de Cristo, no tenía nada que predicar: “A veces me pregunto si ustedes se cansan de mi predicación, porque no hago nada más que martillar sobre este mismo clavo. Año tras año, mi lema sigue siendo: ‘¡Solo Jesús! ¡Solo Jesús!’”.⁷ Su

predicación estaba tan llena de Cristo, que una vez señaló: “Sé de alguien que dijo que yo siempre repetía el mismo tema, así que ya no volvería a escucharme. Pero que si yo decidía predicar un sermón sin presentar el tema de Cristo en él, entonces regresaría. Ah, nunca vendrá mientras esta lengua se pueda mover”.⁸ Simplemente se negaba a predicar sin predicar a Cristo.

Spurgeon entendía que un sermón sin Cristo es un mensaje sin el evangelio, porque Cristo es la marca de toda predicación verdadera del evangelio. Declaraba: “Un sermón sin Cristo es algo espantoso, horrible. Es un pozo vacío; una nube sin lluvia; un árbol muerto dos veces, arrancado de raíz. Es abominable dar a los hombres piedras en vez de pan y escorpiones en vez de huevos, pero eso es lo que hacen los que no predicán a Jesús. ¡Un sermón sin Cristo! Mejor sería hablar de un trozo de pan que no tenga harina. ¿Cómo puede alimentar el alma?”.⁹ Entonces decía enfáticamente: “Los hombres mueren y perecen porque Cristo no está en esos sermones”.¹⁰ Para Spurgeon, un sermón sin Cristo carece de poder salvífico.

Al estar lleno de gracia soberana y fervor evangelístico, estaba decidido a predicar a Cristo. ¿De qué maneras mostraba en sus presentaciones del evangelio que Cristo era todo? ¿Cómo magnificaba al Señor Jesús en su predicación? ¿De qué formas principales proclamaba la persona y la obra de Cristo? Buscaremos respuestas a estas y otras preguntas mientras consideramos el enfoque singular de Spurgeon en Cristo.

LA PERSONA DE CRISTO

Primero, Spurgeon anunciaba a la persona gloriosa de Cristo. Creía que el evangelio comienza anunciando la verdadera identidad de Jesús: el Dios-Hombre. Por tanto, Spurgeon lo presentaba como el que poseía todos los atributos divinos, como alguien coigual y coeterno con el Padre. Declaraba que Cristo es el Alfa, el primero, el principal, el primordial, el primogénito de toda criatura, el Dios eterno”.¹¹ Pero nunca pasó por alto el hecho de que Jesús también era hombre. “Él no es la humanidad deificada. No

es la Divinidad humanizada. Es Dios. Es hombre. Es todo lo que Dios es y todo lo que el hombre es como Dios lo creó”.¹² Spurgeon afirmaba que proclamar el evangelio implica dar a conocer tanto la absoluta deidad como la humanidad sin pecado de Cristo.

En cuanto a la deidad de Cristo, Spurgeon afirmaba con audacia: “No es posible que el hombre que niega la deidad de Cristo sea cristiano. Él niega deliberadamente la única vía de escape de la ira venidera... No puedo entender, ni creo, que por esas puertas de perla entre algún hombre que, al dudar o desacreditar la deidad de nuestro bendito Señor y Salvador, Jesucristo, haya renunciado al ancla de nuestra santísima fe”.¹³ Argumentaba que: “Si Cristo no era Dios, nosotros no somos cristianos”.¹⁴ Además decía: “Esa fe que salva el alma se trata de creer en una persona, de confiar en Jesús para recibir la vida eterna... Debemos creer que Él es el Hijo de Dios. Debemos tratar de entender con firme convicción el gran hecho de que Él es Dios; porque solo un Salvador divino puede liberarnos de la ira infinita de Dios. El que rechaza la divinidad verdadera y auténtica de Jesús de Nazaret no es salvo”.¹⁵ Spurgeon entendía claramente que Jesús es completamente Dios, y que esta verdad es fundamental para entender apropiadamente la expiación.

En cuanto a la humanidad de Jesús, Spurgeon declaraba que el Hijo eterno de Dios se había hecho hombre, pero sin pecado. Sostenía que Cristo vivió Sus días terrenales en perfecta obediencia a la ley de Dios:

A lo largo de toda Su vida, nunca cometió una ofensa en contra de la gran ley de verdad y justicia. La ley estaba en Su corazón; Su naturaleza era ser santo. Podía decir al mundo: “¿Quién de vosotros me prueba que tengo pecado?” [Jn 8:46]. Incluso Su juez vacilante preguntó: “¿Por qué? ¿Qué mal ha hecho?” [Mt 27:23]... Era el Cordero de Dios, perfecto y sin mancha. Así como no había pecado de comisión, tampoco había en nuestro Señor una falta por omisión... Y nuestro Señor tampoco conoce un pecado de pensamiento. Su mente nunca produjo un

deseo malvado. Nunca hubo en el corazón de nuestro bendito Señor un deseo de algún placer perverso, ni un deseo de escapar de los sufrimientos y la humillación que implicó Su servicio.¹⁶

Al seguir afirmando la santidad de Cristo, Spurgeon declaró: “Nunca salió de esos benditos ojos una mirada de maldad; Sus labios nunca pronunciaron una palabra precipitada; Sus pies nunca se dirigieron a hacer el mal, ni Sus manos se movieron para realizar una obra pecaminosa; porque Su corazón estaba lleno de santidad y amor. Por dentro y por fuera, nuestro Señor fue intachable. Sus deseos fueron tan perfectos como Sus acciones”.¹⁷ Con estas palabras, Spurgeon declaró poderosamente que no existió ninguna imperfección moral en Cristo.

Al unir la deidad y la humanidad de Jesús, Spurgeon afirmaba: “Debemos aceptar a este Hijo de Dios como ‘Jesús’, el Salvador. Debemos creer que Jesucristo, el Hijo de Dios, se hizo hombre por Su amor infinito hacia el hombre, para poder salvar a Su pueblo de sus pecados... Debemos ver a Jesús como el ‘Cristo’, el ungido del Padre, enviado a este mundo con la misión de salvar; no para que los pecadores se salvaran a sí mismos, sino para que Él, siendo poderoso para salvar, trajera a muchos hijos a la gloria”.¹⁸ Spurgeon afirmaba que el evangelio comienza y termina con la deidad eterna de Cristo unida a su humanidad sin pecado.

LA MUERTE DE CRISTO

Segundo, Spurgeon proclamaba con fuerza la muerte salvífica de Cristo. Señalando el nervio vital del mensaje del evangelio, afirmaba: “El corazón del evangelio es la redención, y la esencia de la redención es el sacrificio sustitutivo de Cristo”.¹⁹ En otras palabras, Jesucristo murió como sustituto de los pecadores, el justo por los injustos. Spurgeon creía que cada doctrina se debe alinear con esta verdad.

Spurgeon declaró que Jesús, en Su muerte en la cruz, se convir-

tió en “la iniquidad de todo Su pueblo, aunque Él mismo era inocente; sin ningún pecado personal, siendo incapaz de pecar, pero a pesar de eso tomó el pecado de otros sobre Sí mismo”.²⁰ Agregó: “Cristo verdaderamente llevó sobre Sí los pecados de todos los que creen en Él, y esos pecados ciertamente se convirtieron en Sus pecados; no que Él los hubiera cometido, ni que hubiera participado de alguna forma en ellos, excepto por medio de la imputación para la que Él mismo había dado Su consentimiento, y por la que vino al mundo, y los pecados de todo Su pueblo estuvieron sobre Sus hombros”.²¹ Para Spurgeon, la transferencia de nuestros pecados a Cristo es la gloria del evangelio.

Además, Spurgeon proclamaba que la muerte de Cristo era el cumplimiento de lo que anunciaban los sacrificios del Antiguo Testamento: “Jesús es el principal de todos los sacrificios, la principal de todas las ofrendas con las que se hace expiación por los pecados ante Dios... Todos los demás sacrificios que Dios ordenó eran solo imágenes, representaciones, símbolos y sombras de Sí mismo. Solo hay un sacrificio por el pecado, nunca hubo otro, y nunca lo habrá”.²² Afirmando después que el sistema de sacrificios del Antiguo Testamento apuntaba a la muerte de Cristo, dijo: “Jesús es el Cordero de la mañana que fue inmolado desde antes de la fundación del mundo, y el Cordero de la noche que fue ofrecido en estos últimos días a favor de Su pueblo... La expiación del pecado se encuentra verdaderamente en el Hijo de Dios. Solo en Él hay remisión, porque solo Su sangre es eficaz para satisfacer la ley”.²³ Spurgeon creía que, en el evangelio, el centro de gravedad es la muerte sustitutiva de Cristo.

Además, argumentaba que, a través de esta obra, el Hijo de Dios hizo una expiación perfecta por el pecado: “No hay nada más que Dios deba hacer. ‘Consumado es’. No tienes que hacer nada. ‘Consumado es’. Cristo no tiene que sangrar. ‘Consumado es’. No tienes que llorar. ‘Consumado es’. Dios Espíritu Santo no debe retrasar Su obra porque no seas digno, ni necesitas esperar debido a tu impotencia. ‘Consumado es’”.²⁴

Esta muerte triunfante fue la doctrina principal de la teología de

Spurgeon: “Todos los demás temas de las Sagradas Escrituras son importantes, y ninguno de ellos debe ser menospreciado. Pero la muerte del Hijo de Dios es el sol central de todas estas lumbreras menores. Es el gran Alfa y Omega. Para nosotros no solo es eminente, sino que también es preeminente”.²⁵ Afirmaba que la verdad principal de la Escritura es la muerte de Cristo por los pecados de Su pueblo: “La gran doctrina, la mayor de todas, es esta: que Dios, viendo a los hombres perdidos por causa de su propio pecado, tomó los pecados de ellos y los puso sobre Su único Hijo, haciéndolo pecado por nosotros, a pesar de que Él no conoció pecado; como consecuencia de esta transferencia de pecados, todo el que cree en Cristo Jesús es hecho justo y recto”.²⁶ Spurgeon se gozaba en la proclamación de la muerte de Cristo.

Para él, proclamar la expiación de Cristo es la tarea principal de la iglesia: “Nuestra única tarea aquí es anunciar: ‘He aquí el Cordero’. ¿Alguno de ustedes fue enviado por Dios con algún otro mensaje? No es posible. El único mensaje que Dios le ha dado a Su pueblo es el de la salvación a través del Cordero —el de la salvación por medio de la sangre de Jesús... Hablar de Jesús es nuestro oficio, no tenemos nada que decir que no forme parte de la revelación que Dios nos dio en Cristo Jesús”.²⁷ Spurgeon ponía en práctica lo que predicaba: la muerte de Cristo era la verdad principal de su ministerio en el púlpito.

En esta tarea sagrada, Spurgeon se veía a sí mismo como un soldado leal que se hacía cargo de su puesto: “Hace unos años recibí órdenes de mi Maestro de permanecer a los pies de la cruz hasta que Él venga. Todavía no ha venido, pero yo estaré allí hasta que Él llegue”.²⁸ Usando imágenes similares, Spurgeon declaró en otro lugar: “Así como el centinela romano en Pompeya permaneció en su puesto incluso cuando la ciudad estaba destruida, así permanezco en la verdad de la expiación, aunque la iglesia esté siendo enterrada bajo las lluvias de lodo ardiente de la herejía moderna. Todo lo demás puede esperar, pero esta verdad de Dios se debe proclamar con voz fuerte”.²⁹ Spurgeon veía claramente que su función principal era mostrar a los pecadores la muerte ex-

piatoria de Cristo.

LA RESURRECCIÓN DE CRISTO

Tercero, Spurgeon enseñaba la resurrección corpórea de Jesucristo. Creía que la cruz de Cristo no tendría poder para salvar si la tumba no hubiera quedado vacía. El triunfo del Salvador sobre la muerte es el fundamento de la salvación por medio de la cruz. Declaraba que la resurrección de Cristo es “la piedra angular de la doctrina cristiana”³⁰ y “la dovela del arco del cristianismo”.³¹ Decía que, sin ella, “toda la estructura del evangelio se caería al suelo”.³² Para Spurgeon, la resurrección de Cristo es esencial en la proclamación del evangelio. No existe un evangelio sin el Cristo resucitado.

Spurgeon afirmaba que la resurrección es una doctrina esencial, debido a lo que nos dice sobre Cristo: “La prueba más evidente de la divinidad de Cristo es Su resurrección. Su soberanía también depende de Su resurrección. Y, además, nuestra justificación depende de la resurrección de Cristo. Nuestra propia regeneración depende de Su resurrección. Y, ciertamente, nuestra resurrección final descansa sobre esta verdad. El hilo plateado de la resurrección recorre todas las bendiciones, desde nuestra regeneración hasta nuestra gloria eterna, y las conecta”.³³ Sin duda, Spurgeon creía que la resurrección era el elemento clave del evangelio.

Spurgeon veía la importancia teológica de la resurrección de Cristo como algo que se conectaba inseparablemente con la cruz. La resurrección de Cristo vindicó Su crucifixión. Spurgeon dijo:

Él murió por nuestros pecados y... resucitó para justificarnos; es decir, para pagar en nuestro lugar. La cruz pagó la deuda, y la resurrección tomó el certificado de la deuda y lo hizo pedazos. Ahora no hay nada en los registros de la eternidad en contra de ningún alma que crea en el Señor Jesucristo. Al levantarse de los muertos, Jesús canceló todos los cargos. “¿Quién acusará a los escogidos de Dios? Dios es el que justifica. ¿Quién es el que condena? Cristo Jesús es el que murió, sí, más aún, el que resucitó” [Ro

8:33-34]. Esa resurrección nos ha absuelto de todos los pecados de los que se nos podía acusar.³⁴

A Spurgeon le encantaba presentar la resurrección como la garantía de que el Padre acepta la expiación de Cristo como el pago completo y perfecto por los pecados de Su pueblo. Spurgeon describió vívidamente la resurrección como el triunfo glorioso de Cristo sobre los poderes de la muerte y las fuerzas del infierno:

Allí estaba, en lo profundo del gran sueño de la muerte por nosotros. Cuando despertó, desenrolló los lienzos y lo que le habían puesto; puso los lienzos a un lado y las prendas al otro, porque no tenía prisa. Los dobló y los puso en su lugar. Cuando terminó, en todo el esplendor de Su vida de resurrección, se dirigió hacia la entrada, en donde Su siervo le había abierto el camino a Su Señor, y salió en la majestad de Su cuerpo resucitado. Se levantó de la muerte; y en ese momento, Dios le puso Su sello al pago de todas las almas por las que Cristo fue Sustituto.³⁵

En sus sermones, Spurgeon anunciaba el mensaje de la tumba vacía. Decía: “El Señor Jesús, a quien tú y yo asesinamos con nuestros pecados, se levantó de los muertos. No está en la cruz, no está en la tumba”.³⁶ También declaró: “Puesto que Cristo se levantó de los muertos, se han eliminado todos los pecados de los que confían en Él”.³⁷ Solo un Salvador viviente es poderoso para salvar. Un Salvador muerto no tiene vida y no puede salvar. A lo largo de su ministerio, Spurgeon proclamó que Cristo es el Señor resucitado, poderoso para salvar.

LA EXALTACIÓN DE CRISTO

Cuarto, Spurgeon declaraba el señorío soberano de Cristo. Luego de Su resurrección, Jesús ascendió al cielo en donde está sentado a la diestra del Padre, una posición de honor y autoridad suprema. Spurgeon se regocijaba en proclamar esta verdad en su predi-

cación, porque el evangelio demanda que los pecadores invoquen al Cristo que está sentado en el trono para ser salvos. Declaraba: “Dios valora tanto a Su Hijo que lo exaltó hasta lo sumo; lo puso a Su diestra... El gran Dios piensa que el cielo y la tierra son demasiado pequeños para Él, y lo magnifica por encima de todo, como Rey de reyes y Señor de señores”.³⁸ En otro lugar, afirmó: “El lugar a la diestra de Dios, en el cual ahora está exaltado, es el lugar de poder. Allí se sienta el Mediador, el Hijo de Dios, Cristo Jesús hecho hombre, mientras que Sus enemigos son sometidos por debajo de Él... Él está por encima de todas las cosas mortales; dirige los movimientos de las estrellas; dirige los ejércitos del cielo”.³⁹ Spurgeon guiaba fielmente a sus oyentes a que invocaran a este Señor que reina.

Entendía que el evangelio exige que los pecadores se humillen ante el Señor Jesucristo. Creía que sin esa sumisión, no hay salvación: “No puedo concebir la posibilidad de que alguien realmente reciba a Cristo como Salvador y que no lo reciba como Señor”.⁴⁰ En otra ocasión, declaró: “Si Cristo ha de ser tuyo hoy, debes dejar que tenga dominio sobre ti. ‘Cristo debe reinar’ [1Co 15:25]. Él exige ser el Amo y Señor de los que le piden Su salvación... Debe ser así, o de lo contrario, la salvación es imposible; los que sirven al pecado no son salvos ni pueden serlo, a menos que sean llevados a servir al Cristo de Dios”.⁴¹ Spurgeon insistía en que los que van a ser salvos, deben doblar sus rodillas y confesar que Jesús es Señor.

Profundizando en este punto, afirmaba: “Debes aceptar que Jesús sea tu líder y comandante... Debes obedecerlo con amor o Él no estará casado con tu alma... Si hay fe en Jesús, debe haber obediencia”.⁴² En pocas palabras: “No puedes tener a Cristo como tu Salvador a menos que también lo tengas como tu Señor”.⁴³ Sostenía que la fe verdadera implica una sumisión total a Cristo.

Spurgeon enfatizaba que en el evangelio no hay espacio para una fe fácil: “Un hombre que realmente es salvo por gracia no necesita que le digan que tiene la obligación solemne de servir a Cristo. Se lo dice la nueva vida que hay en su interior. En vez de

verlo como una carga, se rinde gustosamente —en cuerpo, alma y espíritu— al Señor”.⁴⁴ Las demandas del señorío de Cristo son una parte no negociable del mensaje del evangelio.

Por tanto, Spurgeon entendía que el evangelio debía proclamarse como un decreto real dado por el Cristo exaltado. Cuando se presenta el evangelio, se debe ordenar a los hombres que crean en Cristo o que sufran la destrucción eterna. Decía:

Él es un Señor que puede salvar o destruir. Al Cristo que murió en la cruz se le entregaron todas las cosas en Sus manos. Esta mañana puede enviar la salvación hasta los confines de la tierra, para que multitudes puedan creer y vivir; porque Dios lo exaltó con Su diestra para que fuera Príncipe y Salvador, para traer arrepentimiento y perdón de pecados. O puede girar la llave hacia el otro lado y cerrar la puerta frente a esta generación malvada; porque lo que Él abre, ningún hombre puede cerrar, y lo que Él cierra, ningún hombre puede abrir.⁴⁵

Spurgeon afirmaba que los pecadores pueden ser salvos de la ira justa de Dios, pero solamente al rendirse a Jesucristo con humilde sumisión. Aunque la salvación se ofrece gratuitamente, requiere una rendición completa al Señor soberano.

CRISTO ES EL EVANGELIO

Cristo —crucificado, resucitado y exaltado— fue el enfoque del ministerio del evangelio de Spurgeon. Él decía: “Mis hermanos, la tarea es predicar a Cristo, siempre y por siempre. Él es todo el evangelio. Su persona, oficio y obra deben ser el gran tema que envuelve todo lo demás”.⁴⁶ Para Spurgeon, predicar el evangelio quería decir predicar la persona y la obra de Cristo. Como dijo: “Entre más predicamos el evangelio, más proclamamos de Cristo”.⁴⁷

Spurgeon argumentaba que un sermón saturado de Cristo tiene poder divino: “La predicación de Cristo es el látigo que flagela al

diablo. La predicación de Cristo es el estruendo, el sonido que hace que tiemble todo el infierno”.⁴⁸ Por el contrario, el infierno apenas se ríe de la predicación en la que Cristo no tiene preeminencia: “El sermón que no conduce a Cristo, o en el que Jesucristo no es el comienzo y el final, es un tipo de sermón que hará reír a los demonios en el infierno, y puede que haga llorar a los ángeles de Dios”.⁴⁹ Sin duda, la predicación del evangelio de Spurgeon hacía que los demonios lloraran y que los ángeles se regocijaran.

En 1862, cuando solo tenía veintiocho años, Spurgeon anunció con valentía: “Si solo pudiera dar un sermón más antes de morir, sería sobre mi Señor Jesucristo. Pienso que cuando lleguemos al final de nuestro ministerio, lamentaremos no haber predicado más sobre Él. Estoy seguro de que no existe un ministro que se arrepienta de haber predicado demasiado sobre Él”.⁵⁰ Y, de hecho, Jesucristo fue el tema central de su último sermón. El 7 de junio de 1891, Spurgeon predicó su mensaje de despedida y, así como lo había hecho a lo largo de todo su ministerio, magnificó al Señor Jesucristo:

Servir a Jesús es magnífico... Él es el más generoso de todos los capitanes. Nunca hubo nadie como Él entre los mejores príncipes. Siempre está presente en la parte más dura de la batalla. Cuando sopla el viento helado, Él siempre va por el lado más difícil de la montaña. La parte más pesada de la cruz siempre va sobre Sus hombros. Si nos dice que llevemos una carga, Él también la lleva. En Él siempre hallarás gracia, generosidad, bondad y ternura y amor en abundancia. Lo he servido por más de cuarenta años, ¡bendito sea Su nombre! No tengo nada más que amor por Él. Estaría feliz de continuar otros cuarenta años sirviendo de esta misma forma si eso le agradara. Servirlo es vida, gozo y paz. Oh, ¡comienza a hacerlo ahora mismo! ¡Que Dios te ayude a enrolarte en el ejército de Jesús en este día! Amén.⁵¹

Este talentoso predicador dedicó su vida y su ministerio a la proclamación de Cristo. Y, muy apropiadamente, esta nota triunfante fue la que concluyó su ministerio de predicación. El enfoque en el evangelio de Spurgeon fue el mismo hasta el final.

Un testimonio empoderado por el Espíritu

Entonces, la verdadera explicación del ministerio de Spurgeon se encuentra en la persona y el poder del Espíritu Santo.

—IAIN H. MURRAY¹

Desde el púlpito del Tabernáculo Metropolitano descendían dos escaleras curvas, una a cada lado. Cuando terminaban los cantos congregacionales, Spurgeon comenzaba su ascenso al púlpito. El gran predicador subía las escaleras dando los pasos lentos y metódicos de un hombre corpulento, aunque la enorme responsabilidad que sentía sobre sus hombros era mucho más pesada. Sabía que estaba a punto de predicarle a los miles que estaban allí reunidos, y a miles más a través de la página impresa, y eso lo cargaba enormemente.

Por eso, en cada uno de los quince escalones, Spurgeon se repetía en silencio una confesión personal de fe: “Creo en el Espíritu Santo. Creo en el Espíritu Santo. Creo en el Espíritu Santo”.² Podemos estar seguros de que después de repetirse esta verdad, Spurgeon entraba al púlpito confiando en el poder del Espíritu Santo que le daba la capacidad de predicar el evangelio. Abrumado por esta tarea de enorme importancia, Spurgeon predicaba siendo muy consciente de su inmensa necesidad del poder único del Espíritu Santo.

En sus enseñanzas a los estudiantes del Pastors' College, Spurgeon reiteraba que todos los predicadores deben ser conscientes del empoderamiento del Espíritu en el ministerio del evangelio:

“Creo en el Espíritu Santo”. Él pronunciaba esta frase como un credo, y espero que nosotros también la podamos repetir como un monólogo devoto fruto de nuestra experiencia personal. La presencia y la obra del Espíritu Santo son la base de nuestra confianza. Si no hemos creído en el Espíritu Santo, debimos haber dejado nuestro ministerio hace mucho tiempo, pues “para estas cosas ¿quién está capacitado?” [2Co 2:16]. Nuestras posibilidades de tener éxito y nuestra fuerza para continuar sirviendo yacen en nuestra creencia de que el Espíritu del Señor reposa sobre nosotros”.³

Spurgeon pensaba que el avance del evangelio solo se daría si el Espíritu seguía capacitándolo a él y a otros ministros para proclamarlo. Decía: “Si el Espíritu Santo no bendice la Palabra, los que predicamos el evangelio somos los más miserables de todos los hombres, porque habremos intentado realizar una tarea que es imposible. Hemos entrado a un campo en el que lo único que vale es lo sobrenatural. Si el Espíritu Santo no renueva los corazones de nuestros oyentes, nosotros no podremos hacerlo. Si el Espíritu Santo no los regenera, nosotros no podremos hacerlo. Si Él no aplica la verdad en sus almas, predicarles sería como hablarle al oído a un cadáver”.⁴ Además, dijo: “Para nosotros, como ministros, el Espíritu Santo es absolutamente esencial. Sin Él, nuestro oficio es un simple nombre”.⁵ Y nuevamente confesó: “Si no tenemos al Espíritu que Jesús prometió, no podremos realizar la tarea que Jesús nos encomendó”.⁶ Creía que ninguna habilidad humana era suficiente para predicar el evangelio con éxito.

Por lo tanto, Spurgeon tenía claro lo que los predicadores deben hacer: “Ya que la conversión es una obra divina, debemos asegurarnos de depender enteramente del Espíritu de Dios, y buscarlo a Él para que nos dé poder sobre las mentes de los hombres... ¿No deberíamos orar con más insistencia para que Su unción sagrada esté sobre nosotros? ¿No deberíamos darle más espacio para que Él obre en nuestras predicaciones? ¿No fallamos en muchos de nuestros esfuerzos porque, en la práctica, aunque no en la doctri-

na, ignoramos al Espíritu Santo?”.⁷ Claramente, “creo en el Espíritu Santo” era más que un simple credo para Spurgeon. Era una confesión de su necesidad desesperada y su confianza profunda.

Este capítulo se concentrará en la forma en que Spurgeon entendía el rol del Espíritu Santo en el ministerio del evangelio. ¿Cómo debe obrar el Espíritu en la difusión del evangelio? ¿Cómo dirige las palabras de un creyente en la presentación del evangelio? ¿Cuál es el efecto del Espíritu sobre el que escucha el evangelio? Spurgeon habló de estos temas constantemente al afirmar el ministerio y el poder del Espíritu.

ILUMINACIÓN SOBRENATURAL

Primero, Spurgeon pensaba que el Espíritu Santo debía instruir su mente, dándole un entendimiento claro del evangelio. Esta iluminación comenzaba cuando abría la Biblia a solas en su estudio. En este sentido, comentó: “Es en nuestro estudio, en ese trabajo bendito, cuando estamos a solas con el Libro ante nosotros, que necesitamos la ayuda del Espíritu Santo... Él toma las cosas de Cristo y nos las muestra... Por Su luz, todas las cosas se ven correctamente”.⁸ Él sabía que solo podría entender correctamente el evangelio cuando el Espíritu Santo lo iluminara.

Spurgeon recalcaba que esta obra de iluminación es uno de los ministerios principales del Espíritu, no solo para el predicador sino también para sus oyentes: “Uno de los oficios especiales del Espíritu Santo es iluminar a Su pueblo. Esto lo hizo dándonos Su Palabra inspirada, pero si no estamos cerca de la enseñanza personal de su gran Autor, no podremos entender el Libro espiritualmente”.⁹ Spurgeon estaba convencido de que el mismo Espíritu que inspiró infaliblemente las Escrituras debía relevarnos sus verdades internamente. Sin la luz divina del Espíritu, la Biblia sigue siendo un libro cerrado.

Sin embargo, Spurgeon creía que la obra iluminadora del Espíritu no lo libraba de su responsabilidad de estudiar la Biblia con diligencia, y tampoco anulaba su necesidad de leer los es-

critos de teólogos y maestros talentosos de la Biblia. Más bien, el ministerio de enseñanza del Espíritu demandaba que se esforzara al máximo en sus estudios. Decía: “Estoy obligado a dedicarme a la lectura y a no tentar al Espíritu diciendo cosas sin pensar”.¹⁰ Creía que, si no estudiaba, su manejo de la Escritura sería superficial.

Spurgeon tenía más de diez mil libros. Con su brillante intelecto, leyó la gran mayoría de estos volúmenes y nunca predicó sin consultarlos diligentemente. Por esta razón, muchos de sus sermones del evangelio parecen verdaderas teologías sistemáticas. Sin embargo, nunca olvidó que mientras estudiaba, era completamente dependiente del Espíritu para que lo guiara a la verdad. Decía:

Los comentarios son buenos a su manera, pero dame la enseñanza del Espíritu Santo. Él hace que el pasaje sea claro. Hemos visto con mucha frecuencia que somos totalmente incapaces de entender ciertas partes de la verdad divina. Le preguntamos a algunos de los hijos de Dios, y ellos nos ayudan un poco. Pero no estamos satisfechos hasta que acudimos al trono de la gracia celestial y le imploramos al bendito Espíritu que nos las enseñe. Y Él lo hace con dulzura; podemos comer de ella espiritualmente. Deja de ser como un cascarón, difícil de entender. Ahora es como pan para nosotros, y podemos comer de ella abundantemente.¹¹

Spurgeon estaba convencido de que el Espíritu Santo debe ser el Maestro principal del predicador, quien le da un entendimiento verdadero de la Palabra de Dios. Creía que, en última instancia, si un predicador del evangelio no recibe la enseñanza del Espíritu, fallará como portavoz del evangelio.

SABIDURÍA DIVINA

Segundo, Spurgeon afirmaba que el Espíritu Santo debía darle

una sabiduría santa para presentar el evangelio de una forma equilibrada. Decía que era solo con la ayuda del Espíritu que podía comunicar el evangelio con un equilibrio apropiado y un énfasis correcto.

Observando la enseñanza superficial de su época, Spurgeon dijo: “Algunos de los que han entendido claramente una parte del evangelio le han dado una prominencia indebida a esa porción y, por lo tanto, han presentado un cristianismo distorsionado”.¹² Además, declaraba: “Ciertas doctrinas importantes del evangelio se pueden proclamar más de lo debido, dejando el resto de verdad bajo las sombras”.¹³ En otras palabras, Spurgeon creía que algunos no exponían toda la verdad y que incluso le restaban énfasis a ciertas doctrinas debido a aparentes contradicciones.

Esto sucedía particularmente con el manejo de las verdades bíblicas que hablan de la soberanía de Dios y la responsabilidad del hombre. Por ejemplo, el hipercalvinismo resaltaba la soberanía de Dios por encima de la oferta gratuita del evangelio, mientras que el arminianismo enfatizaba la oferta por encima de la soberanía de Dios. Spurgeon afirmaba: “La fidelidad requiere que les demos [a nuestros oyentes] un evangelio completo, sin omitir ni exagerar nada”.¹⁴ Reconocía que necesitaba sabiduría de lo alto para presentar las diversas facetas del mensaje del evangelio sin dejar que una verdad distorsionara otra.

Spurgeon argumentaba que todo mensajero del evangelio necesita sabiduría dada por Dios para poder seleccionar el texto correcto en el momento correcto para las personas correctas: “Necesitamos sabiduría para seleccionar la parte de la verdad que sea más aplicable a la temporada y a las personas que se reúnen; y una discreción equitativa en el tono y la forma en la que se presente la doctrina”.¹⁵ Al ser alguien que no predicaba versículo por versículo los libros de la Biblia, Spurgeon era consciente de lo mucho que necesitaba esa sabiduría. Además, decía: “También necesitamos sabiduría para saber cómo presentar los temas a diferentes grupos de personas”.¹⁶ Spurgeon reconocía su necesidad de ayuda divina para saber qué decir y cómo decirlo.

Enfatizaba que solo el Espíritu puede dar ese tipo de sabiduría práctica. Decía: “El Espíritu es llamado *Espíritu de sabiduría*, y lo necesitamos desesperadamente para ser sabios. El conocimiento puede ser peligroso si no va acompañado de sabiduría, la cual es el arte de usar correctamente lo que sabemos”.¹⁷ Además recalca: “El Espíritu de Dios te enseñará a usar el cuchillo del sacrificio para dividir las ofrendas; y te mostrará cómo usar las balanzas del santuario para pesar y mezclar las especias preciosas en sus cantidades apropiadas”.¹⁸ Y agregó: “La sabiduría sabe dirigir. El que la tiene trae cada verdad a su tiempo, vestida con sus prendas más apropiadas. ¿Quién puede darnos esta sabiduría sino el bendito Espíritu?”.¹⁹ Además, declaró: “¡Para ser mayordomos sabios y traer las porciones correctas de carne a la casa de nuestro Maestro, necesitamos Tu enseñanza, oh Espíritu del Señor!”.²⁰

Un estudio de los sermones de Spurgeon revela que al enseñar mantenía un equilibrio apropiado entre el Antiguo y el Nuevo Testamento, entre la soberanía divina y la responsabilidad humana, entre la ley y la gracia, y muchas otras áreas de la teología. Procuraba la sabiduría espiritual para dar una presentación completa del evangelio, y el Espíritu se la concedía en gran medida.

UNA PASIÓN ARDIENTE

Tercero, Spurgeon sostenía que el Espíritu Santo debía encender una pasión santa dentro de él para proclamar el evangelio. Era profundamente consciente de que una cosa es conocer el plan de salvación, pero otra muy diferente es experimentar profundamente sus verdades. Estaba firmemente convencido de que el Espíritu haría que el evangelio ardiera como fuego dentro de sus huesos mientras predicaba, dándole una pasión por Dios, por Su verdad y por los que lo escuchaban:

El Espíritu de Dios... puede hacer que sientas el tema que estás presentando hasta que te estremezca; puede hacer que te deprimas por él como si cayeras a tierra, o que te eleves como si

volaras sobre las alas de un águila; puede hacerte sentir, además de tu tema, tu objetivo, hasta que anheles la conversión de los hombres y que los cristianos sean exaltados a algo más noble de lo que han conocido hasta ahora. Al mismo tiempo, otro sentimiento está contigo: un intenso deseo de que Dios sea glorificado por medio de la verdad que estás presentando. Eres consciente de que sientes una profunda compasión por las personas a quienes hablas, lo que podría hacerte sufrir por los que conocen tan poco, y por los que conocen mucho, pero lo han rechazado.²¹

Mientras proclamaba el evangelio, Spurgeon confiaba en que el Espíritu lo mantenía en un estado “devocional”: “El trabajo principal del Espíritu Santo es mantener en nosotros una mentalidad devocional mientras estamos predicando. Esta es una condición que debemos desear grandemente: la capacidad de mantenernos orando mientras estamos predicando”.²² Él reconocía que el Espíritu debe encender la verdad en el corazón del mensajero: “¿Qué puede ser peor que hablar bajo la influencia de un espíritu orgulloso o airado?... Pero, oh, ¡que podamos arder en nuestro corazón mientras resplandecemos ante los ojos de otros! Esta es la obra del Espíritu de Dios”.²³ Luego afirmó: “En nuestros pulpitos necesitamos que el espíritu de dependencia se mezcle con el de devoción para que, desde la primera palabra hasta la última sílaba, podamos estar buscando nuestra fuerza en el Espíritu. Es bueno ser consciente de que, aunque has perseverado hasta hoy, si el Espíritu Santo te dejara parecerías un tonto antes de que terminara el sermón”.²⁴ Spurgeon se dio cuenta de que, para comunicar eficazmente el evangelio, su amor por la verdad debía avivarse de una forma sobrenatural.

Sin este fuego sagrado, Spurgeon sabía que su proclamación del evangelio sería monótona y mecánica, sin ningún fervor. Una presentación como esa traicionaría el mensaje que predicaba. Solamente con la ayuda del Espíritu podía subir al púlpito “adorando al Dios majestuoso, consciente de Su presencia, con todas sus

facultades despiertas y con un entusiasmo total. Con todos los pensamientos y poderes del alma ocupados gozosamente en contemplar la gloria del Señor, y elogiando al Amado de nuestras almas frente a las multitudes que nos escuchan”.²⁵ Esta era la pasión ardiente que buscaba por medio del poder del Espíritu.

Spurgeon creía que el Espíritu debía encender su corazón antes de que pudiera predicar el evangelio a los corazones de sus oyentes: “El Espíritu Santo los moverá a ellos moviéndote a ti primero. Si puedes descansar sin que sean salvos, ellos también descansarán. Pero si estás lleno de agonía por ellos, si no puedes soportar que estén perdidos, pronto encontrarás que también estarán inquietos”²⁶ Es decir, un fuego en el púlpito no tarda en llegar hasta las sillas. Spurgeon sabía que no podía predicar sin este fuego que viene del Espíritu.

UNA PRESENTACIÓN PERSUASIVA

Cuarto, Spurgeon creía que era el Espíritu Santo quien hacía que su presentación del evangelio fuera persuasiva. A pesar de ser extremadamente talentoso, seguía dependiendo del Espíritu para proclamar la verdad de una forma eficaz. Sobre esta dependencia, decía: “Necesitamos que el Espíritu de Dios nos abra la boca para poder proclamar alabanzas al Señor; de lo contrario, no hablaremos con poder”.²⁷ Él entendía que el Espíritu debía guiarlo en todo, desde las palabras que usaba hasta el tono de su presentación del evangelio: “También necesitamos que el Espíritu Santo nos incite a expresarnos como Él quiere”.²⁸ Y agregó: “Sería mejor hablar seis palabras en el poder del Espíritu Santo que predicar setenta años de sermones sin el Espíritu”.²⁹ Por el poder del Espíritu, las buenas noticias salían de Spurgeon con una autoridad trascendental.

En el púlpito, Spurgeon creía que el Espíritu Santo debía hacer que el evangelio penetrara profundamente en las almas de sus oyentes:

Predicar el evangelio no es predicar ciertas verdades sobre el evangelio, ni es predicar sobre las personas, sino predicar a las personas. Predicar el evangelio no es hablar de lo que es el evangelio, sino predicarlo al corazón, no por nuestro propio poder sino por la influencia del Espíritu Santo —no es ponernos de pie y hablar como si estuviéramos hablándole al ángel Gabriel, contándole ciertas cosas, sino hablar como un hombre a otro hombre y derramar nuestro corazón en el corazón de la otra persona. Esto es predicar el evangelio, contrario a simplemente balbucear un manuscrito sin vida... Predicar el evangelio es proclamar con voz de trompeta y con fervor ardiente las riquezas incalculables de Cristo, para que los hombres puedan escuchar y, al entender, volverse a Dios con todo su corazón.^{[30](#)}

Con esta declaración, Spurgeon explicaba que el Espíritu usaba su voz como si fuera un sonido de trompeta, pues cautivaba los corazones de la congregación con el evangelio. Declaraba: “Un predicador debería saber que realmente posee el Espíritu de Dios y que, cuando habla, hay una influencia sobre él que le permite hablar como Dios desea que hable. De otra manera, debería salir directamente del púlpito, ya que no tiene derecho a estar allí. No ha sido llamado a predicar la verdad de Dios”.^{[31](#)} Spurgeon estaba convencido de que el Espíritu debía dirigir su predicación hacia las almas de sus oyentes.

Al presentar la verdad, Spurgeon creía que nada debía perturbar su concentración, incluyendo un apego enfermizo a sus notas. Por eso, solo llevaba un bosquejo corto al púlpito: “Me parece muy extraño cuando un hermano ora que el Espíritu Santo le ayude en su predicación, y después veo que saca un manuscrito del bolsillo, el cual puede poner sobre su Biblia y leerlo sin que se sospeche que lo está leyendo... ¿Cómo lo puede ayudar el Espíritu Santo cuando está leyendo un papel que cualquier persona podría leer sin la ayuda del Espíritu?”.^{[32](#)} Además, dijo: “Si el Espíritu Santo quisiera decir a las personas algo que no está en el papel,

¿cómo podría decirlo a través de nosotros? Me parece que ese método bloquea enormemente la ministración del Espíritu en esos momentos”.³³ Él confiaba en que el Espíritu guiaría sus pensamientos en la predicación, haciendo que las palabras llegaran a las personas de una forma convincente.

Spurgeon sostenía que el Espíritu le da libertad de expresión al ministro en su predicación: “Inmerso en el Espíritu Santo, el predicador pensará correctamente y hablará sabiamente; su palabra tendrá poder sobre los que lo escuchan”.³⁴ Pero la actividad del Espíritu no es algo que se deba dar por hecho. Él creía que había momentos en los que el Espíritu retiraba misteriosamente Su poder. En esos casos, se sentía limitado al predicar el evangelio. Durante una predicación en Escocia, narró una experiencia terrible: “Al Espíritu de Dios le plació dejarme y no pude hablar como lo hacía usualmente. Tuve que decir a las personas que las ruedas de la carroza se habían ido; y que la carroza se estaba arrastrando con pesadez”.³⁵ Al reflexionar en esta falta de poder, dijo: “Me humilló amargamente y, si hubiera podido, me habría escondido en una esquina oscura de la tierra. Sentí como si ya no debiera hablar más en el nombre del Señor”.³⁶ Al final, esta experiencia logró algo positivo, pues hizo que Spurgeon confiara aún más en el poder del Espíritu.

UNA GRAN CONCENTRACIÓN

Quinto, Spurgeon creía que el Espíritu Santo le daba poderes de concentración poco usuales al presentar el evangelio. Decía: “Algunas veces, el Espíritu divino obra en nosotros de modo que nos saca completamente de nosotros mismos... Todo se olvida, menos el tema apasionante que estamos tratando... la mente se aleja de toda influencia que la pueda interrumpir”.³⁷ Estaba convencido de que el Espíritu no permitía que los pensamientos superfluos entraran a su mente, dándole así la capacidad de proclamar lo que era importante.

Spurgeon también creía que el Espíritu le impedía declarar ver-

dades secundarias. Afirmaba: “Necesitamos la influencia divina para que no nos permita decir muchas cosas que, si llegaran a salir de nuestra boca, podrían arruinar nuestro mensaje... Necesitamos que el Espíritu de Dios ponga el freno y las riendas sobre nosotros para evitar que digamos cosas que distraerían a nuestros oyentes de Cristo y de las realidades eternas, y los lleven a pensar en las cosas viles de la tierra”.³⁸ Esa restricción divina lo mantenía enfocado en la prioridad del evangelio.

Spurgeon creía que, así como el Espíritu restringía ciertos pensamientos, traía otros a su mente. La actividad del Espíritu era tan fuerte en su mente que decía que podía tener hasta ocho pensamientos diferentes mientras proclamaba la Palabra. Explicaba:

Una vez conté ocho pensamientos diferentes que estaban en mi mente de forma simultánea, o al menos dentro del espacio del mismo segundo. Estaba predicando el evangelio con toda mi fuerza, pero no pude evitar preocuparme por una mujer que evidentemente estaba a punto de desmayarse. Al mismo tiempo, estaba buscando al hermano que abre las ventanas para que nos diera más aire. También, estaba pensando en la ilustración que había omitido bajo el primer encabezado, le estaba dando forma a la segunda sección y me estaba preguntando si A había percibido mi reprensión, y oraba que B recibiera aliento a través de la palabra de consuelo que había dado. Y, al mismo tiempo, estaba alabando a Dios por la forma en la que yo mismo estaba disfrutando la verdad que proclamaba.³⁹

En pocas palabras, Spurgeon era consciente de que el Espíritu Santo debía ayudarlo a concentrarse completamente en el evangelio. El Espíritu debía aumentar su poder de concentración, ayudándolo a enfocarse claramente en Cristo y a superar cualquier distracción. Además, Spurgeon dependía de que el Espíritu capturara la atención de los oyentes y llevara todos sus pensamientos a Cristo.

UNA CONVICCIÓN PROFUNDA

Sexto, Spurgeon creía que el Espíritu debía traer convicción e iluminación a los corazones de los no creyentes. Sin este trabajo interno, no podía haber una respuesta positiva al evangelio. Iain Murray escribe: “Cuando Spurgeon vino a Londres, sabía que Dios había estado ocultando Su rostro de Su pueblo. Su conocimiento de la Biblia y de la historia de la iglesia lo convenció de que, comparado con lo que debía esperar la iglesia, el Espíritu de Dios se había alejado en gran medida, y le declaró a su pueblo que si Dios seguía apartando Su rostro, no se podría hacer nada para extender Su Reino”.⁴⁰ Spurgeon entendía que el Espíritu Santo es el único que puede vencer la resistencia de los corazones pecaminosos y hacer que las personas reciban el mensaje salvador del evangelio.

Buscando el poder del Espíritu, Spurgeon comentó: “Oh, si el Espíritu de Dios descendiera sobre los que están reunidos esta noche y sobre todas las asambleas de los santos, ¡qué gran resultado tendría! No buscamos agitaciones extraordinarias... sino que buscamos el derramamiento del Espíritu de Dios”.⁴¹ Con frecuencia, animaba a su congregación a que oraran por el poder del Espíritu: “Lo único que queremos es que descienda el Espíritu de Dios. Queridos amigos cristianos, vayan a casa y oren por ello; no descansen hasta que Dios se revele”.⁴² Creía que el Señor escuchaba y respondía esa oración intercesora en su ministerio.

En otras palabras, Spurgeon pudo darse cuenta de que el Espíritu Santo es el único que hace que el evangelio triunfe en los corazones de los hombres: “Todo tu afecto, tus lágrimas y tu descripción más fervorosa del amor de Jesús no tendrán ningún poder en los corazones de las personas a menos que el Espíritu eterno sea el que transmita tus ruegos”.⁴³ Creía que él solo podía llevar el evangelio a los oídos de sus oyentes, pero que el Espíritu debía llevarlo del oído al corazón. En Su soberanía, el Espíritu debía hacer que la semilla del evangelio germinara y echara raíces en las almas. Expresando esta dependencia del Espíritu, Spurgeon afirmaba: “No existe un ministro que pueda ganarse el cora-

zón del hombre. Puede ganarse sus oídos y hacer que le escuche; puede ganarse sus ojos y lograr que los fije en él; puede ganarse su atención, pero el corazón es muy resbaloso... Solo el Espíritu tiene poder sobre el corazón del hombre... No podemos alcanzar el alma, pero el Espíritu Santo sí lo puede hacer”.⁴⁴ También señaló: “Todo el resultado celestial de la predicación es gracias al Espíritu divino que nos fue enviado desde el cielo”.⁴⁵ Spurgeon sabía que, en última instancia, solo el Espíritu Santo podía darle éxito a su ministerio del evangelio.

EL TRIUNFO DEL EVANGELIO

A lo largo de su ministerio, Spurgeon siempre fue consciente del poder del Espíritu. Cuando se mudaron al Tabernáculo Metropolitano, instó a su rebaño a que orara para que el poder del Espíritu estuviera en su ministerio: “Si Dios envía el fuego de Su Espíritu a este lugar, el ministro se perderá más y más en su Maestro. Llegarás a pensar menos en el que habla y más en la verdad hablada”.⁴⁶ Dios respondía estas oraciones al tiempo que Cristo era exaltado, e innumerables pecadores fueron salvos a través del ministerio de Spurgeon. En ese evento inaugural, Spurgeon también oró: “Que solo Dios envíe el fuego y que los mayores pecadores del vecindario se conviertan; que los que viven en cuevas de infamia sean transformados; que los borrachos olviden sus copas, que el blasfemo se arrepienta de su blasfemia, que el degenerado abandone su lujuria”.⁴⁷ Sin duda, él fue testigo del poder del Espíritu, porque no podía haber otra explicación para el éxito que tuvo.

Spurgeon entendía que la conversión de los pecadores se debe exclusivamente al Espíritu Santo: “Los milagros de la gracia deben ser los sellos de nuestro ministerio; ¿quién puede concederlos si no es el Espíritu de Dios? ¡Trata de convertir a un alma sin el Espíritu de Dios! Pues, si ni siquiera puedes crear una mosca, mucho menos podrás crear un corazón nuevo y un espíritu recto”.⁴⁸ En otro lugar, dijo: “Si no fuera por la obra del Espíritu, no podrías salvar a las almas con tu predicación, así como no podrías

esperar que los muertos se levanten luego de que les susurres al oído”.⁴⁹ Solo el Espíritu puede resucitar corazones muertos espiritualmente para que crean en el evangelio.

Además, Spurgeon creía que las iglesias crecen y prosperan por el poder del Espíritu. Afirmaba: “Cuando el evangelio se predica completa y poderosamente, con el Espíritu Santo enviado desde el cielo, nuestras iglesias no solo conservarán a sus miembros, sino que ganarán nuevos convertidos”.⁵⁰ Estaba convencido de que se debían esperar esos resultados: “Predicar a Jesús no fallará bajo la mano del Espíritu Santo para producir los mejores resultados”.⁵¹ Luego afirmó: “Él hace que el pecador renuente pase a tener no solo una disposición sino una pasión ardiente por el evangelio; el que era obstinado ahora se apresura a correr a la cruz. El que se burlaba de Jesús ahora descansa en Su misericordia; y el que no creía, ahora el Espíritu Santo hace que crea, no solo voluntariamente, sino fervorosamente; ahora es feliz, le alegra hacerlo, se regocija al oír el nombre de Jesús y se deleita al correr por el camino de los mandatos de Dios. El Espíritu Santo tiene poder sobre la voluntad”.⁵² La creencia de Spurgeon en la soberanía de la gracia de Dios le daba confianza para cosechar almas exitosamente.

En pocas palabras, Spurgeon creía que todo su ministerio estaba sujeto a la soberanía del Espíritu Santo. Cada conversión se debía al poder del Espíritu, todo éxito se debía a Su gracia: “El viento sopla de donde quiere; y a veces los vientos mismos están quietos. Por tanto, si dependo del Espíritu, sé que no siempre sentiré Su poder de la misma forma. ¿Qué podría hacer yo sin Su influencia celestial? A ella le debo todo”.⁵³ Él se regocijaba en darle crédito al Espíritu por el éxito que experimentaba en su ministerio del evangelio.

Durante casi cuatro décadas, Spurgeon fue testigo de esta obra triunfante del Espíritu en el corazón de los hombres, pero sabía que el Espíritu debía hacer aún más en el ministerio del evangelio: “El Espíritu está soplando sobre nuestras iglesias ahora mismo con Su agradable aliento, pero es como un suave vendaval

nocturno. Oh, ¡que venga un fuerte viento rugiente y arrastre todo lo que encuentre en su camino! Esto es lo que falta en esta época, la gran necesidad de nuestro país. ¡Que venga como una bendición del Altísimo!”.⁵⁴ Aunque Dios le había dado un éxito global, él deseaba ver una obra mayor del Espíritu en la iglesia y en el mundo.

Como Spurgeon, nosotros también debemos depender del empoderamiento del Espíritu Santo en nuestro ministerio del evangelio. Que el Espíritu Santo ilumine nuestras mentes y nos conceda sabiduría de lo alto. Que encienda nuestros corazones con una pasión vehemente por las almas perdidas y nos empodere para proclamar el evangelio con un fervor ardiente. Y que el Espíritu nos dé un enfoque en el evangelio como el de Charles Spurgeon.

CONCLUSIÓN

¡Queremos más Spurgeons!

Al principio de este libro, describí mi primer encuentro con Charles Spurgeon hace más de treinta años. Luego de leer sus sermones, mi vida y ministerio tomaron un curso del cual no se han desviado. De Spurgeon, que podría decirse que es el predicador más importante de la historia de la iglesia, aprendí la conexión entre las doctrinas de la gracia y la pasión evangelística en la predicación y el ministerio. Como la convergencia de dos poderosos ríos, estas dos verdades se convierten en una fuerza poderosa para alcanzar a los pecadores perdidos con el evangelio de Jesucristo.

Mientras reflexionas en estas dos verdades, te animo a que consideres seriamente a Spurgeon. Fue un hombre, conocido como “el príncipe de los predicadores”, que tenía una perspectiva extraordinariamente alta de Dios y de Su Palabra. Debido a esta devoción, abrazó la soberanía de Dios en la salvación del hombre, la cual garantiza el éxito del evangelio. Al igual que David cuando se enfrentó a Goliat, Spurgeon se convirtió en un defensor poderoso de las verdades de la gracia soberana: la depravación total, la elección incondicional, la expiación definida, la gracia irresistible y la gracia preservadora. Estas doctrinas distintivas encontraron una voz potente y sin igual en Spurgeon.

Además, Spurgeon ardía de pasión por implorarlo a los que no habían sido regenerados que miraran a Cristo. Tomaba en serio el mandato bíblico de proclamar el evangelio y obligar a las ovejas perdidas a que vengan al redil. Y no solo predicaba el evangelio, sino que en realidad les suplicaba a los inconversos que fueran

salvos. No era un calvinista frío y elitista, como si hablara desde una torre de marfil. Más bien, lo consumía el poder de lo alto que le daba energía para ganar a los perdidos, persuadiéndolos con el poder del Espíritu a través de muchos ruegos y súplicas urgentes para que creyeran en el evangelio.

Ciertamente, Spurgeon no fue el único hombre que defendió la soberanía divina con un evangelismo apasionado. Sin embargo, entre los pastores que han trabajado desde un púlpito, en realidad se destaca como el predicador evangelístico más visible de todas las generaciones. Por esta razón, su voz resonante demanda nuestra atención en este tema.

Que el Señor levante una generación de pastores reformados que nunca pierdan de vista la necesidad de predicar el evangelio con urgencia y con pasión. Que Él les conceda a los predicadores de esta generación la mente, el corazón y la pasión de Charles Spurgeon; que todos puedan tener una mente enfocada en la verdad, un corazón que ame al mundo y una pasión por la gloria de Dios. Ciertamente, ¡queremos más Spurgeons!^{[1](#)}

Notas de texto

1. La vida y el legado de Spurgeon

1. Hughes Oliphant Old, *The Reading and Preaching of the Scriptures in the Worship of the Christian Church*, Vol 6: *The Modern Age* [La lectura y la predicación de las Escrituras en la adoración de la iglesia cristiana, Vol 6: La era moderna] (Grand Rapids: Eerdmans, 2007), 422.
2. Horton Davies, “Expository Preaching: Charles Haddon Spurgeon” [“La predicación expositiva: Charles Haddon Spurgeon”], *Foundations* [Fundamentos], 6 (1963), 15.
3. Curt Daniel, *The History and Theology of Calvinism* [La historia y la teología del calvinismo] (Dallas: Scholars Press, 1993), 126.
4. Lewis A. Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers* [Spurgeon: El príncipe de los predicadores] (Grand Rapids: Kregel, 1992), 277.
5. Ernest W. Bacon, *Spurgeon: Heir of the Puritans* [Spurgeon: El heredero de los puritanos] (Arlington Heights, Ill.: Christian Liberty Press, 1996), 77.
6. Spurgeon, citado en Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers*, 223.
7. Old, *The Reading and Preaching of the Scriptures in the Worship of the Christian Church*, Vol 6, 443.
8. Charles H. Spurgeon, *The Soul-Winner: How to Lead Sinners to the Savior* [El ganador de almas: Cómo llevar a los pecadores al Salvador] (Grand Rapids: Eerdmans, 1963), 222.
9. Charles H. Spurgeon, Susannah Spurgeon y W. J. Harrald, *C. H. Spurgeon’s Autobiography*, Vol I:1834–1854 [La autobiografía de C. H. Spurgeon, Vol I:1834–1854] (Londres: Pa-

ssmore and Alabaster, 1899), 233.

10. *Ibíd.*, 8.
11. *Ibíd.*, 98.
12. *Ibíd.*, 88.
13. *Ibíd.*
14. Mike Nicholls, *C. H. Spurgeon: The Pastor Evangelist* [C. H. Spurgeon: El pastor evangelista] (Didcot, Oxfordshire: Baptist Historical Society, 1992), 5.
15. Spurgeon, Spurgeon y Harrald, C. H. *Spurgeon's Autobiography*, Vol I, 337–338.
16. Patricia Stallings Kruppa, “The Life and Times of Charles H. Spurgeon” [“La vida y la época de Charles H. Spurgeon”], *Christian History* [Historia cristiana], Publicación 29, Vol X, N.º 1, 11.
17. Charles H. Spurgeon, Susannah Spurgeon y W. J. Harrald, *C. H. Spurgeon's Autobiography*, Vol II:1854–1860 [La autobiografía de C. H. Spurgeon, Vol II:1854–1860] (Londres: Passmore and Alabaster, 1899), 43.
18. El Pastors College sigue funcionando hoy en día con el nombre de Spurgeon's College.
19. Bacon, *Spurgeon: Heir of the Puritans*, 74.
20. *Ibíd.*, 73–74.
21. G. Holden Pike, *The Life and Work of Charles Haddon Spurgeon* [La vida y la obra de Charles Haddon Spurgeon] (1894; reimp., Edimburgo: Banner of Truth, 1991), citado en Iain H. Murray, *The Forgotten Spurgeon* [Un príncipe olvidado] (Edimburgo: Banner of Truth, 1966), 15.
22. Charles H. Spurgeon, *Revival Year Sermons: Preached at the Surrey Gardens Music Hall during 1859* [Los sermones del año de avivamiento: Predicados en el Surrey Gardens Music Hall durante 1859] (Edimburgo: Banner of Truth, 2002), 96.
23. Citado en *The Banner of Truth Magazine* [Revista Estandarte de la verdad], Números 1–16, “A Hundred Years Ago” [“Hace

- cien años”], ed. Iain H. Murray (Edimburgo: Banner of Truth, 2005), 428.
24. Charles H. Spurgeon, *Autobiography*, Vol II [Autobiografía, Vol II] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1992), 328.
 25. S. M. Houghton, *Sketches from Church History* [Esbozos de la historia de la iglesia] (Edimburgo: Banner of Truth, 1980, 2001), 228.
 26. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 45.
 27. Charles H. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol VI [El púlpito de New Park Street Chapel, Vol VI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 83.
 28. Murray, *The Forgotten Spurgeon*, 16.
 29. Tim Curnow, Eroll Hulse, David Kingdom, Geoff Thomas, *A Marvellous Ministry* [Un ministerio maravilloso] (Ligonier, Pa.: Soli Deo Gloria, 1993), ii.
 30. John Piper, *A Godward Life* [Una vida centrada en Dios] (Sisters, Ore.: Multnomah, 1997), 263.
 31. Los volúmenes I–VI se encuentran bajo el título de *The New Park Street Pulpit*. Los volúmenes VII–LXIII se encuentran bajo el título de *The Metropolitan Tabernacle Pulpit* (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1855–1917).

2. Fundamentos inquebrantables

1. Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers*, 624.
2. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLIV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1976), 402.
3. Spurgeon, Spurgeon y Harrald, C. H. *Spurgeon’s Autobiography*, Vol I, 162.
4. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*,

Vol X [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol X] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1976), 535.

5. Iain H. Murray, *Heroes* [Héroes] (Edimburgo: Banner of Truth, 2009), 282.
6. John Piper, “Charles Spurgeon: Preaching through Adversity” [“Charles Spurgeon: predicando en medio de la adversidad”], 1995 Bethlehem Conference for Pastors, 3.
7. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXIV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXIV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1972), 487.
8. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXVIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXVIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, s.f.), 114.
9. Charles H. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I [El púlpito de New Park Street, Vol I] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 110.
10. *Ibíd.*
11. *Ibíd.*
12. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1977), 21.
13. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXIV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXIV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1974), 152.
14. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXIX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXIX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1973, 1985), 602.
15. Charles. H. Spurgeon, *The Treasury of the Old Testament*, Vol II [El tesoro del Antiguo Testamento, Vol II] (Londres y Edimburgo: Marshall, Morgan & Scott, s. f.) 387.

16. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol LV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1979), 242.
17. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 111–112.
18. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXVI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXVI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1974), 9.
19. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1974), 257.
20. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXVI, 167.
21. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 112.
22. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 535–536.
23. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 111.
24. *Ibíd.*
25. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1973), 680.
26. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol LI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1978), 4.
27. Spurgeon, *The Soul-Winner*, 58.
28. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 547–548.
29. Charles H. Spurgeon, *Lectures to My Students* [Discursos a mis estudiantes], segunda serie (1875; reimp., Grand Rapids: Baker, 1977), 25.
30. Charles H. Spurgeon, *Lectures to My Students* [Discursos a mis estudiantes], primera serie (1875; reimp., Grand Rapids:

ds: Baker, 1977), 195.

31. Charles H. Spurgeon, Susannah Spurgeon y W. J. Harrald, *C. H. Spurgeon's Autobiography*, Vol IV:1878–1892 [La autobiografía de C. H. Spurgeon, Vol IV:1878–1892] (Londres: Passmore and Alabaster, 1900), 268.
32. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XIX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XIX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 462.
33. Charles H. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol III [El púlpito de New Park Street, Vol III] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 255.
34. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XIX, 462.
35. Charles H. Spurgeon, *An All-Round Ministry* [Un ministerio completo] (1900; reimp., Edimburgo: Banner of Truth, 1960, 1978), 236.
36. Old, *The Reading and Preaching of the Scriptures in the Worship of the Christian Church*, Vol 6, 424.
37. Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers*, 27.
38. *Ibíd.*
39. Old, *The Reading and Preaching of the Scriptures in the Worship of the Christian Church*, Vol 6, 424.
40. Thomas J. Nettles, *The Baptists: Key People Involved in Forming a Baptist Identity*, Vol Three: The Modern Era [Los bautistas: Personajes importantes en la formación de una identidad bautista, Vol Tres: La era moderna] (Ross-shire, Escocia: Christian Focus, 2007), 13.
41. Spurgeon, Spurgeon y Harrald, *C. H. Spurgeon's Autobiography*, Vol I, 207.
42. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1974), 646.
43. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 552.

44. Charles H. Spurgeon, "Preface" ["Prefacio"], *The Sword and the Trowel*, Vol IX [La espada y la pala, Vol IX] (1888; reimp., Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 2011), iii.
45. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LXIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol LXIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1980), 31.

3. Gracia soberana

1. James Montgomery Boice, *The Doctrines of Grace: Rediscovering the Evangelical Gospel* [Las doctrinas de la gracia: Redescubriendo el evangelio evangélico] (Wheaton, Ill.: Crossway, 2002), 24.
2. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 313.
3. Spurgeon, Spurgeon y Harrauld, C. H. Spurgeon's *Autobiography*, Vol I, 172.
4. Bacon, *Spurgeon: Heir of the Puritans*, 81.
5. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol VII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol VII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1977), 398.
6. Murray, *The Banner of Truth Magazine*, Numbers 1–16, "A Hundred Years Ago", 429.
7. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 397.
8. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1980), 365.
9. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLIX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1977), 278.
10. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXVIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXVIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1973, 1985), 33.

11. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1980), 373.
12. Charles H. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol IV [El púlpito de New Park Street, Vol IV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 139.
13. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol IX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol IX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1970, 1973, 1975, 1979), 187.
14. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1979), 195.
15. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXIX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXIX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1975), 374-375.
16. Spurgeon, Spurgeon y Harrald, C. H. *Spurgeon's Autobiography*, Vol I, 167.
17. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 318.
18. *Ibíd.*, 317.
19. *Ibíd.*, 318–319.
20. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol IV, 340.
21. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol III, 432.
22. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 84.
23. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LVI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol LVI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1979), 631.
24. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXIV, 538.
25. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIX, 39.
26. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol IV, 130.

27. Ibíd., 316.
28. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 309.
29. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLVIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLVIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1977), 303.
30. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol IV, 130.
31. Ibíd.
32. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol III, 272.
33. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol IV, 135.
34. Ibíd., 70.
35. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol III, 34.
36. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1976), 339.
37. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 309.
38. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1979), 32.
39. Spurgeon, Spurgeon y Harrauld, C. H. *Spurgeon's Autobiography*, Vol I, 167.
40. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 304–305.
41. Ibíd.
42. Ibíd., 201.
43. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XVIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XVI-II] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1971), 347–348.
44. Ibíd., 348.
45. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LIV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol LIV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1978), 24.
46. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol III, 436.
47. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol VI, 12.

48. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LI, 454.
49. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LXIII, 57.
50. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 313.
51. Charles H. Spurgeon, citado en W. J. Seaton, *The Five Points of Calvinism* [Los cinco puntos del calvinismo] (Edimburgo: Banner of Truth, 2003), 24..

4. Fervor evangelístico

1. Arnold Dallimore, *Spurgeon* (Chicago: Moody, 1984), 80.
2. Charles H. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V [El púlpito de New Park Street, Vol V] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 120.
3. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1984), 458.
4. Iain H. Murray, *Spurgeon v. Hyper-Calvinism: The Battle for Gospel Preaching* [Spurgeon vs. el hipercalvinismo: La batalla por la predicación del evangelio] (Edimburgo: Banner of Truth, 1995), 69.
5. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 264.
6. Spurgeon, *The Soul-Winner*, 15.
7. Charles H. Spurgeon, *Lectures to My Students*, Vol II [Discursos a mis estudiantes, Vol II] (1875; reimp., Grand Rapids: Baker, 1981), 179.
8. Spurgeon, *Spurgeon y Harrald*, C. H. *Spurgeon's Autobiography*, Vol I, 233.
9. Geoff Thomas, "Spurgeon and His Gospel Invitations" ["Spurgeon y sus invitaciones al evangelio"] en *A Marvellous Ministry* [Un ministerio maravilloso], 81.
10. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIX, 559.
11. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 261–262.

12. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLVIII, 538.
13. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 23.
14. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 19.
15. *Ibíd.*, 433.
16. *Ibíd.*, 288.
17. *Ibíd.*, 436.
18. *Ibíd.*, 433.
19. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIV, 55.
20. Charles H. Spurgeon, *Autobiography*, Vol I [*Autobiografía*, Vol I] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1992), 329.
21. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXVIII, 653.
22. Spurgeon, *The Soul-Winner*, 77.
23. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 20.
24. *Ibíd.*, 22.
25. *Ibíd.*, 22–23.
26. *Ibíd.*, 23.
27. *Ibíd.*, 20.
28. *Ibíd.*, 23.
29. *Ibíd.*
30. *Ibíd.*
31. *Ibíd.*, 24.
32. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIII, 249.
33. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 19–20.
34. *Ibíd.*, 21–22.
35. *Ibíd.*, 21.
36. *Ibíd.*, 20.
37. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol IX, 532.
38. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 20.

39. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol IX, 540.
40. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 689.
41. *Ibíd.*
42. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 22.
43. *Ibíd.*, 21.
44. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXVI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXVI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1980), 622.
45. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 22.
46. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 691.
47. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 22.
48. *Ibíd.*, 20.
49. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LIX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol LIX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1979), 140.
50. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXIV, 469.
51. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol VII, 221.
52. *Ibíd.*, 11.
53. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXVI, 622.
54. *Ibíd.*, 391.

5. El corazón del evangelio

1. Murray, *The Forgotten Spurgeon*, 40.
2. Murray, *Heroes*, 279.
3. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol VII, 169.
4. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXV, 174.
5. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*,

Vol XX [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XX] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1981), 94.

6. Spurgeon, citado en Charles Ray, *The Life of Charles Haddon Spurgeon* [La vida de Charles Haddon Spurgeon] (Londres: Passmore and Alabaster, 1903), 196–197.
7. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXVII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXVII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1975), 311.
8. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 139.
9. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XIV [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XIV] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1970, 1976, 1982), 467.
10. *Ibíd.*
11. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol IX, 709.
12. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXX, 28.
13. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XIX, 104.
14. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLVI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLVI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1977), 142.
15. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1973), 530.
16. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XXXII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1974), 387–388.
17. *Ibíd.*, 388.
18. *Ibíd.*
19. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXII, 385.

20. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XII, 315.
21. *Ibíd.*, 292.
22. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XVIII, 388.
23. *Ibíd.*
24. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol VII, 592.
25. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol LIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1978), 50.
26. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXII, 387.
27. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXIV, 81.
28. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol X, 230.
29. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXIII, 374.
30. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXVI, 193.
31. *Ibíd.*
32. *Ibíd.*
33. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol VIII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol VIII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1969, 1973, 1975, 1978), 219.
34. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLIII, 248.
35. *Ibíd.*, 247.
36. *Ibíd.*, 246.
37. *Ibíd.*, 247.
38. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXV, 473.
39. *Ibíd.*, 475–476.

40. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LVI, 617.
41. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXII, 363.
42. *Ibíd.*, 364.
43. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLVII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLVII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1977), 570.
44. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol LVI, 617.
45. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXV, 477.
46. Charles Spurgeon, *Lectures to My Students* [Discursos a mis estudiantes] (1875; reimp., Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1977), 82.
47. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXV, 174.
48. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXII, 130.
49. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol IX, 720.
50. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol VIII, 149.
51. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXVII, 301.

6. Un testimonio empoderado por el Espíritu

1. Murray, *The Forgotten Spurgeon*, 36.
2. Spurgeon, citado en John Stott en *Between Two Worlds* [Entre dos mundos] (Downers Grove, Ill.: InterVarsity, 1982), 334.
3. Spurgeon, *Lectures to My Students*, Vol II, 1.
4. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XLII [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XLII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1976), 236.
5. Spurgeon, *Lectures to My Students*, Vol II, 3.

6. Ibíd.
7. Ibíd., 180.
8. Ibíd., 4–5.
9. Charles H. Spurgeon, *What the Holy Spirit Does in a Believer's Life* [Lo que hace el Espíritu Santo en la vida de un creyente], compilado y editado por Robert Hall (Lynnwood, Wash.: Emerald Books, 1993), 35.
10. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 266.
11. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XI [El púlpito del Tabernáculo Metropolitano, Vol XI] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1979), 286.
12. Spurgeon, *Lectures to My Students*, Vol II, 6.
13. Ibíd.
14. Ibíd.
15. Ibíd., 7.
16. Ibíd.
17. Ibíd., 6.
18. Ibíd.
19. Ibíd., 7.
20. Ibíd.
21. Ibíd., 9.
22. Ibíd., 10.
23. Ibíd.
24. Ibíd.
25. Charles H. Spurgeon, *Lectures to My Students* [Discursos a mis estudiantes] (Edimburgo: Banner of Truth, 2008), 231.
26. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXII, 143.
27. Spurgeon, *Lectures to My Students*, Vol II, 8.
28. Ibíd.
29. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXII, 487.

30. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 264.
31. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 203.
32. Charles H. Spurgeon, *The Greatest Fight in the World [La batalla más grande del mundo]* (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1999), 51.
33. *Ibíd.*, 52.
34. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XXXV, 470.
35. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 266.
36. Spurgeon, Spurgeon y Harrauld, C. H. Spurgeon's *Autobiography*, Vol II, 110–111.
37. Spurgeon, *Lectures to My Students* (Edición de Banner of Truth), 231.
38. Spurgeon, *Lectures to My Students*, Vol II, 8.
39. *Ibíd.*, 10.
40. Murray, *The Forgotten Spurgeon*, 34.
41. Charles H. Spurgeon, Susannah Spurgeon, W. J. Harrauld, C. H. Spurgeon's *Autobiography*, Vol III: 1856–1878 [*La autobiografía de C. H. Spurgeon*, Vol III: 1856–1878] (Londres: Passmore and Alabaster, 1899), 43.
42. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol III, 340. 34.
43. Charles H. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol XVII [*El púlpito del Tabernáculo Metropolitano*, Vol XVII] (Pasadena, Texas: Pilgrim Publications, 1971, 1977, 1984), 130.
44. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 233–234.
45. Spurgeon, citado en Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers*, 280.
46. Spurgeon, *The Metropolitan Tabernacle Pulpit*, Vol VII, 223.
47. *Ibíd.*
48. Spurgeon, *Lectures to My Students*, Vol II, 12.
49. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, 211.

50. Charles H. Spurgeon, “Another Word Concerning the Down-Grade” [“Un comentario más sobre el declive”], *The Sword and the Trowel* [La espada y la pala] (agosto de 1887), 398–399.
51. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol V, v–vi.
52. Spurgeon, *The New Park Street Pulpit*, Vol I, 233–234.
53. Spurgeon, citado en Drummond, *Spurgeon: Prince of Preachers*, 280.
54. Spurgeon, Spurgeon y Harrald, C. H. *Spurgeon’s Autobiography*, Vol III, 43.

Con clusión-

1. Esta frase, que usé como el título de esta conclusión, la adapté del siguiente comentario que hizo Spurgeon, “Queremos más Luteros, más Calvinos, más Bunyans, más Whitefields; queremos hombres aptos para impactar eras, cuyos nombres aterroricen a nuestros enemigos. Los necesitamos desesperadamente” (Charles H. Spurgeon, *Autobiography*, Vol 2: *The Full Harvest, 1860–1892* [Autobiografía, Vol 2: *La cosecha completa, 1860–1892*], compilado por Susannah Spurgeon y Joseph Harrald [Carlisle, Pa., y Edimburgo, Escocia: *Banner of Truth, 1897–1900, 1987*], 29).